

LELIA
Y
MARINA

LELIA
Y
MARINA

— POR —

DON JOSÉ MANUEL HIDALGO

ILUSTRADA POR

DON CAMILO MELNICK

« Forjo mis creaciones fan-
» tásticas como entiendo que
» hacen los novelistas, con
» elementos reales, tomando
» de acá y de acullá entre
» mis recuerdos, y me pesa-
» ria de que algún zahorí sa-
» liese afirmando que hago
» retratos.

JUAN VALERA. »

PARIS
LIBRERÍA DE GARNIER HERMANOS
6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

—
1894

Es propiedad.

Á LA SEÑORA

DOÑA CONCEPCIÓN PIMENTEL DE CUEVAS

MI MUY QUERIDA Y DIGNA AMIGA :

Le soy á usted deudor, primero, de una buena amistad, y, recientemente, de interés y de cuidados especiales, durante mi grave y dolorosa enfermedad; consuelo mucho mayor en los que, no teniendo familia, no esperan verse ro-

*

deados de tanto afecto y solicitud, como lo he estado por usted y por tantos y tantos otros distinguidos amigos y amigas.

En memoria de ese agradecimiento, pido á usted acepte este librito comenzado hace un año. Y no porque todo él haya sido empleado en escribirlo, ya que, por vía de pasatiempo, empecé las cuartillas á orillas del mar, en Normandía, las seguí en Italia, en el Lago Mayor; en la capital de la Baviera; de huésped en una grata y augusta mansión, en el delicioso campo cerca de Munich, y de huésped también en un castillo feudal, cerca del precioso Baden-Baden. En el otoño, que volví á París, encerré lo escrito y no pensé más en ello, hasta los comienzos de esta primavera que, para distraer mi convalecencia, escribí la mitad que faltaba.

Si después de escrita mi primera no-

velita en la edad provecta, no hubiese encontrado tan benévola acogida en los amigos que me animaron á continuar escribiendo, me habría parado en el primer librito. Pero ahora, mi desconfianza era más justificada, porque la segunda mitad de la presente novelita, escrita, como digo, en mi convalecencia, se resiente, á mi juicio, de su debilidad y de esa penosa neurosidad que agita y afecta tanto mi estado moral. Por eso tuve á veces ímpetus de echar el manuscrito al cesto; y así lo habría hecho, si el literato amigo que escribió un prólogo á mi cuarta novelita, no se hubiese brindado á leer ésta y decirme en conciencia si mis escrúpulos eran fundados: yo quedé, sin afectación de modestia, resignado de antemano si su fallo me era contrario.

He aquí lo que me escribe, entre otras cosas, al devolverme el manuscrito:

« Quiere usted, mi querido señor y amigo, que le diga si encuentro esta novela suya mejor ó peor que las que lleva publicadas para regocijo de las personas aficionadas á sana y provechosa lectura : no es pequeño el apuro en que usted me pone. Figúrese usted que le presentan dos buenos cuadros del mismo autor y le preguntan cuál es el mejor. Con seguridad que habría usted de encontrarse perplejo y acabaría por decir que *los dos son mejores*; pues eso me pasa á mí con sus novelas : las *cuatro me parecen mejores*.

» Algunos dirán quizá que sermonea usted demasiado, que emplea muchas páginas en fustigar vicios, que en sus libros salen á relucir al vivo las llagas que corroen algunas familias. Sí, pueden decir que usted no pierde ripio en afear lo malo, y dirán la verdad. Si conocieran á usted íntimamente, compren-

derían que usted escribe haciendo obra de moralista, con el fin honrado de contribuir á la condenación del mal.

» Por eso presenta usted con los terribles colores de la realidad ese monstruo encantador que se llama Marina, y pone á su lado la pobre Lelia, para que del contraste resulte más odioso el vicio.

» Y eso que Lelia, el ángel bueno de esta novela, no comprendió, á pesar de su talento, la extensión de sus deberes conyugales. Una mujer como ella pudo y debió impedir que el fango cubriera por completo á Villedieu. Si la angelical piedad y el arte cariñoso que desplegó para traer á su marido hasta la absolución religiosa, lo hubiera desplegado en detenerlo cuando se deslizaba desatentado por el plano inclinado del vicio, habría vencido seguramente, porque siempre vence en tal terreno la mujer superior. ¡Pobre Lelia!

» ¡ Cuánta razón tiene el excelente barón de Godarte, al creer que la sociedad alienta con su tolerancia la corrupción de las costumbres!

» Ha pintado usted con arte exquisito el estado de alma de los personajes de su libro. Como quien no quiere la cosa, va usted analizando las ideas y los actos de Lelia y de Marina con perspicacia y delicadeza, y concluye por fijar en la mente del lector de modo indeleble cómo se desenvuelven en ambas los gérmenes de la educación maternal.

» Dispénsese usted que insista en un punto que ya indiqué, hablando de la madre de aquella otra hermosa pecadora de *Victimas del Chic*. Las santas que usted nos presenta, por mirar al cielo dejan de hacer todo el bien que pueden en la tierra. ¡ Es lástima! Los dos deberes deben marchar al unisóno

en la mujer católica que no vive en el claustro... »

Yo me inclino ante la opinión del ilustrado y afectuoso amigo que ha escrito las líneas que preceden, como lo hice cuando mi amigo Lord A... — que habla y escribe también el castellano — me dijo que á la mujer mala la hago demasiado mala, y á la buena demasiado buena; bien que pudiera responder que en el largo curso de mi vida he dado testimonio de mayores vicios y de virtudes realmente sublimes en todas latitudes; y si en mi invención me muestro duro con aquéllos, me deleita, me encanta, relatar una virtud acendrada. La respetable y tan respetada y querida Duquesa de... dice que mis libritos debieran ser el « breviario de los jóvenes », y ese juicio es la mejor recompensa de mi intención, ya que no puede haberla para

un mérito literario que no se alcanza á mi edad.

Dos amigas, que no saben el castellano, han querido les diga el asunto de este libro, y me han dicho : la una, que no es posible tanta virtud en el caso de Lelia, y la otra que es una *pava* por no haberse casado cuando pudo hacerlo lícitamente. Usted aprobará á Lelia, porque es usted tan buena cristiana.

Con mis votos por la felicidad completa de usted y de su familia, queda de usted atento y agradecido amigo

Q. B. S. P.

JOSÉ MANUEL HIDALGO.

París, 9 de Julio de 1894.

LELIA Y MARINA

PRIMERA PARTE

« Forjó mis creaciones fan-
» tásticas como entiendo que
» hacen los novelistas, con
» elementos reales tomando
» de acá y de acullá entre
» mis recuerdos, y me pesa-
» ría de que algún zahorí sa-
» licese afirmando que hago
» retratos.

JUAN VALERA. »

I

Á veintiún kilómetros de París está situada, sobre una colina, la bonita y salubre ciudad de Saint-Germain, cuna de varios reyes y reinas, entre ellos Luis XIV, último monarca que allí nació. Lindando con su célebre y cercada selva umbrosa, tenían los condes de Verfeil una graciosa y modesta quinta á donde convidaban frecuentemente á las familias amigas á pasar el día. Una de las distracciones obligadas en ese ameno sitio es sentarse en la magní-

fica terraza, que mide tres kilómetros, para gozar de una vista espléndida y de la música.

Los bienes de los Condes no les permitían llevar la vida rumbosa que cuadraría á su clase ; pero ésta y su posición social les hacían figurar en las fiestas de la grandeza, sin estar obligados á retribuirlas.

Tenían una hija única, Lelia, que era su delicia y su encanto ; una rubita muy agradable y seductora, cuyo apacible y bonito rostro realzaban lo dulce de sus miradas, su afable sonrisa, lo bello de su índole, su modesta actitud, que la hacían muy popular y muy adulada de la juventud, que á eso limitaba su entusiasmo ; pues no encontraba su dote suficiente para satisfacer las exigencias del lujo, tras de que con tanto ahinco se corre hoy día, y preocupa antes que el mérito ó el afecto.

Lelia tenía, entre otras amigas, á una joven casi de su misma edad, Marina, hija de los barones de Coulans, graciosa, viva, alerta, que seducía más que por lo bonita, por ser eso que los franceses llaman *charmeuse*, es decir, hechicera, que fascina como la serpiente que atrae á los pajarillos.

Esto parecían los jóvenes que la rodeaban y cortejaban tanto como á Lelia ; pero si la actitud de ésta

les inspiraba confianza, la de Marina les descomponía por su aplomo, y por la agudeza de sus observaciones y de sus salidas.

Sus padres, como los Condes, no poseían muchos bienes; ambas familias habrían pasado por ricas en otros tiempos; pero hoy, comparados con los fabulosos que poseen tantos otros, por causas de todos conocidas, se consideran poca cosa y nadie se preocupa de ellos.

Lelia y Marina tenían buena amistad; no había, al parecer, rivalidades entre ellas, á pesar de la diferencia de caracteres, y tenían idéntica posición é idéntico éxito en la sociedad.

Ambas cantaban muy bien: Lelia era soprano, Marina contralto; y se estimaba una de las cosas más agradables y á la moda, oírlas cantar juntas, por lo bonitas y gentiles que eran, por el contraste de los tipos y de la voz, que arrancaban grandes aplausos, de que daban gracias, risueñas y agradecidas, con graciosas cortesías, dándose la mano.

Marina, después de un viajecito al extranjero con sus padres, fué á Saint-Germain á ver á su amiga. Estando ambas familias en la terraza para gozar del fresco y de la música, dejaron á las chicas que apar-

tadas departiesen con libertad y sin ser oídas, como agrada tanto á las jóvenes, que tienen siempre mucho que decirse; se refieren lo suyo, se cuentan lo



que saben, murmuran, ríen y se dicen cosas que, siquiera lícitas, no repiten á nadie, y les da mucho sabor decírselas á solas.

« — ¿ No ha habido nada para ti desde que me marché? » — decía Marina con ese aire con que las jóvenes saben decirse todo sin llamarlo por su nombre.

— Nada; ¿ y tú ?

— Tampoco. ¿Qué, hija, vamos á quedarnos para peinar á Santa Catalina? (1).

— Yo no me impaciento, ni tú debes tener prisa; somos jóvenes, podemos esperar, y el día menos pensado, en vez de que peinemos á Santa Catalina, Dondel nos peinará primorosamente con la flor de azahar.

— Yo, Lelia, no tengo tu cachaza, y te confieso que cada vez que se casa una amiga nuestra, ú otra cualquiera, me enfado con mi suerte, me comparo, y no veo por qué han de tenerla mejor que nosotras.

— Será porque su dote es mayor que la nuestra.

— Eso es verdad, pues de otro modo nadie se habría casado, por ejemplo, con Rosa de Corbigny, cuyos moñetes parecen tomates, sus ojos bolas de lotería, y un bocón... ¿Y María Croisy? Un espárrago con cabeza de perro dogo, patuda, horchata de chufas por sangre, boca entreabierto, dejando ver unos dientes largos, feísimos. ¿É Ivonne Moisson? ¡Vaya un emplasto! Tan chiquita y regordeta, cariancha, con aires de inspirada, mirando al techo cuando espeta por la noche las frases que ha aprendido en la mañana.

(1) Así se dice en París de las que no logran casarse.

— ¡ Jesús, hija, qué lengua ! Pero ¿ qué culpa tienen de ser feas ?

— ¿ Y la tenemos nosotras de ser bonitas y no poseer más que quinientos mil francos de dote, que hoy dan sólo veinte mil de réditos ?... lo que gasta la condesa de Pairac en sólo ropa blanca... como dice mamá.

— ¡ Ay qué condesa tan gastadora !

— ¿ Te asombras ? Pues yo no, y espero casarme con un rico que me procure el lujo que gastan tantas que brillan y con quien nos codeamos, y todos se ocupan de ellas ; porque lo que quiero es vivir como conviene á mi clase y á mis gustos, sin cuidarme del más ó menos amor que yo inspire ó me inspiren, porque hoy es más práctico y necesario preocuparse antes del dinero que de eso que llaman amor, ilusión pasajera, para no vivir á la cuarta pregunta y andar tirando al diablo por la cola... como dice mamá.

— Pues yo, hija, prefiero amar, ser amada, como lo siento en el corazón ; y aunque pudiera coger al diablo por los cuernos y que se volvieran de abundancia, de nada me servirían sin un afecto honrado, recíproco, una estima y abnegación mutuas que ase-

guran la dicha y la paz hasta el fin de la existencia; bienes verdaderos, inefables, que no se alcanzan con el dinero, sin que yo desconozca que éste es necesario; pero es más cuerdo y benéfico conformarse con lo que Dios nos ha dado, que no el anhelo de riquezas para alcanzar lo que no puede recrear el alma y trae cada día nuevos deseos, y se vive en medio de preocupaciones y de rivalidades que acibaran la existencia por no creerse jamás satisfecho el amor propio... como dice mamá.

— ¡Ta, ta, ta! Con tus ideas no hay medio de gozar de la vida, de vestir bien, de lucir ricas pedrerías, lindos carruajes, brillar en los salones, en la Ópera, tener castillo, visitar los sitios elegantes de verano, en fin, todo lo que hace felices á tantas otras que no valen más que nosotras... como digo yo.

— Si el cielo me concediera todo eso, no digo que lo desdeñaría; pero no cifraría en ello el objeto y goce de la existencia, lo miraría como secundario al lado de un marido con quien compartir las dulces ó las amargas emociones de la vida, si Dios nos las enviase, y teniendo á Él solo por testigo, reuniendo lo que cada uno tenga y considerándose feliz de poseerlo... como digo yo.

— ¡ Ah, Lelia ! Tú vives en los espacios, con ilusiones muy bonitas para la poesía ; pero no ves el lado práctico de la vida, positivo, que hoy, quiérase ó no, es el dinero, el dinero, el dinero, y para alcanzarlo es preciso ser « fin de siglo » ... como dice mamá.

— Déjame con mis ilusiones, que ellas me hacen entrever goces en que puedo unir lo ideal con las realidades de la vida ; y, créeme, vale más la paz del alma, la felicidad doméstica, que no acaba sino con nosotros, que no esos afanes para obtener goces engañosos que quitan todo sosiego, porque una vez en la pendiente no se limitan los deseos, ya que, repito, el amor propio no queda jamás satisfecho... como dice mamá.

Había llegado la hora de volver á Paris, y Lelia acompañó á Marina á la estación ; se besaron al despedirse, y al partir el tren se asomó Marina y le dijo riendo : « Adiós, amor etéreo ».

« — Adiós, fin de siglo » ; — respondió Lelia, riendo también.

Y se quedó un momento parada contemplando el humo de la chimenea del tren que se llevaba á su amiga.

II

No se necesitó, pues, el atavismo para que las hijas saliesen como las madres, y que se cumpliera aquello de *talis pater talis filius*, porque cada una había adoctrinado á su hija según sus tendencias, y su éxito fué completo, lo mismo en la que, dulce y sumisa, contemplaba lo presente y el porvenir con virtud y cordura, que la que, violenta y rebelde, pedía la riqueza y los goces que creía merecer. Verdad es que suelen verse ejemplos de hijas que no han querido imitar las costumbres de sus madres, y otras en quienes el mal ejemplo que han visto desde su niñez, no ha contagiado la pureza ingénita de sus sentimientos.

La amistad de ambas familias no quería decir que se tuviesen cariño y estimación, pues á menudo acontece que hay circunstancias que obligan á tenerla sin esos sentimientos y á cultivarla con cuidado. La razón y la bondad en la una no podían avenirse con el egoísmo y apetitos de la otra: la una lamentaba á solas con dignidad las ideas de la otra, y ésta la zahería á sus anchuras cuando no se veían,

salvo á darse sendos besos y decirse cosas amables, lo que hacía sonreír á los que oían á unas y otras separadamente.

Ambas familias se preocupaban de casar á las hijas, que es el deseo y la inquietud perenne de las madres hasta que logran su intento.

Los amigos secundaban esos deseos, buscando jóvenes que pudieran convenir. Los condes de Verfeil se conformaban con que se tuviera poco más ó menos lo que su hija tenía; y como ya se ha visto que la ambición de Lelia era modesta y razonada, todo se allanaría fácilmente, siendo el candidato de buena familia y de conducta irreprochable.

Más difícil era encontrarlo para Marina. Ni las ideas ni aspiraciones de sus padres, ni las suyas propias, tan enérgica y repetidamente expresadas, se prestaban á oír nada que no estuviera á la altura de sus exigencias, y respingaba y chillaba mirándolo como insulto.

III

Una de las casas en que ambas jóvenes solían cantar, era la de la duquesa de Remoncour.

Sus padres, siendo niños, emigraron al extranjero con sus familias, huyendo de la persecución revolucionaria de fines del siglo pasado, llevándose y volviendo á traer incólumes, con la Restauración, como las otras familias, las bellas tradiciones de una sociedad refinada en todo aquello que formaba el agrado de las relaciones; grandes maneras, lenguaje pulcro y elevado, cortesía que imponía y lisonjeaba, y ese saber vivir que es encanto y modelo de cuantos quieren brillar como cultos é ilustrados.

Nació la Duquesa en los últimos tiempos de la Restauración y frisaba en los sesenta años; pero conservaba la tez tan blanca, tersa y limpia, que hacía desencajar los ojos para cerciorarse de su verdad; sus cabellos, blancos como nieve, realzados por una cofia muy coqueta, con forma de diadema, le daba cierta majestad; ojos grandes y claros, á cuya nitidez se unía una ternura que parecía natural y no para producir efecto; boca pequeña y pronta á sonreír suavemente; mano pequeña y deliciosa, que de intento no adornaba con más anillo que la alianza; su talle, antes de avispa, había tomado carnes, sin perder por eso su esbeltez, y su breve pie era muy celebrado. Nada acusaba su edad; á su privilegiada

naturaleza ayudaba una bien entendida higiene desde su juventud, cuyos consejos daba á sus predilectas, la cual la había conservado un brillo y lozanía que asombraba más aún cuando se sabía su edad. Al verla había que exclamar: ¡qué bella mujer! como si el tiempo implacable hubiese querido hacer en ella una excepción, recordándose á Ninon de Lanclos, que vivió ochenta años, y á los sesenta y seis inspiró una pasión que causó el suicidio de un enamorado á quien no quiso corresponder esa cortesana, á la que la duquesa se parecía sólo en la conservación.

Admirada, adulada y cortejada desde su mocedad, había visto á sus pies á todo real mozo que brillaba y era citado por sus conquistas. La suya la hizo al fin un bizarro oficial de la Guardia Real, al que se confiaron luego misiones diplomáticas, de modo, que al viajar por Europa aumentó sus brillantes relaciones y ensanchó el terreno de sus triunfos. Vió á sus pies á soberanos, príncipes y otros grandes de la tierra, trastornó muchos corazones, penetró muchos secretos de las Cortes y de la sociedad, tuvo correspondencia con personajes de todos los países, en que la amistad, la política y la admiración se confunden en cada misiva, y con la excelencia de los elementos que la



rodeaban, formó en todas partes un salón en que se consideraba un honor, una dicha y un deleite ser admitido.

Su belleza, su encumbrada posición, su tacto y benevolencia, la eximían de coqueterías que no fueran las naturales de su sexo; pero veía á todos rendidos, no siendo escasa tarea impedir que se derrietiesen, pues sus admiradores se llamaban legión. Dotada de una inteligencia superior, escribía cartas que por su estilo recordaban los tiempos de La Longueville, la Scudéry, la Sablière, la Sévigné, la Maintenon; pintaba muy bien, pero sobresalía más en los trozos de música que componía. Todo lo que salía de sus manos era la perfección; su belleza imponente paralizaba como si se viera aparecer á Juno en su trono.

El papel de marido de una mujer considerada como una de las bellezas de la época, era de difícil desempeño; pero ella, lejos de eclipsarlo, le mantenía á su altura por la estima que le profesaba y por respeto á sí misma, siquiera él brillase por mérito propio. En la admiración y homenajes á su esposa veía el Duque halagado su amor propio á la vez que su nombre respetado; así que no se mostraba celoso, de-

jando á cada uno libre en su admiración y homenajes á la Duquesa, la que se acostumbró á recibirlos de todos los que á porfía se disputaban el honor y el placer de servirla, como seres que eran más felices al presentar sus obsequios que ella al aceptarlos.

Con esas pléyadas de admiradores no había lugar á celos, y si ella distinguió á alguno, ni se supo ni se sospechó siquiera. No podía tener por todos la misma simpatía ni la misma estima; pero dominada por el deseo de dejar en todos agradable impresión y fama de buena y de benévola, llegó á mirar en la colectividad un ente ante el que sonreía como la coqueta que se contempla en el espejo.

Así llegó á la edad de cincuenta años, que enviudó sin haber tenido hijos. Al día siguiente del primer aniversario de su viudez, recibió diez cartas de conspicuos personajes, pidiéndole su mano. Quedó lisonjeada y reconocida, pero no aceptó ninguno, porque — decía — que no pudiendo ponerse á los diez en los dedos, como las monteras de Sancho, no quería agraviar á nadie, y además deseaba conservar su libertad.

Cesó de dar grandes fiestas, y fué ya un acontecimiento verla en alguna, que era siempre en la de

una predilecta é ilustre amiga. Pero siguió dando comidas á sus amigos, y conciertos íntimos, en que no hacía oír su música ; dos veces por semana recibía en la noche á un cierto número de familias y amigos notables por su alcurnia ó por su saber, sin curarse del origen de los que se habían ilustrado por su propio mérito y eran el orgullo de la Francia.

Si siempre había sido difícil penetrar en aquella casa, entonces lo era aún más, por ser reducido el número ; los que gozaban de ese privilegio no agotaban los elogios del placer intelectual y del regalo de la distinción en aquella selecta sociedad, en aquel salón en que se sabía *causer* con el deleite de las buenas tradiciones, tanto más caras cuanto que se pretende que cada día disminuyen esos salones (1).

(1) La mariscalda de Luxembourg, de los tiempos de Luis XV, creía tener el monopolio del buen tono, y una vez que encontró en un libro de preces expresiones de mal gusto, dijo que Dios tenía mucho en cuenta que los pecadores fueran elegantes en el lenguaje.

Talleyrand, que alcanzó los últimos tiempos de esa sociedad, decía que quien no la conocía, no podía saber la dulzura de vivir.

IV

La Duquesa no era casamentera, afición hoy tan general, pero quería recompensar á esas jóvenes que tan buenos ratos le hacían pasar con su canto, uno de sus mejores goces, si bien no tenía la misma estima por Marina que por Lelia. Comprendiendo las respetuosas indirectas de ambas familias, se puso á pensar en quiénes podrían convenirlas, y conociendo bien el carácter y aspiraciones de las dos, estimaba poco la ambición de la una y le seducía la ternura de la otra.

Dar con ricos que quisieran casarse con quienes tan poca dote tenían, sin la compensación de lo que pudiera lisonjear altamente su vanidad, ó con jóvenes que desearan casarse únicamente por amor, era querer dos mirlos blancos. Buscar lo primero, repugnaba á la elevación de su carácter, porque no quería secundar la ambición de la que tan poco se curaba del afecto y de todo sentimiento noble, que merecieran un caudal mucho mayor que la dote. Si lo encontrase, lo preferiría para Lelia, pues por lo mismo que no lo anhelaba más lo merecía.



De ese embarazo la sacó la baronesa de Coulans en una visita que le hizo expresamente para anunciarle la boda de su hija, arreglada en tres días, con el vizconde de Evrecy. La Duquesa la felicitó con esas frases elegantes y corteses que le eran familiares, sin observaciones que no tenía derecho ni voluntad de hacer.

Porque el novio, el vizconde de Evrecy, era uno de esos que se ofrecen trece en la docena, que, mimados primero y dejados á su voluntad en seguida, se había entregado al galope y desde temprano, á esa vida disipada en que las compañías y placeres de mala ley, eran su única ocupación. Limitados sus recursos, siquiera fuese pingüe la pensión que la familia le hacía, piñaba por entrar en posesión de una rica herencia que le había dejado una tía, que no podía disfrutar hasta que se casara. Refractario al matrimonio, no sintiendo la necesidad de un afecto decente, había estado luchando entre lo que llamaba perder su libertad ó privarse de la herencia; y, como por otra parte, sus padres le instaran para que se casara y perpetuara su nombre, lo que tanto preocupa á las familias, sobre todo cuando tienen un solo hijo, acabó por decidirse y decir que le casaran con

quien quisieran, con tal de que le entregaran pronto su herencia.

Por eso admitió y se hizo á escape el matrimonio con Marina, sin que apenas se conocieran los novios, que se dieron el primer apretón de mano al mismo tiempo que él le entregó el anillo nupcial. La mamá « fin de siglo » estaba radiante ese día. Los malos instintos de los contrayentes quedaban satisfechos; la una veía ya el fastuo y gozaba de la elegancia, y el otro sentía la satisfacción más completa de sus vicios, porque no pensaba cambiar de vida.

El matrimonio se inició y enajó tan al vapor, que no dió tiempo á Marina de dar parte á Lelia, hasta que quedó arreglado :

« Querida Lelia :

» No quiero esperar á la noche, que iremos á tu casa, para anunciarte mi boda con el vizconde de Evrecy. Como sé cuanto me quieres, estoy segura del gusto que tendrás de saber lo dichosa que es ya tu buena amiga

» MARINA. »

Quando los padres de Lelia leyeron esa carta, no mostraron sorpresa alguna, sabiendo las ideas insan-



nas de esa familia; pero les contrariaba tener por nueva relación la de un joven disoluto y sin recato público. Aunque había mucha expansión en las conversaciones con su hija, cuidaban de que no supiera, sino en términos generales, la opinión que tenían de la gente, para que, cuando Lelia se casara, supiera desde luego á qué atenerse en sus relaciones, aceptando á los unos y evitando á los otros. Jamás mancharon su imaginación ni la pureza de su alma con detalles inútiles de la vida de los que eran objeto de su crítica, pero sí los referían cuando podían servir de ejemplo. Del Vizconde decían sólo que ninguna familia que se respete podía rozarse con él.

Ese enlace era un embarazo para las relaciones futuras, y empezaron á preocuparse de cómo podrían ser corteses sin autorizar la intimidad.

Llegó la noche, la familia de los Barones fué á casa de los Condes con ruidosa alegría, hablando los tres á un tiempo, para dar parte de la boda y decir cuán dichosos eran. Marina se echó en brazos de Lelia, diciéndole: « Ya imaginarás cuán feliz soy; me caso con un hombre que tiene *chic* y *chèque*. »

La naturaleza honrada de Lelia no pudo entregarse, por más esfuerzos que hacía, al gusto que

con tanta sinceridad habría experimentado si Marina hubiese hecho otra elección. La felicitó, pero sin el entusiasmo que aquella esperaba, y, juzgándola Marina por sus propios instintos, convirtió en odio la frívola amistad que por ella tenía, creyendo que Lelia envidiaba su dicha y maldecía su felicidad, y surgió en ella el deseo de humillarla y de vengarse. La lanzó una mirada de acero que intimidó á Lelia, diciéndose en sus adentros : « ¡ Ya me la pagarás ! »

Empezó el aluvión de regalos de los parientes y amigos de las familias de los novios, más ó menos ricos, y Lelia y sus padres no pudieron dispensarse de hacer el suyo, pero no gastaron sino lo preciso para no hacer mala figura.

En respuesta al de Lelia, le escribió Marina :

« Querida Lelia.

« Te agradezco mucho tu recuerdo, que es como elegido por ti. Así que estén reunidos todos los regalos vendrás á verme y á admirar su riqueza y su buen gusto.

» Tu *Marina*. »

Lelia comprendió fácilmente que eso quería decir:



« el tuyo no es ni lo uno ni lo otro, y no le hago caso, pero te lo digo sólo para humillarte ».

La Duquesa le envió una estatuita de « La Modestia » como reproche y consejo, que poseía tiempo há, con una simple tarjeta, para no escribir lo que no sentía, y así pagaba la deuda del canto.

La impresión de disgusto que le produjo esa boda hizo que pensara más aún en las prendas de Lelia, que merecían digna recompensa, y encendió en ella el deseo de verla feliz, contribuyendo, como si fuera su madre, á casarla según sus bellas inspiraciones y con quien fuere de su agrado.

Tenía la Duquesa por amigo y confidente á un caballero de edad provecta y con él quiso concertarse para lograr su intento.

V

Se llamaba el barón de Godarte, y fué también de las mariposas que en su juventud se quemaron las alas en el fuego de la Duquesa, admirando, entre sus atractivos, su delicioso pie, afición que tuvo desde su mocedad y que tanto aumentó con los años.

Desde entonces le mostró la Duquesa mucha sim-

patía y profunda estima, haciéndole su amigo de confianza, cuya discreción y fidelidad aquilataron muchos años de prueba.

Era un solterón muy mundano, hijo de una mujer que vino al mundo con un alma enferma y santa; enferma, por haber sido concebida en medio de horrores y de persecución; y santa, porque Dios suele complacerse en divinizar con su soplo á seres que den testimonio y ejemplo de la virtud.

Toda alma enferma es por extremo sensible y sufre de continuo, y toda alma santa es sublime por la abnegación. Si no era fácil haber transmitido á su hijo gran dosis de su virtud, le dejó empero la fe y el amor á su religión con la sensibilidad enfermiza é incurable, que fué para él el tormento de su existencia, origen de tantas amargas, con el recuerdo de una vida pura y santa, con el de dolores y sufrimientos callados menos para Dios, y que su hijo adivinaba.

Ese ejemplo y recuerdo le llevaron perennemente por el camino del honor y de la probidad más acendrada en todas las cosas, que también sólo Dios veía, y las públicas no alcanzaron más galardón que su propia conciencia.

Desde que tuvo uso de razón fué engañado constantemente por su propio corazón, y sin saber, sino más tarde, lo que dice San Pablo: « alegraos con los que se alegran y llorad con los que lloran »; se afligía cándidamente del mal ajeno y se complacía en el bien de los otros, por lo que solían burlarse de él diciendo que le sucedía lo que á aquél que murió de pena porque el vecino tenía un chaleco corto. De lo que resultaba necesariamente que suponía que todos habían de sentir lo mismo que él; pero las decepciones no fueron parte á rehacer su naturaleza, y siguió afectándose ó alegrándose de lo que no le importaba.

Esa índole le llevó á mostrar una abnegación en la amistad desde su juventud, á que le brindaron tantas y tantas circunstancias que sería largo referir; y en todas se elevó en esa abnegación como se rebajaron los favorecidos, callando unos los servicios, desdeñándolos otros y aún negándolos algunos; pero hechos todos por un impulso generoso y desinteresado, que, cosa rara, fué apreciado y aplaudido por los extraños que lo supieron, como si inconscientemente se sustituyeran á los favorecidos.

Tuvo que llegar á la edad proveya para ver claro,

reflexionar y contemplar con honda pena y corazón profunda y tiernamente reconocido, que no fueron los favorecidos los que se interesaban por él, sino que las numerosas pruebas de simpatía, de afecto y de interés que cotidianamente recibía le venían de aquellos, grandes y pequeños de la tierra, por quienes nada había hecho ni nada esperaban de él, y se veía honrado y lisonjeado con esas notorias demostraciones en la sociedad.

Fué envuelto, por circunstancias providenciales, en sucesos políticos á que llevó la más pura buena fe y la abnegación más sincera; mucho trabajó, mucho sufrió, quizás más que otros en su lugar, por esa sensibilidad que le hizo más punzantes los dolores, más por la ingratitud con que se vió pagado, que por la posición política que arrojó dignamente á los suelos, diciendo como David: «que bien sabía Dios que podía vengarse, pero que como mudo que no tiene que responder, no hablaba palabra ni para quejarse ni para justificarse»; y no sin haber colmado de atenciones y de favores, que su posición le permitía, unos espontáneos, otros solicitados, de que jamás hicieron luego alusión alguna los interesados.

Mundano y todo, por una afición que no negaba,

llevaba á los salones esa sensibilidad oculta, y en medio de las fiestas más brillantes y de los esplendores más refinados, en su alma vencía esa sensibilidad y le venían en esos momentos, y á pesar suyo, reflexiones filosóficas ó cristianas sin que su semblante ni actitud revelasen tan extraños pensamientos en esos lugares. Pero la Duquesa, que le conocía bien, solía decirse para sí: « Leo en tu alma, amigo mío, tú eres un *triste* ».

Con la edad iba aumentando el mal *del triste*, ahondando lo lastimado y herido de su corazón por grandes tristezas y crueles desengaños; y si no renunció al mundo ni dejó cierta amenidad que es necesaria para no aburrirlo, acabó por perder la poca ilusión que podía quedarle y se entabló una lucha entre el despego que le inspiraba y la costumbre de acudir á las fiestas mundanas. Allí reflexionaba en lo grande y en lo pequeño que le rodeaba, y muerta la última de sus ilusiones, llegó á admirarse de ver cómo gozaba la gente de las alegrías de la vida. Envidiaba á los que reían y no comprendía los afanes para alcanzar tesoros y el ahinco y el tiempo que se consagraba al embellecimiento de la existencia y al goce de suntuosas moradas en que rivalizan la ri-

queza y las maravillas del arte, á veces tan raras que recuerdan al Tasso cuando dice:

che vinta la materia è dal lavoro (1)

y de todos los objetos para las comodidades de la vida, en que el lujo descende hasta los más modestos, que son el contento y el orgullo de sus dueños, y hacen la admiración y quizás la envidia de los demás. Pero se decía, para excusarlo, que si él tuviese otra edad y sobre todo no le dominase el desencanto de la vida, haría lo que ellos; mas en el estado de su ánimo lo miraba con esa lúgubre indiferencia con que el que va á morir contempla los objetos que se le van presentando, y pensaba que esos goces acaban en la tumba que no encierra ni honores ni riquezas, ni galas, porque allí es para todos la podredumbre, la nada...

Pensaba por eso en que si se pudiese leer en el cerebro de los que van á morir, ya se vería lo que piensan al dejar este mundo. Desde los soberanos hasta los más humildes si pudiesen responder en ese momento supremo, ¿cuántos dirían que no querían volver á vivir á pesar de que muchos se dice que

(1) En que el trabajo vence á la materia.

amaron la vida hasta su último suspiro, porque se ignora lo que pasa al desprenderse el alma y subir á dar cuenta á Dios?

Con esas ideas, ¿cómo explicar ese estado psicológico de un hombre que sigue la vida mundana? Sin duda, el aislamiento en que vive le lleva á ella; la falta de familia le entristece y hace buscar el contacto de sus semejantes, porque « ¡ay del hombre solo! » dice el Eclesiastés. Si; ¡ay del que en su morada no oye un eco simpático de sus dolores hasta que resuene el del ministro del altar que le verá morir! ¿Es la costumbre, es que tiene más fe que virtud, más inercia que valor para desaparecer, ó es que le seduce y lisonjea la benevolencia con que se le acoge? En sus adentros no gozaba el barón de Godarte con los que gozaban, no reía con los que reían, y cuando al despertar cada día con dolor y desencanto bebía el cáliz con los amargos recuerdos de su existencia, que le parecían remedo de las penas de la eternidad, sin poder borrarlos de su memoria ni cicatrizar las heridas de su corazón, no veía un consuelo para lo pasado ni una esperanza que le hiciese amar aún la vida; porque está en la naturaleza humana sentir y dolerse más de los pesares que

recordar y sonreír por las satisfacciones de que se ha gozado.

Habiendo conocido desde su mocedad tantas gentes de todos los países, fué confidente, sin buscarlo, de grandes tristezas, de muchas miserias humanas, de ignominias, de traiciones y de escándalos que le hacían exclamar con el Evangelio: « ¡Raza de víboras! » Pero luego se reconciliaba con la humanidad al contemplar caracteres tan dignos, la belleza de las creencias, tantas virtudes y esa nobleza que alivia de esos deliquios morales, viendo á gentes que se magnifican en la observancia de los grandes deberes...!

Así pasaba la vida, contemplándola con horror y pensando en la muerte con espanto, pero creía en Dios y la descaba hasta con poesía; y cuando gozaba de los acordes celestes de Bellini ó Donizetti ú oía tocar el último pensamiento de Weber, se enternecía hasta llorar, porque su alma enferma quería morir en esos instantes con el consuelo de la esperanza divina que derramaba en ella una dulce melancolía; y con esas angélicas armonías se elevaba á Dios en el arrobó de la fe, creía ver á su madre en el cielo y se sentía volar á la eternidad!

La Duquesa conocía bien los delirios que atormentaban á su amigo y trataba de calmarle diciéndole en broma que no debía tener grandes escrúpulos por sus *péchés mignons* (bonitos, delicados) como llamaba á ciertas galanterías, pues era indulgente por carácter y educación.

—Vamos — le decía — deje usted esos «diablos azules», como dicen los ingleses á lo que llamamos murria, y ayúdeme usted á casar á Lelia.

VI

Evrecy se curaba del afecto de Marina como un pescado de una manzana, y á ella le sucedía lo mismo; pero, como acontece á todas las jóvenes, estaba encantada de casarse, y de casarse con el rico que anhelaba. Esa dicha rebosaba aún más por su carácter ruidoso y expansivo; así, que el goce del noviazgo fué para ella un contento que á la vez la lisonjeaba, por imaginar que se la envidiaba y todos se ocupaban de ella.

El novio, obligado á obrar como todos, iba dos veces al día á casa de Marina, pero no pensaba en

nada que pudiera serla agradable; y si su madre no se hubiese ocupado en hacerle enviar todos los días el ramo tradicional, á él no se le habría ocurrido cumplir con esa obligada galantería.

Sin pizca de corazón, su pensamiento y sus deseos eran para una de esas descocadas cortesanas, bonitas y elegantes, que seducen y arruinan á mansalva á los hombres, listos ó tontos, y hacen cosas que pondrían el grito en el cielo si aconteciesen rara vez; pero como acontecen tan á menudo, la sociedad se ha acostumbrado á ello, y si no se aprueba, no se castiga en esta época de tolerancia y de ausencia de sentido moral en que son pocos los que tienen valor de volver por sus fueros. Y eso no se oculta, se ve y se palpa en todo sitio público, al que se falta al respeto y al pudor, presentándose como pudiera hacerlo un matrimonio.

La pérdida de Evrecy le tenía tan cogido, y él estaba tan resuelto á no cortar sus escandalosas relaciones, que sólo la familia de Marina ignoraba que venía en su berlina cada noche á esperarle después de haber hecho su visita de novio; su misma madre lo sabía, y lo soportaba por su debilidad. Ella conocía bien al niño, temía que esas relaciones continua-

sen después del matrimonio, y trataba de decidirle á que las rompiera, dando á la perdida una suma vistosa, como es la costumbre inmoral en los jóvenes al casarse. Pero Evrecy no quería dejarla por nada; ella, sí, le habría dejado volando si la dieran una buena suma que la permitiera seguir viviendo con lujo; y como veía que nada sería parte á que él la dejara, continuaba las artimañas que les son tan familiares, para más y más dominarle.

Esa escandalosa costumbre de dar una suma al casarse para liquidar, por decir así, con esas ilícitas y escandalosas relaciones, llevan á extravagancias tan deshonorosas, que dan ganas de caer con una tranca sobre los bellacos que, si ofenden á Dios, eso es cuenta suya; pero que no tienen derecho de insultar á la sociedad y de hacerla ver lo nada que se respetan á sí mismos. Así, no hace muchos meses que uno de esos perdularios dió al casarse quinientos mil francos á una cortesana muy conocida, joven práctica, que aleccionada por lo que acontece tan á menudo á las corrompidas de su laya, que acaban en acomodadoras de teatros ó en oficios peores, ó mueren en la miseria, los colocó en renta vitalicia, por si en adelante no encontraba otros

mentecatos, ó una enfermedad ó la vejez la impedían seguir con el lujo que alcanzan con el vicio.

¡Quinientos mil francos! ¿Se dan cuenta acaso esos malhadados libertinos de todo el bien que con ellos pudiera hacerse? No piensan en los centenares de familias que viven ignoradas en sucias y estrechas buhardillas, con frío, sin aire, sin luz, sin una voz que les consuele, sin quien calme su hambre, apague su sed, les vista y les alivie, y no conocen la triste y agradecida sonrisa de los que sufren y padecen recostados en jergones asquerosos, al levantar la mano para recibir la caridad tan cara y tan grata á Dios. ¿Qué piensan esos seres abandonados cuando saben las sumas enormes con que se engalana el vicio, y el lujo y los placeres de las casas suntuosas en que se ostenta triunfante? Porque de esas cosas se hace alarde y se goza de oír hablar de esa generosidad mal sana que halaga un estúpido é indecente amor propio.

Y mientras tantas y tan dignísimas damas de la sociedad se afanan por allegar recursos á tantos asilos, y aun para subir á inmundos zaquizamis á dar de comer, de beber, vestir y curar á esos desgraciados, esos señoritos tan generosos con el vicio, en-

vían apenas su óbolo cuando se acude á ellos, ó lo dan en una venta de caridad, á menos que no tengan por móvil el interés ó la vanidad.

La Duquesa no asistió á la boda, y esto fué un golpe terrible para el amor propio de las familias de los contrayentes. No se prodigaba; su presencia en una fiesta ó ceremonia era un acontecimiento, un honor que se apreciaba muchísimo, y los periódicos no dejaban nunca de hacer notar el realce que daba por su elevada posición social y por su carácter y lo difícil que era en sus relaciones.

Á Marina se le ocurrió en seguida que Lelia tendría un gusto secreto de ese público desaire, cuando debería ser la última en atribuírla un pensamiento que no fuera generoso, conociéndola tan bien; pero esa naturaleza veía en los demás sus propios instintos, y esto hizo aumentar la inquina que tan infundadamente había nacido en su poco estimable corazón.

En esta época en que se generaliza tanto que los matrimonios sean negociaciones de intereses ó por halagar la vanidad, el de Evrecy y Marina pasaba de castaño obscuro, por la notoria conducta del novio; y apenas concluída la ceremonia religiosa, todos se

pusieron á hacer vaticinios más ó menos desagradables; pero la mala impresión era la misma en todos, lo mismo en la seriedad de los unos que en los dichos más graciosos, porque, como se dice: *l'esprit français ne perd jamais ses droits.*

SEGUNDA PARTE

I

Si Lelia se hubiese casado antes que Marina, ésta no se lo habría perdonado jamás; envidiosa y celosa de todo, habría sentido los deseos más perversos y hecho los pronósticos más ridículos; pues el bello sexo, en medio de su enojo ó de su alegría, encuentra, en general, en las situaciones ajenas, un lado ridículo que, siquiera no sea siempre acertado, suele hacer reír por la gracia de la invención. Marina, en su dicha de verse casada, no había perdido la cabeza hasta el punto de no pensar más que en ella; y su mal corazón tuvo tiempo de volver á creer que Lelia sufría de no ser ella la casada y envidiaba con despecho la suerte de Marina.

La Duquesa solía convidar al Barón á comer, y los dos solos se entregaban al examen y opinión de los

sucesos del día, en los que encontraban á menudo mucho que lamentar y mucho que vituperar; llegando la Duquesa á decir á veces que hay cosas que preferiría ignorar por lo que lastimaban la nobleza de sus sentimientos y rebajaban caracteres que hasta entonces se habían creído invulnerables. El Barón era de su misma opinión y sentía como ella; y añadía que hoy parece que, así como el progreso material se extiende y unifica el mundo, así la decadencia de los caracteres y las ignominias que se toleran, se han unificado también, porque la sociedad en todas partes no sólo las deja impunes, sino que parece alentarlas al ver que por eso nadie desmerece ante ella. La Duquesa, como el Barón, era indulgente con las debilidades humanas, de que quizá ellos mismos podrían acusarse; pero se indignaban de esa brutalidad en los hechos en esta época de descoco, que desconoce, en general, aquel buen tono, aquellas formas, aquel lenguaje, que eran como un manto para cubrir flaquezas de que hoy parece hacerse alarde como tipos de elegancia.

En su cariño por Lelia, temían que no le cupiese en suerte un marido como ella merecía, y su intervención les asustaba por la responsabilidad que pu-

diera acarrearles si no eran felices en la recomendación de su candidato.

Lelia, decía la Duquesa, necesita amar, no es ambiciosa, se preocupa más de los goces del corazón que de los bienes de fortuna, y no parece pensar lo bastante en que sin ellos no es posible establecerse y mantenerse en la situación que le corresponde, siquiera no se exija una riqueza como merecerían los tesoros de afecto que es capaz de dar esa presea.

El Barón decía que no faltaban jóvenes de buena familia que poseen lo bastante para vivir bien, unido con lo que Lelia tiene; pero la cuestión es encontrar la perla que ella merece, y ya se ve cada día que los candidatos que se presentan como perlas, suelen malearse apenas casados, ya por instintos que han ocultado, ya porque se pervierten por el ejemplo. Lo que hoy preocupa á la juventud es el amor al dinero que trae los placeres, cuando no la satisfacción de vicios, y no lo buscan trabajando, sino en los cofres de los que tienen hijas casaderas, cuya dote averiguan sin sentir el afecto ni saber si lo inspiran. La ociosidad les domina. En general, el prurito del *chic* les lleva á una vida frívola, sin ocupaciones dignas;

y, ya casados, no buscan la felicidad en los goces interiores de la familia, compartiendo la existencia con la mujer á que Dios les ha unido, recreándose y cuidando á los hijos, pensando en hacer feliz á la una y en el porvenir de éstos; desdeñando los goces intelectuales, todo lo que mueva el corazón ó recree la inteligencia. Por eso no tienen conversaci6n alguna, y las que oyen, ó no las comprenden ó les fastidian, excepto las que tienen entre sí sobre sus muchas ocupaciones cotidianas; no son de utilidad alguna al Estado ni de ornamento en la sociedad. Que si ven un joven serio, consagrando su tiempo al estudio y á las satisfacciones de la familia, ó siendo útil al país, sin dejar por eso de buscar luego en la sociedad la distracci6n tanto más apreciada y merecida, que viene como solaz y descanso de ocupaciones dignas, le miran como un *poseur* (1) indigno de su estima y de su compaa.

— Así es la verdad, amigo, replicó la Duquesa; los hombres que se entregan á esa vida, si caen en manos de mujeres que gustan de ella, tienen que seguir la misma vida que ellas para quienes la exis-

(1) Que hace el oso.

tencia es brillar, divertirse, estar siempre en escena ante un público que las admire, sin tiempo ni deseo tampoco de cultivar su inteligencia y pasar las horas en las satisfacciones conyugales que estrechan más y más el afecto, identifican la vida y desdeñan goces engañosos. Y si, por el contrario, son mujeres de corazón, de inteligencia superior, de ocupaciones dignas, que miran en la vida de casada deberes que es tan grato cumplir y el deleite sereno de un afecto recíproco que no acaba sino con la vida, tienen que considerarse desdichadas y humilladas ante sus propios ojos de la nulidad de sus maridos y del dolor de no sentirse amadas y estimadas como anhela su corazón. Muchos peligros traen ambas situaciones, y de ellos ha de culparse ocho veces sobre diez á los maridos, que desde el primer día debieran usar de su autoridad para inculcarlas, con cariño y con tacto, la senda que han de seguir para ser respetadas, para comprender los deberes conyugales, la vida interior que ofrece tan legítimos goces, tan puras inspiraciones, y no cifrar la existencia en una fiesta perenne que no da lugar á ningún sentimiento serio ni á ninguna ocupación meritoria. Si hay luego desunión y aún mayores males en los matrimonios, por el ejemplo

de los maridos ó por el despecho que su conducta inspira, cúlpanse á sí mismos de su desgracia y de los escándalos que suelen seguirla.

— Pero hablemos de Lelia, continuó la Duquesa; ¿quién es el candidato de usted?

— No puedo aun llamarlo así; dije á usted el otro día que mi antiguo amigo, el conde de Villedieu, me hizo la confianza del deseo que tenía de casar á su hijo, y que éste lo deseaba también, habiéndole indicado que se sentía llevado á Lelia por una verdadera simpatía; que el padre aplaudía esa elección, pues lejos de preocuparse con buscar una *heredera*, ambición tan generalizada, prefería para su hijo una heredera de las virtudes de sus padres, que diesen garantías de que el matrimonio sería feliz, sin caer en esa vida frívola y vanidosa que embota todo sentimiento digno y suele traer situaciones sin remedio, lo que no temía con Lelia.

— Tiene razón por lo que toca á Lelia; pero, ¿qué opinión tiene usted de ese joven?

— Nada he oído decir de él que le desdore ni nada tampoco que le ensalce.

— Con tal de que no haya que aplicarle lo que dice un célebre poeta español, que

- « Después de la bendición
- » Suele volverse león
- » El más tímido cordero ».

— Es como muchos jóvenes, que son bien recibidos en los salones; llevan la vida elegante sin gran aparato, porque sus medios no les permiten otra cosa; que se ven en todas las fiestas, en los espectáculos públicos, y no le creo exento de ser, como todos ellos, dado á galanterías dentro y fuera de la sociedad; pero *il faut que jeunesse se passe*, dice el proverbio.

— Convenido, mejor es que conozcan el mundo para saber lo que hacen; pero es preciso decir adiós á esos devaneos y consagrarse á su mujer y observar honrosa conducta. Si ese joven es del agrado de Lelia, llegará á quererle mucho, porque tiene un corazón amante, y con su talento podrá dominarle y dirigirle con ese arte femenino que hace obrar á los hombres como ellas quieren, y ellos creen que obran así porque lo quieren ellos mismos. Pero si él no la ama como merece, como quiere ser amada, si no la comprende, si se malea, en fin, conozco bien á Lelia, será desgraciada por el resto de sus días. Antes de pasar adelante, es preciso pensar en lo

que ambos tienen, para saber si pueden vivir bien.

— Su padre me ha dicho que su hijo tiene cuarenta mil francos de renta, por ahora, y sabe que Lelia tiene veinte, por ahora también.

— Para Lelia sería lo bastante si á ello va unido la dosis del afecto que desea sentir é inspirar. No dé usted paso alguno sin que yo hable antes con Lelia.

II

Solia la Duquesa ir en su carretela por Lelia, para que la acompañara á dar largos paseos por los hermosos alrededores de París, convidándola luego á comer, comida á que asistía el Barón. Á éste y á la Duquesa les encantaba la conversación de Lelia, tan discreta é instruída, y á ella, á pesar de la diferencia de edad, le agradaba las de ellos porque encontraba sumo agrado y enseñanza.

Una noche, mientras los criados — nuestros espías, pagados por nosotros mismos — comían en la repostería y cuando nada podían ya oír, la Duquesa dijo:

— Lelia mía, desde que eras muy niña conozeo tu bello corazón, preví todo lo que se desarrollaría tu inteligencia, y te estimo cuanto te quiero. Tu destino es casarte; tú, aunque no lo digas, lo deseas, porque has nacido para amar; y la ternura con que amas á tus padres, es precursora de la que tendrías por el hombre á quien dieras tu corazón y tu mano, porque lo creyeras digno de ti. Sé que no eres ambiciosa, que el sentimiento domina en ti, que no aspiras á una unión novelesca ó interesada, sino que satisfaga las aspiraciones de tu corazón, tanto más legítimas que son cuerdas y razonables, como sería de desear las tuviesen todas las jóvenes. Bien sé que ni consejos ni influencias han de hacerte aceptar la mano del que no haya ganado tu corazón. Tu dote no es muy pingüe, el tesoro que llevas son tus prendas y valen más que las riquezas, y si se encuentra un joven que sepa apreciarlas, como espero, verás colmados tus deseos y los nuestros. Dime con franqueza qué impresión te ha hecho el vizconde de Villiedieu. No te oculto que sabemos por su propio padre que gusta mucho de ti, y que el padre se consideraría muy feliz de llamarte su hija. Nada hay en él que seduzca la imaginación de una joven ambi-

ciosa y casquivana, como hay tantas; pero parece, por no saberse nada en contra, que puede hacer feliz á una joven que no pidiese más que cariño y no el brillo y las riquezas.

Lelia había escuchado sonrosada y conmovida á la Duquesa, cuya dignidad y dulzura la hacían tanta impresión, y respondió con naturalidad:

— Ese joven parece distinguirme, baila conmigo á menudo, busca las ocasiones de hablarme, ha sido siempre muy respetuoso y muy mirado en lo que dice; noto á veces, en su turbación, que quisiera decirme algo lisonjero para mí, pero yo no soy bastante valiente ó coqueta para animarle. Me es simpático; pero ¿quién podría decirme que encontraré en él la tranquila felicidad que anhelo, si no es lo que parece, si se cansa pronto de mí y apaga al fin su cariño con la indiferencia ó con otros gustos? ¡Oigo, y aun veo tantas cosas! Sí, señora, usted ha leído en mi corazón; deseo amar y que me quieran bien, si no por merecerlo por la sinceridad del amor puro y fiel que sabría yo ofrecer, por ese sentimiento que me arrastra á amar, que embriaga todo mi ser, á la vez que desdeña el brillo y las pompas de la vida mundana, y en las recias pulsaciones de mi propio

corazón, que oculto cuanto puedo, siento que amar, ser amada, es una necesidad de mi existencia !...

Y esto lo dijo sin un entusiasmo exagerado, sino con voz dulce y vibrante que impresionó á la Duquesa y al Barón, que no hicieron más que mirarse con complacencia. Y continuó :

— Lo que usted encuentra de apreciable en mí, no es sino un destello del ejemplo de mis padres, que tanto se quieren, que tanto se estiman, que viven el uno para el otro, y los dos para su hija, sin que jamás haya yo oído una sola palabra que turbe la adorable paz doméstica. Sus juicios tan sensatos me encantan ; y al oír cómo deploran esos matrimonios arreglados exclusivamente por el interés sin preocuparse del afecto recíproco y de las prendas que aseguran la verdadera felicidad, se arraiga más en mí lo que siento en mi alma é ilustra mi razón. Pero si la desconfianza ha de asaltarme con cada uno de los que se dignen pretenderme, no me casaré jamás ; y si hay probabilidad de que ese joven sea tal cual se dice y lo deseo, vamos adelante, y á la gracia de Dios.

— Bien dicho, hija mía, acércate que te dé un beso, y se lo dió en la mejilla.

— Allá voy yo también, dijo el Barón, y fué á darle otro en la frente.

— Te comprendo tanto más, Lelia mía, como que yo hice un matrimonio de inclinación, y de ello me felicito todavía. Si yo hubiese nacido el siglo pasado, no habría sido así, pues entonces se educaba á las jóvenes nobles en los conventos, y cuando las familias habían arreglado el matrimonio, salían de ellos para casarse, casi al día siguiente, con quien jamás habían visto, y les decían: « Vete á vivir con ese caballero ». Hoy ya no se miran tantos enlaces entre familias de la misma clase; los hay frecuentemente, es verdad, pero lo que priva, lo que impide la pureza del afecto, es el dinero, que nivela á los que sin él no se habría querido ni saludar siquiera, al que todo se sacrifica del modo más repugnante, descarado, y que pudiera llamarse inmoral. ¡ Y por desgracia, esa sed de oro no la tienen sólo los padres de familia, las mismas jóvenes la sienten y quieren satisfacerla para poder rivalizar con el lujo y elegancia de las que ponen el corazón, con su dignidad, á los pies del becerro de oro! Ahora lo que importa es que os conozcáis y tratéis lo bastante para saber si se avienen los caracteres. El Barón se encargará de pre-

sentarle en tu casa, pero no como novio, que esto sería un embarazo para todos, sino como joven de buenas prendas, digno de ser admitido en una casa respetable. Y cuando os conozcáis bien, cuando vuestros corazones sientan de consuno, entendedos vosotros antes de hablar á vuestros padres, cuyo asentimiento es lícito, puesto que aceptaron recibir á ese joven con más frecuencia é intimidad de lo que se acostumbra.

III

Tres meses después se declaró la boda. El joven había gustado mucho á los padres de Lelia, lo mismo que á los amigos de la casa; y cuando fué ya pública, todos hablaban de él con aprecio, si bien nadie exaltaba una cualidad brillante. Era guapo, naturalmente simpático, afable, fino y de buenas maneras. Lelia lo encontró muy de su gusto, y su afecto se fué arraigando con tal vehemencia, que tenía que contener su manifestación por pudor. Le encontró bueno, pero algo débil; y además á su claro entendimiento tuvo que imponerse, bien á pesar suyo,

que no brillaba por una capacidad excepcional; se echaba en cara haberlo descubierto, como si le hubiese hecho adrede, y hacía lo posible por desechar esa idea, por modestia y por el amor que ya le tenía. Consolábase con que era, sin embargo, asaz inteligente é instruído para hacer buena figura, y que había de hacerla dichosa, por lo que se proponía consagrarse á él y levantarle á sus propios ojos para que tuviera de sí mismo la conciencia de otro valer y no sentirse desairado ante quien tanto le amaba. Lelia no se comparaba, pero no se daba cuenta, en su modestia, de que no es fácil encontrar inteligencias tan selectas como la suya.

La Duquesa obtuvo del Cardenal-Arzbispo el permiso de que se diese la bendición en su oratorio privado, porque ambas familias convinieron en no convidar más que á los íntimos, para evitar ese espectáculo público, que tales son las bodas hoy día; y esto fué la excusa natural para no convidar á Marina, bien que desde que se casó, su vida la había alejado de Lelia, y ni ésta ni la Duquesa habían querido cultivarla, porque su actitud social no era para atraer á la gente que se respeta.

El Barón fué, naturalmente, uno de los padrinos



de Lelia, y aquel día fué de júbilo para todos los que asistieron á la boda.

¿ Qué pasa en el corazón y en la mente de una joven cuando al entrar en el templo, apoyada en el brazo de su padre, con transparente velo, los ojos bajos, paso lento, se encamina al altar donde el autor de sus días la coloca en el sillón al lado del que en breves momentos será su esposo, que se sustituye á la autoridad paternal? ¿ qué goces entrevé, qué emociones adivina, qué triunfos espera, cuánto amor lleva y cuánto anhela, qué horizonte percibe en la emancipación de la casa paterna? La santidad del sitio, la pompa del culto, el concurso que la rodea, el discurso del ministro del altar, el tímido sí que parte del alma, la música religiosa, ¿ á qué regiones la transportan? ¿ Cuánto palpita su corazón al dar el brazo al que es ya su marido para conducirla á la sacristía? Allí, rodeada de sus padres, parientes y amigos, recibe los plácemes de todos, da besos á las amigas y la mano á los hombres; su rostro se ilumina, se reproduce en él la dicha que rebosa de su corazón, los ojos brillan, la sonrisa es de amor, y luego sale radiante, reflejando su propio encanto del brazo de su esposo y atraviesa la valla que la forman hasta

subir al carruaje, saludando á los que la ven como si vieran pasar la beatitud celestial. ¡Ay! ¡cuántas y cuántas veces, casi siempre por culpa del marido, el brillo de los ojos llega á apagarse, se borra la sonrisa, y el dolor del semblante revela que han concluído las ilusiones! Pero también ellas mismas suelen labrar su deshonor, porque sus instintos ó una vanidad insensata y culpable las llevan á imitar á las que envuelven en el brillo de sus galas sus costumbres licenciosas, entregándose á lo que condenan la razón y la moral, porque saben que eso no las desdora y que se acogen como ornamento en la sociedad y triunfan seguras de la impunidad; en vez de seguir el ejemplo de las que conservan la pureza de las costumbres en medio de los placeres mundanos, y se ven fatalmente obligadas á cultivar relaciones con las que ofuscan su conciencia; porque en los salones, cuando se trata de convites, á todas se mide con el mismo rasero, si se está á la moda y se brilla por la elegancia.

Cuando la Duquesa, después del almuerzo, comprendió que iba á llegar la hora de que se eclipsaran los recién casados para mudar de traje ó ir al viaje tradicional, dió á Lelia un beso en la frente y toman-

do la mano del Vizconde, le dijo : « Napoleón I decía » que una mujer bonita agrada á los ojos ; una mujer » buena agrada al corazón ; aquélla es una alhaja, la » otra un tesoro. » « Lelia es lo uno y lo otro. »

Marina, que no había cesado de burlarse de la boda de Lelia, habría fingido desdeñar no haber asistido á ella ; pero aun cuando las relaciones eran más frías, creía que el haber invitado á Lelia á su boda, la obligaría á hacer lo mismo con ella ; y ese desaire, habiendo sido celebrada en casa de la Duquesa, era la completa revelación ante la sociedad de que dama tan ilustre había roto con ella, y en su berrinche prorrumpió en improperios y juramentos de ser enemiga implacable de Lelia.

TERCERA PARTE

I

El matrimonio Evrecy se entregó á la vida que prometía. Por escaso que sea el afecto recíproco que pueda engendrar en los jóvenes el poco tiempo, que, en general, se conocen antes de casarse, se encuentra siempre en la libertad y en la novedad de las emociones de la luna de miel, un encanto que es un ensueño, en que se entrevén goces inefables y duraderos. Pero en este matrimonio, el afecto nada tenía que ver, sin embargo de que, como era natural, Marina gozaba con efusión de su nuevo estado, que no comprendía su marido, entregado como un imbecil á la malsana seducción de su cortesana. Tanto que tuvo el arrojo y desvergüenza de hacerse seguir de ella, en el viaje de luna de miel, robando el tiempo que podía á las atenciones que, siquiera fingidas,

debía mostrar, para consagrarlo á la mujer que le tenía supeditado y embrutecido. Ese desvío, esas extrañas ausencias, hicieron comprender á Marina que pasaba algo que ella no debía saber, é inquieta y preocupada, descubrió al fin con asombro, secundada por su doncella, tan aficionada como todas las de su clase á estas cosas, lo que lastimaba más su amor propio que su corazón. Aunque por carácter y porque sabía más de lo que conviene á una joven (4), no era asombradiza, no se esperaba tal desmán. Disimuló, no se quejó en sus cartas á su familia; pero esa situación la inspiró desde luego su plan de vida, y lejos de llorar y de la mentarse, fingió no saber nada, y se reveló ante ella misma, en toda su plenitud, con una fuerza de voluntad y un valor para sobreponerse á todo para hacer su

(4) El Padre Olivier, terrible predicador dominicano, cuya elocuencia es bellísima, y por eso atrae aun á los menos devotos que encanta el bien decir, dijo esta cuaresma en una de sus conferencias: « Sé que se dice en los salones que las madres de familia no deberían traer á sus hijas para que me oigan, por las verdades tan crudas que digo; si esas madres de familia oyesen lo que dicen sus hijas cuando en el salón contiguo se reúnen á departir sin testigos, quedarían escandalizadas; ellas no lo saben, yo sí. »

Esto es verdad, pero también lo es que hay señoritas cuya vida es muy vigilada y siguen el ejemplo de sus dignas madres.

capricho y satisfacer sus pasiones, de lo que se felicitó á sí misma.

Al volver á París después de un mes pasado en Suiza, tuvieron que cumplir con las visitas á los parientes y amigos de las dos familias, á lo que él se prestó á regañadientes. Desde luego, y como acuerdo tácito, cada uno comprendió que la libertad recíproca había de ser la base de su vida, y ni él pediría cuenta del uso que de ella hiciera su mujer, ni Marina había de inquirir en qué pasaba las muchas horas de ausencia su marido. Sólo para cumplir con los deberes sociales, se les veía juntos, como sucedé con algunos matrimonios, pero no era misterio para nadie la vida de Evrecy.

Se instalaron con el lujo que ella anhelaba, y la rica herencia de Evrecy permitía. Nada tenía ella que envidiar á la más elegante, pues todo salía de los talleres de modistas y costureros renombrados, que ella dirigía con buen gusto, así que en breve fué considerada como de las primeras. En cada fiesta se presentaba con nuevo vestido, rivalizando con unas y eclipsando á otras. Estos fueron sus primeros triunfos, en tanto llegaban los otros en que meditaba sin hacer á ellos alusión alguna.

Un matrimonio rico y elegante pedía necesariamente que su estreno fuese en la sociedad más encopetada, y entraron de plano en ella. Allí ensancharon sus relaciones, y Marina empezó á estudiar á cada una, para ver cuál era su importancia, y elegir el grupo en que había de penetrar. Cazaba largo, comprendía bien las situaciones, reflexionaba sobre ellas, y sin aires de tener prisa, se propuso ser amable con todas para atraerse poco á poco las simpatías, y, ya bien asentada, dominar la situación, dar fiestas ella misma y que su casa llegara á alcanzar la boga de las que envidiaba.

II

Las delicias del hogar doméstico no se gustaron un sólo día en aquella casa. Frivola y vanidosa la una, mentecato y vicioso el otro, como que les faltaba tiempo de entregarse á sus inclinaciones. Marina, apenas levantada y envuelta en su lujosa bata, leía los periódicos elegantes para ver si en ellos venía su nombre y el vestido que llevaba en la fiesta de la vispera, lo que decían de las otras, y todo lo que te-

nia relación con la vida mundana. Luego daba órdenes á su doncella para el día, escribía esquelas de convites íntimos dados ó recibidos, y otros sobre esos tiquis-miquis que no faltan á las damas que no viven sino para ocuparse las unas de las otras. Al ir á almorzar preguntaba con indiferencia : « ¿ Almuerzo en casa mi marido ? » Y lo mismo le daba que le dijeran que sí ó que no. Después de vestirse, siempre con lujo y elegancia, leía las novelas á la moda, de esas que saboreaba á hurtadillas en casa de sus padres, y ya podía dejar ver sobre su mesa. Ellas fueron un funesto auxiliar á las tendencias de su juventud, trastornándola el juicio con ideas falsas, situaciones escabrosas, goces y triunfos malsanos en que se estrellan la dicha y el honor. Un escritor decía : « nunca se sabrán los males que un libro, una frase, » una palabra, pueden ejercer en un alma joven : » un solo cañonazo basta para echar á pique un navío. » Cuando Evrecy la veía leer, bien que fuesen novelas, se burlaba diciendo que las mujeres no debieran leer, al que podría aplicársele lo que dice un contemporáneo, « que á los imbéciles no les » gusta que uno se enriquezca por el ingenio y que » el autor que más les agrada es el autor de su for-

» tuna. » Ese bicho, en quien la tontera y la ignorancia se disputaban la palma, no paraba mientes en lo que instruye y deleita una sana educación, en la satisfacción de demostrarlo, y en el papel desairado, ridículo, que hace una mujer que no comprende lo que oye, obligada á callarse como si oyese hablar en sánscrito, lo que es inexcusable cuando hoy la instrucción se ha difundido aún en las clases modestas, á quedarse inmóviles como muñecas menos divertidas que las que dicen « papá » y « mamá », pues á lo menos dicen algo. De Marina no podía decirse eso; su educación fué esmerada, pero no cultivó lo que sabía desde que su imaginación tomó otro rumbo, que fué la ambición del brillo y de la riqueza. La nulidad de Evrecy la aburría más que la humillaba, pero como estaba poco en casa, el aburrimiento no era prolongado; y sabiendo que su cortesana lo trataba á la baqueta, que así agarran más esas pécoras á los hombres, y que lo engañaba con otros, como es el destino de los que pagan, se consideraba bien vengada.

Concluídas las faenas indispensables, salía á tiendas, á las casas de sus elegancias, á hacer visitas,

á paseo, y volvía precipitadamente á vestirse, sea para recibir á sus convidados, sea para comer fuera. Cuando tenía tres ó cuatro íntimos, Evrecy se excusaba é iba á comer con su cortesana y á llevarla al teatro, y sólo asistía cuando había grandes comidas, para hacer los honores. En todo caso, siempre había motivo para salir de noche. Así corría el tiempo, sin dar descanso al cuerpo ni entregar el espíritu á ese reposo que trae la contemplación de las realidades de la vida, que lleva á comprender los propios deberes y la digna conducta en su observancia.

III

La vizcondesa viuda de Evrecy era una de esas señoras que vienen al mundo con esas prendas del alma que hacen la paz y la felicidad de las familias y merecedoras de la estima de la sociedad. Pero también era una de esas madres desgraciadas que desde el regazo consagraron sus desvelos al hijo idolatrado, sobre todo cuando es único, cifraron en él su orgullo y su ventura, le inculcaron los buenos principios, le dieron el bello ejemplo de la virtud y de

esa rectitud en todo, que las hace sin reproche y se citan como modelos, sin que tantos y tan tiernos esfuerzos fueran parte á domar los malos instintos del hijo, la falta de afecto filial, que tantas lágrimas le hacía derramar á solas, de sentido moral y la tendencia á esa emancipación aguijoneada por el ejemplo de otros jóvenes de vida viciosa y de holgorio, en que él entreveía los placeres y la elegancia. Ningún ruego ni consejo era oído ni seguido. De esto hay ejemplos que si por su número no sorprenden, son la desgracia de las familias y la vergüenza de su clase.

Para colmo de males, la nuera no tenía por ella apego alguno ni poseía nada de lo que pudiera endulzar su dolor; ni tenía ni quería tener esa benéfica influencia con su marido que sólo pueden dar la virtud, el decoro de su propio nombre y todo lo que trae los goces domésticos y el aprecio de las gentes dignas, haciendo que los maridos cambien de vida, reconociendo su fealdad, y gozando de los buenos sentimientos, como suele acontecer. Pero Marina, mareada con su posición, echó á un lado todo escrúpulo y se entregó desatentada á esa vida de fiebre delirante, de vanidad *chic*, que llevan casi siem-

pre al deshonor y al abismo; y su marido se había ya entregado á lo primero y puesto el pie en el segundo.

Así hay muchos jóvenes, y no siempre es achaque del hombre de edad proveya vituperar severamente á la juventud que lo empuja y sustituye, cuando puede recordar ufano que si en su juventud tuvo debilidades, las cubría con pudor, llevó vida honrada y de trabajo, no frecuentó garitos ni cortesanas, vivió siempre en la buena sociedad, gozando de su distinción, lenguaje y maneras, conservando incólume el honor, escrupuloso en la probidad y esclavo de la delicadeza. Por eso cuando los hombres de edad proveya tropiezan con jóvenes que tienen esas prendas, los acogen y protegen, los quieren y celebran su conducta y sentimientos.

Con los vicios parece que esos jóvenes como que pierden la buena crianza y el respeto á la edad y posición. Antes se ponía de pie un joven cuando entraba un caballero proveyo, y ahora hay quienes no se mueven, y aun no tienen en el asiento la debida compostura. Ya en la antigua Esparta había una ley que mandaba á los jóvenes se pusieron en pie á la llegada de un anciano, callar cuando hablaba, cederle el paso cuando le hallasen. « Bien que nin-

guna ley nos lo ordene, dice Silvio Pellico, será así mejor que el respeto nos obligue á hacerlo. » Hay de quienes apenas apunta el bozo, se puede ya agorarr lo que serán, por la precocidad de sus vicios y de sus pretensiones. Lo que ha aumentado á la par la riqueza pública y el lujo, hace que para satisfacer aquellos se encaminen éstas exclusivamente al dinero, que es hoy la preocupación universal. No les gusta trabajar para alcanzarlo; su objetivo es casarse con quien tiene buen caudal; lo buscan sin recato ni perífrases, y en tanto llevan la vida ociosa y airada, yendo al Club para divertirse con la reputación de los demás; á las carreras para hacer el oso y apostar, departiendo, con igual desenvoltura, con la señora de veras y con la que no lo es, á la vista de todos sin que ¡ay! esto les desdore á los ojos de los demás, con su flor en el ojal, á la que se abona por treinta francos al mes; bebe, trasnocha, se pone calvo y fatigado antes de tiempo, se le embota el sentimiento, no lee sino lo que ensucia su imaginación, y así crece y espera una víctima á quien sacar los cuartos para lucir y satisfacer sus gustos, sin respetar á la sociedad ni pensar en la patria.

Evrecy era uno de los peores libertinos. Su madre

no lo ignoraba, y á la angustia de la deshonra se añadía que á veces su conducta le llevó á fechorías que habrían traído resultados fatales, si el Barón, antiguo amigo de su madre, á la que quería y respetaba, no hubiese acudido, con su autoridad é influencia, á evitarlos. Lo hacía por compasión á una madre, disimulando la indignación que le causaba la conducta de ese badulaque, que además de ser tonto como un ganso, ignorante como una carpa, engreído con su dinero inmerecido, no tenía ninguna decencia en los sentimientos, y creía que era honor serle útil y agradable. Y ya que no pensaba con La Bruyère, « que no hay más bello exceso que el del » agradecimiento » debió fingirlo, cumpliendo con esos deberes elementales, cuya inobservancia dejan á un hombre fuera de la sociedad culta; y ya se ha visto cuál era la que prefería, juntamente con la de *jockeys* y palafreneros con quienes se rozaba diariamente en cuadras y cocheras. El Barón, en su desprecio, recordaba que el Evangelio aconseja: *Nolite mittere margaritas ante porcos*: « no echéis margaritas á los cerdos » (1).

(1) El egregio escritor Pérez Galdós dice que « la ingratitud es el más canalla de todos los vicios ».

IV

Apenas habían pasado dos años, ya era la vizcondesa de Evrecy una de las mujeres más á la moda y de más fuste. Su chispa, su gracia, sus dichos eran muy celebrados, y todos encontraban en su trato, siempre alegre, un agrado que hacía estuviere rodeada de hombres de todas edades y condiciones, á la vez que era íntima de ese grupo de damas que se ha convenido ha de dar el tono sin apelación de sus fallos. Ese refuerzo les fué muy útil por las fiestas que daba y muy agradable, porque realmente su comercio no engendraba la melancolía. No había fiesta sin ella; y aunque esa intimidad con el grupo galante cuyos notorios é ilícitos amores formaban, á sus ojos, parte de su elegancia, pudiera hacer sospechar que obraba ó iba á obrar como sus nuevas amigas, en toda casa, por respetable que fuese, era la primera con quien se contaba. Y así es en todas partes, como observaba el Barón, con perdón del sabio y respetable escritor que al hablar recientemente « de los que se hacen » reos de esa perniciosa y vergonzosa condescendencia para el escandaloso y con el vicio », localizaba

« ese pecado capital », en el medio á que aludía, porque no conoce otras muchas sociedades con las que quizás sería más duro, más sin piedad.

Si Marina hubiese caído en manos de otro marido, una vez satisfecha su pasión por el oro y los placeres, podría haberla contenido en sus justos límites y crearse otros gustos que poco á poco la fueran ocupando en cosas formales, asociándosela de modo que acabase por encontrarlos agradables, y hasta hacer nacer por él el afecto que no había sentido por nadie: un afecto sincero, siquiera no fuese violento, ocupaciones dignas, que podría conciliar con el goce de sus bienes en las elegancias sociales, el de otros morales que acabarían por cautivarla. Su madre, que se jactaba de ser « fin de siglo », no había inculcado en ella la belleza de la religión y la hermosura de los sentimientos del deber, que podrían despertar un día y hacer nacer nobles deseos y prácticas saludables. Su corazón no había conocido el amor dado ni recibido, y no se había encariñado de nada que la hiciera gozar moralmente; su fogosa naturaleza pedía una válvula para desahogar su actividad devorante, y sólo se le ocurrió satisfacerla en el amor propio de ponerse al nivel de las elegantes y ver á

sus pies un hombre á la moda que no deslustrara su posición.

Hasta entonces no había sido sino lo que prometió desde jovencita : una coqueta redomada. Tenía una caterva de admiradores que la rodeaba, á la que llamaba su jauría, y á todos les había puesto nombre de perros. Si alguno pretendía hacer el celoso, le decía vivamente : « No sea usted bolo, no me venga usted con escenas que no tiene derecho de hacer, y si no se corrige usted, le pongo de patitas en la calle ». Y como era muy *chic* y agradable ser de su mesnada, el bolo se lo tenía por dicho, y en seguida volvía al orden.

En su ambición de tener un galán á sus pies, picaba muy alto, pues había de saberse, como se sabía lo de sus amigas ; y en su estreno no quería un vulgar lechuguino, sino alguien de alta posición que eclipsara á las demás y la hiciera objeto de envidia, porque decía como la Marcela del poeta español :

« Ya que el demonio me lleve,
Quiero que me lleve en coche ».

El diablo es muy galán y su carruaje está siempre á la disposición de las damas. Pero Marina, antes

de subir en él, quería buscar con calma el que pudiera convenirle, pesar el pro y el contra, hasta encontrar el personaje brillante que su ambición pedía; no admitiendo un instante que no se cayese á sus pies, por la magia de sus hechizos, de esa mirada ardiente por naturaleza, á que sabía dar una expresión diabólica, que no en balde se había dicho de ella, aun antes de casarse, que era una *charmeuse*!

Mas al mismo tiempo deseaba encontrar una ocupación que la distrajera; y sin pensarlo mucho, el nombre de Lelia le vino á su recuerdo, y se dijo que su ex amiga tenía una deuda que pagarle, y había dejado pasar mucho tiempo sin cobrarla; á una imaginación viva y sin escrúpulos, el mal inspira fácilmente, y su índole perversa encontró lo que debía divertirla y vengarla de una ofensa imaginaria. Era una de esas venganzas que no se le ocurren más que á una mujer que no tiene la bondad de los sentimientos, la dulzura de los afectos y aquella generosidad y abnegación, que suelen llevar su sexo á los actos más sublimes.

¡ Pobre Lelia !

IV

En casa de ésta no había el fastuo y movimiento, la elegancia y la alegría de la de Marina. Con lo que el matrimonio de los vizcondes de Villedieu tenían, se habían instalado de modo decoroso, como tantos otros jóvenes matrimonios de la aristocracia, y estaban satisfechos de lo que poseían. El afecto que se profesaban, los sentimientos que abrigaban en el método de vida que se habían impuesto, la tranquilidad que no turbaba el deseo de andar en fiestas ni en frívolas ocupaciones fuera de casa, cultivando su inteligencia, comunicándose sus impresiones y gozando discretamente en sus relaciones sociales de las alegrías que les procuraban, parecía haber traído la felicidad á ese matrimonio. Lelia tenía bastante afecto por su marido y éste por ella; y ciertamente que Lelia no habría querido cambiarlo por otro, temiendo perder en el cambio; pero en el fondo, ¿lo encontraba á su altura? En su corazón y en su mente se imponía esa comparación, á pesar suyo; el carmín de la vergüenza le subía á las mejillas y sentía como remordimientos de descubrir lo que no había querido. Por

respeto á sí misma, por modestia, por la idea del deber y hasta por gratitud hacia el que le daba la suma de cariño y de felicidad que podía darle, quería amarle y respetarle. Y aun cuando no hubiere sido lo que era, aun cuando hubiera llegada á mostrarla despego y á serla infiel, no habría respondido á esa degradación, olvidando también la fidelidad conyugal con la excusa de que los extravíos del marido justificaban los de la que ya no era amada.

No quiere esto decir que un alma de ese temple necesitase una pasión volcánica, un héroe de novela, un genio que descollara entre las gentes; no, nada de ideal, de sueños fantásticos, nada que saliera de la realidad, que su buen juicio sabía apreciar, el goce del corazón, el deleite de la inteligencia, gozar para sí sin hacer partícipe de su dicha más que al que fuese digno de compartirla. Ni la alabanza de la sociedad, ni el brillo de sus fiestas, y sobre todo el anhelo de riquezas, la preocuparon jamás un sólo instante; sentía y deseaba lo que Dios había puesto en ese alma privilegiada, en cuyo santuario había de quedar sepultada esa soñada bienandanza.

Tan era así, que pasaba por algo retraída, por casera; y Marina, que no perdía ripio de ponerla en ri-

dículo, la llamaba *pot-au-feu* (1) para rebajarla y poner en parangón sus elegancias con lo que llamaba vida insulsa de Lelia.

Para un alma sensible y creyente, la primera necesidad en sus alegrías ó en sus tristezas, es elevarse á Dios, y así lo hizo Lelia. Para afearse ella misma lo que sentía, se echaba en cara la compensación que tenía de que su marido era un hombre honrado, de que él tenía su parte en la simpatía y estima de que gozaban en la sociedad, la serenidad de su vida que los acompañaría hasta el fin de su existencia; « ¿qué más puedo desear? » se decía, y pedía perdón á Dios, como si realmente hubiese cometido un gran pecado. En todas las penas, grandes ó pequeñas, desde que entra la resignación, los deseos se consideran ya como muertos que se lloran {y se entierran, á menos que un día Dios no los resucite para satisfacerlos. Lelia desechó, pues, lamentos inútiles, y hasta llegó á sentir el deseo de mostrar aún su cariño por su marido, y dió gracias á Dios de la tranquilidad que les procuraba el que les unía, no deseando ya más sino que la vida de ambos así siguiera y concluyera — ¡ Pobre Lelia!

(1) Puchero, cocido : se aplica á la que sale poco de casa.

V

No fué menester que ella se explayase con la Duquesa y con el Barón, para que éstos adivinaran lo que pasaba. Conocían bien el carácter y prendas de Lelia, y pronto comprendieron la insuficiencia de su marido para elevarse á su altura. Pero les consolaba, para mitigar el sentimiento que pudieran tener, ya que ellos habían hecho el matrimonio, que la paz y armonía no se habían alterado una sola vez en él, debido al corazón y tacto de Lelia, que dominaba todo, sin parecerlo, como previó la Duquesa, tanto más cuanto que habría sido necesario ser un bellaco *para no vivir con ella en esa paz de que no suelen gustar todos los matrimonios, aun aquellos que han sido de amor, y luego se ve que la incompatibilidad de los caracteres suele llevar muy lejos el desacuerdo. Vale más, decían, que eso sea lo único que pueda lamentarse, que no turba la paz que mantiene el generoso corazón y el noble silencio de Lelia, que no rompía ni aun con sus dignos amigos y protectores. Esa sombra sin consecuencias en el matrimonio, les hacía pensar en la desatentada conducta de Marina, cuya*

vida era la comidilla cotidiana de la sociedad, en unión de las que parecen haberse impuesto como misión no hacer nada que no sea del dominio público, pues mirarían como un deslustre no se las contemplara y aplaudiera como si estuvieran en la escena. La Duquesa y el Barón auguraban mal de esa vida, temían un resultado fatal, porque Evrecy, encenagado en sus vicios, no se curaba del decoro de su casa ni del orden en sus bienes; y ella tendría que seguir fatalmente el ejemplo de las que lejos de verse vituperadas y castigadas por su mala conducta, se las busca, halaga y festeja, « sin comprender, como dice el sabio escritor citado, que mientras más se deja ver la deformidad del ídolo y se le adora, más indecoroso y repugnante aparece el culto que se le tributa ».

La Duquesa y el Barón no sospechaban que al cariño y estima tan grandes que tenían por Lelia, había de seguir; ay! en breve el dolor y la protección:
¡ Pobre Lelia!

CUARTA PARTE

1

Nó pudiendo encontrar Marina la venganza en su fastuo y elegancia, ya que Lelia no abrigaba ruines envidias, y que, en su reserva y modestia, desease pasar inadvertida, en lo que ponía tanto cuidado como Marina lo ponía en brillar y reinar, la encontró en otra cosa para envenenar su existencia.

Esperó al primer baile en que toparía con el marido de Lelia para comenzar la ejecución de su péfido plan; y apenas le percibió se puso á mirarle con su estudiada y peligrosa mirada y una sonrisita que quería ser dulce y atrayente. El Vizconde dudó en un principio si era él á quien se dirigían esos halagos; pero su pertinacia, como si buscase su mirada para renovarlos, no le dejaron ya duda, y, sin poder explicárselos, lo dijo á Lelia.

— No será porque le gustes, pues no eres de la raza de su jauría — le respondió riendo.

Marina cogió el brazo del primer *perro* con que tropezó, y se puso á pasear por los salones para hacerse enconradiza con Villedieu, y cuando lo tuvo enfrente se paró, y con aire zalamero le dijo: « ¡ Qué poco amable es usted! Nunca viene usted á verme; Lelia viene á lo menos una vez cada año, el día que recibo, pero usted, ni eso. » Y dirigiéndose al otro, le dijo: « Déjeme usted ajustarle las cuentas á este ingrato », y el *perro* se marchó, pues los tenía muy bien enseñados. Y sin más ceremonias, se apoderó del brazo del pobre joven, que se quedó pasmado y temblando de que Lelia le viera.

— Ustedes, los hombres, no saben distinguir cuando se trata de las mujeres; creen que gustan á las que apariencias engañosas les atraen y ven lisonjeado su amor propio, y no descubren á las que sienten una simpatía sincera, á las que quisieran tender la mano de amiga, cultivar su trato y gozar, en estrecha intimidad de esas dulces emociones que se apartan de las frivolidades mundanas, en las que tenemos que vivir. Un joven de corazón, instruido, de las serias prendas de usted, tan gallardo

y seductivo, haría feliz á la que eligiera por amiga y compartiese con ella sus ideas y aspiraciones. ; Si viera usted cuánto felicito y envidio á Lelia de tener un marido como usted ! No hablemos del máo ; nunca me ha hecho conocer ni me hará conocer jamás esas ideas, esas emociones que unifican los corazones, y estoy destinada á morir ignorándolas y disimulando en el torbellino mundano la pena del vacío que me devora. » — Y apretándole el brazo y mirándole con expresión ardiente, que parecía querer contener, añadió : « ¡ Ay, no sé lo que digo ! Sea usted indulgente con quien sufre, y séalo usted tanto más que, no sé por qué, usted es el primer hombre con quien me exployo así ; una fuerza misteriosa me ha llevado á importunar quizás á usted sin derecho alguno : perdóneme usted, y olvide lo que le he dicho ». Y vuelta con el apretón del brazo y la mirada incendiaria, que se avenían mal con las excusas que hacía.

Villedieu no sabia lo que le pasaba, no volvía de su sorpresa, que le embargaba la voz : le parecía soñar ; pero era hombre al fin, y se sentía halagado con la preferencia en tan sentidas confianzas, y hasta trastornado con el hechizo y las desconocidas sensaciones que le agitaban. Si Lelia se impuso á

su mente en esos momentos, fué más bien para temerla que por la pena de agraviarla.

Trémulo y sonrosado, no acertaba qué responder ; Marina gozaba de su turbación, pero era preciso decir algo.

— Estoy tan honrado como agradecido de lo que acaba usted de decirme, y crea usted que no olvidaré...

— Sí, si lo olvidará usted ; y aunque no lo quisiera, se lo impondrían á usted, pues bien sabemos que no tiene usted voluntad propia, que está cosido á las faldas de su mujer, sin alientos ni para levantar la vista si ella no lo permite.

— No crea usted eso — respondió picado. — Lelia...

— Es el ama y usted el pupilo ; eso lo sabe el mundo entero, y cuando se le ve pasar, dicen : ¡Pobre Vizconde ! Siempre encerrado en su *pot-au-feu*, sin libertad de gozar de las distracciones permitidas á los maridos fuera de sus casas : es un cuitado.

— ¡ Señora !... — dijo airado.

— No lo digo por ofender á usted, sino para que sepa la verdad. Usted sabe la opinión que tengo de sus prendas relevantes, y por eso siento queden

ignoradas y no se vea en usted más que un pupilo sumiso, cuando tan fácil sería hacerlas patentes y triunfantes.

El pobre Vizconde había perdido la cabeza. En breves momentos se sintió cogido por los endiablados hechizos de Marina y al mismo tiempo humillado ante ella.

— Usted y todos están engañados; á mí nadie me manda, vivimos así porque lo queremos los dos; ¿qué debo hacer para probar que soy hombre y hago lo que me parece? — dijo irguiendo la cabeza en actitud del que reta.

— Por ahora, que baile usted un rigodón conmigo, siquiera á usted tocaba pedirmelo...

— ¡ Veinte! — dijo entusiasmado.

— Pues vaya usted á buscar un *vis-á-vis*, y aquí le espero.

Marina sonrió al verle alejarse, y exclamó: ¡ *Cuitadão!*, como dicen los portugueses.

Lelia debía bailar ese rigodón con un secretario de Embajada, muy querido de todos, y célebre además por la pechera de su camisa, blanca como la nieve y tersa como hoja de lata, con un solo botón en medio, formado con esa valiosa piedra « ojo de gato »,

rodeada de diamantes; y como apenas tenía una sospecha de chaleco, el pecho del diplomático sobresalía por todas partes. Al tomar su puesto con Lelia, vió ésta venir á su marido del brazo de Marina, y notó desabrida la animación con que se hablaban. Creía soñar, una visión, y no se daba cuenta de esa enormidad; bailó el rigodón maquinalmente, sin dejar de mirar á su marido y á Marina, que parecían absorbidos en la conversación, sin curarse de lo que en torno suyo pasaba. Marina le daba en cada figura un apretoncito de mano que enardecía su sangre, y no se acordó más de Lelia. Al concluir la danza, le dijo que la llevara á dar un paseito por los salones y que luego fuese al lado de su Lelia, que ya extrañaría la tardanza; pero antes de separarnos « dígame usted si tendrá valor de hacerme una visita mañana á las tres... si Lelia se lo permite á usted »... añadió en son de fisga...

— Iré, aun cuando el mundo se venga abajo.

Marina tomó su brazo y se acercó á Lelia: « Te felicito, tienes un marido agradabilísimo, su conversación me ha cautivado », y lo acompañó con una sonrisita que quería decir: « ya la tienes dentro. » Y sin dar tiempo á Lelia de responder, dijo al Viz-

conde : « Lléveme usted al otro salón ; deseo sentarme y departir con otros amigos » .

Allí la dejó el Vizconde, y en el acto la rodeó su jauría con la misma prisa que si fuera á la ralea, y sentada en un canapé cada uno le contó lo que sabía para saborear sus respuestas picantes y á veces más aceradas de lo que era permitido.

Marina lucía un elegante traje que salía flamante de los talleres del rey de los costureros, Worth, y costurero de las reinas. Era de moaré celeste, la falda muy larga y unida ; el corpiño escotado, con adornos de muselina de seda del mismo matiz ; alrededor del talle, un cinturón grande de raso negro que se ataba por detrás, cuyos faldones caían hasta abajo de la falda. En la cintura llevaba atado un ramo grande de violetas de Parma que caía hasta abajo del vestido. Las mangas cortas, de forma Imperio, con *bouillonés* de muselina de seda. Alrededor del cuello una cadena de perlas muy grande, sujeta en medio del corpiño por una turquesa.

El pelo, algo levantado sobre la frente, dejaba escapar ricitos reuniéndose en la cima de la cabeza, formando un nudo griego, al que habia aplicado un penacho blanco sostenido por un nudo de diamantes ;



algunos puntos centelleantes salpicados en la cabeza (1).

Lelia, que no bailaba nunca el cotillón, se marchó cuando iba á empezar, sin dirigir la palabra á su marido ni querer escucharle. En el coche se atrevió él á decir: « ¡ Qué fiesta tan animada. » — « He visto todo — y acentuó el *todo* — y nada tienes que contarme »; y lo dijo en tono breve y seco que le hizo enmudecer. Al llegar á su casa se separaron, sin que Lelia diera ni esperase el beso que siempre se daban al retirarse cada uno á su aposento. Su marido se quedó tamañito, pero la diablesa de Marina le había casi trastornado el juicio y no había de volver atrás.

II

Desde la creación del mundo, y así será hasta que concluya, se dice, y harto frecuentemente con fun-

(1) Esta descripción ha sido hecha expresamente para esta novelita por una deliciosa joven, hija de los Príncipes de..., amigos del autor, que se iba á casar con el joven duque de..., y al enviársela, le escribía: *Vous reconnaitrez la toilette que je portais hier à dîner; si toutefois vous préférez une autre dites-le moi et je vous la décrirai avec plaisir; je suis bien heureuse de vous rendre ce petit service.* Permitase al autor dar las gracias, aun en español, á esta joven de diecisiete años, que venía á verle con sus padres, cual ángel de bondad, en la reciente enfermedad del autor.

damento, que la mujer es versátil, que hoy quema lo que adoró ayer, y que aun las de más clara inteligencia suelen no tener atadero en sus ideas y sentimientos cuando las domina una pasión, sea cual fuere ; pasmando por su volubilidad y las cosas extrañas, parto de una imaginación que se exalta y extravía, que desconcierta á los más avisados ; de ahí viene el conocido estribillo : « el corazón insondable de la mujer ».

Pero al mismo tiempo que así se la juzga, todos miran con entusiasmo y sienten las más bellas emociones del alma ante la mujer, el don más bello y acabado del Supremo Hacedor. Es la perpetua preocupación, el más puro encanto del hombre, su único anhelo, su compañía, su consuelo, su delicia, su esperanza y su ambición. Á ella le atrae desde niño, que inconsciente y cariñoso le tiende sus bracitos, y encuentra en su regazo el llanto si gime, la alegría si sonríe. En la edad de las pasiones, el afecto es un frenesí que lleva á divinos estremecimientos del alma, al ardor que le engrandece, le sublima y le hace capaz de las acciones más gloriosas, porque le guía y enardece el pensamiento de la mujer amada.

Y sin embargo, aun presentando así al hombre de

corazón, la mujer descuella entre prendas tan altas por la intensidad del afecto, lo sublime de su abnegación, la virilidad de sus actos, la perspicacia, la generosidad con que sacrifica los bienes de la tierra y su misma vida si es necesaria para el bien del objeto amado, lo mismo en el amor maternal que en el que el hombre puede inspirarle. Todas las brillantes prendas del hombre se achican ante la grandeza del sentimiento de la mujer, que la diviniza y la eleva á regiones en que aparece como pigmeo el más merecedor de los hombres.

Pero ¡ay! cuando la mujer sale mala, lo es de veras, y es peor que el hombre; su misma debilidad la lleva á todas las audacias, y es implacable en sus odios, sean ó no justificados; la envidia, los celos, la venganza, no se sacian sino con el triunfo completo que aplasta y humilla al que es objeto de sus iras, y no hay mal deseo, por cruel é injusto que sea, que no abrigue si fracasa en sus batallas.

De los hombres se ha dicho siempre mucho bueno y mucho malo, en todos sentidos; pero no se les acusa, como se debe, de la frecuencia con que se muestran también versátiles é infieles á sus esposas. Creen que por no tener la infidelidad en ellos la tras-

condencia que tiene en las mujeres, pueden permitirse, y aun se la excusan á sus propios ojos cuando quieren á sus esposas, las consideran, las colman de atenciones; y que lo que llaman caprichos no cuentan, sin pensar en el riesgo de que esos caprichos produzcan el despecho que las vuelve también infieles, en lo que quizás no habían pensado, y las puede hacer presa de otro capricho ó pasión que acabe con la paz doméstica, con el reposo de ambos y de los hijos; no meditan en que si son buenas los perdonarán, pero no les amarán más y serán infelices.

También acontece que los malos instintos, la incompatibilidad de caracteres, una pasión que no acalla el deber y se cede á tentaciones insensatas, lleva al hombre á la infidelidad que le degrada y mancha la honra de su casa.

El número de mujeres honradas es muchísimo mayor que el de los maridos infieles. En la mujer, sea virtud, honor, dignidad, respeto de sí misma, del nombre que lleva, del de los hijos, vergüenza de ser señalada como las que han delinquido, ó temperamento, sea que quiere, hay más frenos que la contengan, mientras que en los maridos no hay trabas ni temores : hay libertad, hay impunidad. Y si se

respondiese con el número de las damas que notoriamente viven en galanteos, y quizás de las que se ignoran, podría responderse que pocos maridos tienen el descaro de dejarlo ver, que la inmensa mayoría lo oculta en regiones apartadas del mundo en que vive.

Los unos y las otras que dan ese triste espectáculo, no hacen sino resaltar más y más la virtud y el ejemplo de tantas y tantas esposas y aun de sus maridos, que no hacen alarde de su acrisolada vida para ganar aplausos, sino que gozan á solas de su bienandanza que también es agradable al cielo.

III

Lelia, con su gran corazón y gran inteligencia, sintió y comprendió en el acto la situación. Marina era incapaz de querer á nadie, y, en todo caso, no había de sentir de repente, en una noche, simpatía tan vehemente como la que parecía mostrar á Ville-dieu. Comprendió, pues, que era el comienzo de un plan para engatuzarle, meter cizaña y turbar, quizás para siempre, la paz de su casa. Había visto ya de-

masiado el embarazo de su marido que, olvidando todo miramiento, hería su dignidad de esposa, y sintió morir allí mismo todo afecto á él, como el ave que se mata de un escopetazo. Pensó toda la noche en los disgustos y humillaciones que preveía, y no abrigaba esperanza de borrar la impresión recibida en el baile, hacerle volver no al afecto sino á la reflexión que le abriera los ojos y no cayera en las garras de esa mujer, bien que ante sus hechizos y artimañas habían sucumbido hombres más corridos que su marido. Esto lo deseaba por su interés, y si contribuir á ello cabía en su generosidad, ya nada podía volverle el afecto y estima por su marido. En un corazón del temple del de Lelia, no cabían ni lágrimas ni venganza. Si su sensibilidad era exquisita, su dignidad era muy levantada, y en pocos momentos vió herida la una y ultrajada la otra con la más torpe ingratitud. Podría perdonar, pero no olvidar; tornar á quererle, ¡jamás! Si hay maridos que abusan del carácter, del afecto que le profesan sus mujeres, ó del imperio que en ellas ejercen, con Lelia no era así, y sólo debía perdonar como cristiana. La infamia de su marido aparecía á sus ojos tanto menos excusable, ¡cuanto que sabía que Marina la de-

testaba y la ponía en solfa cuantas veces podía, y en vez de rechazar sus halagos, parecía feliz de aceptarlos.

Esos desengaños son decisivos en la vida de las mujeres. Tienen la conciencia de no haberlos merecido, y ven además lastimada su dignidad, vejado su amor propio, y hasta el ridículo que tan despechadas vuelve aún á las mujeres más sensatas. Si unas se resignan y no quieren perderse también, otras hay á quienes la pena del Tali6n las asalta, las persigue, y buscan la venganza de cualquier modo, 6 bien, al ver que se desprecia un coraz6n amante, anhelan otro afecto sin el cual no pueden vivir; venganza 6 necesidad de querer, siempre es ilícito y peligroso.

Lelia no buscaba la venganza; sus creencias y honrada naturaleza, la idea del deber y de que su honor había de ser inmarcescible, la preservaban de caer en esas tentaciones. Si su coraz6n no sentía el lleno que necesitaba, si los afectos que en 6l rebosaban habían tenido eco apagado en quien necesitaba raudales de ternura para su coraz6n y goces selectos para su inteligencia, su deber estaba trazado: permanecer honrada.

Así se lo trazan frecuentemente con buena fe las mujeres virtuosas que se ven engañadas por sus maridos; pero hay ejemplos de que la pertinacia en el agravio que se las infiere, las hace dar de bruces con los propósitos y delinquir ya sin escrúpulos. Muchos casos pudieran citarse, pero no se pondrán aquí más que dos, cuyas damas fueron amigas del autor. Una — de esto hace ya muchos años — casó por amor con un joven que no tardó en darse á francachelas y á infidelidades de que no hacia misterio. Era virtuosa y le amaba, lo que la hizo soportar largo tiempo aquella vida de abandono y de humillación con tanta resignación, que todos decían, y con razón esta vez, que por ella meterian la mano en el fuego; aseveración harto arriesgada — sea dicho de paso — pues á menudo acontece que eso se dice de quien ha sabido ocultar sus fechorías, y ríe á solas de los cándidos que pregonan su virtud. Un día dijo á sus amigos: « Ya no metan ustedes la mano en el fuego por mí; me he cansado de tanto engaño y ultraje, y he pagado á mi marido en la misma moneda ». Á la estupefacción general siguió el sentimiento de que, por desdicha, se entregó á un joven tan bonito como depravado, que iniciaba á sus

amigos en lo que no debiera. Hoy vive separado ese matrimonio y ambos en la miseria.

La otra, guapísima en verdad, no tenía amor por su marido, la casaron sin consultarla; pero, virtuosa y sencilla, fué excelente esposa y madre modelo. Él era un zopenco malerido y disoluto, no la trataba con la consideración que debía en el poco tiempo que pasaba en su casa, y ella, víctima de sus malos tratos, y sabiendo que la engañaba, se propuso enmendarle por las plegarias y comunión cotidianas, y hasta daba la disciplina á sus lindas carnes para apiadar al cielo. Al fin, desesperanzada de alcanzarlo, la tentó el diablo y se volvió coqueta suave y tranquila, y así, mansamente, cayó en la tentación, y dijo dulcemente al autor, que la llamaba « ángel » : « Ya no lo soy, *je suis en délicatesse avec le bon Dieu* », y aquél no volvía de su asombro. Á ese *flirt* siguió otro, y después de mil disgustos y desengaños, cuando murió el marido, casó á las dos hijas y se retiró al renombrado convento de la provincia de... en donde sigue llevando la vida de una santa.

Lelia habría dejado pasar una eternidad sin faltar á sus deberes.

IV

Tampoco Villedieu pasó una noche tranquila, pero su agitación era de otra naturaleza. La repentina calentura de su cerebro no le permitía reflexionar; en su extravío sentía deseos y aspiraciones ardientes que bullían en su mente y agitaban sus sentidos. Eso que se llama cañonazo al sentirse cogido y paralizado de repente por la simpatía que inspira una mujer que se ve por la primera vez, es una verdad que no podía aplicarse al Vizconde, porque de luengos años conocía á Marina y nunca había sentido nada por ella. Si ese cañonazo es una verdad, tiene que serlo también el que mata un afecto cuando llega al corazón y lo pulveriza, como sucedió á Lelia al sentirse herida por la misma mano que debiera bendecirla. En ese desgraciado no hubo cañonazo; fué envuelto por sorpresa en los hechizos diabólicos con que una mujer ducha, guapa, ardiente y malévola, sabe dominar y atraer en breves instantes los instintos de los hombres, que encienden súbitamente si están apagados, que despiertan si están adormecidos, ó da al traste con la fidelidad más probada; y á

ese trastorno en los sentidos se añade el poderoso auxilio de la fatuidad tan común en los hombres que les ilusiona hasta perder el sentido moral.

No es, pues, inverosímil la fulminante repulsión de Lelia ni la súbita flaqueza de su marido. En ella, el sentimiento elevaba su corazón á regiones superiores, y su inteligencia se encumbraba señoreando las situaciones con un acierto que les daba su inevitable solución. Con ese corazón y esa inteligencia meditaba en los dos casos que pudieran presentarse: Ó su marido había reflexionado en la noche en la enormidad de lo que ella miraba como un desacato y le pedía un sincero perdón, jurando la enmienda, en cuyo caso se sentía inclinada á perdonar, y volvería la paz y la armonía en la casa, pero no el afecto, porque decía que no se resucita á los muertos; ó persistiría en quedarse en las redes que le había tendido Marina, y entonces, salvando siempre las apariencias, cesaría toda intimidad, toda expansión, toda comunión de ideas.

Villedieu, que no había encontrado nunca un solo atractivo en Marina, en una noche le descubrió mil encantos su imaginación acalorada, forjados por el demonio, como hizo con San Antonio, sólo que aquel

se complacía en los goces que imaginaba. Y luego, su amor propio se sentía lastimado y herido, y de consuno con su aberración, le daban valor de arrostrar el enojo de Lelia y entregarse á una pasión con la violencia que no sintió nunca por ella. La que sentía por Marina eran arranques jamás experimentados que no podía ni quería dominar, y se propuso acudir á la cita.

V

Al día siguiente, á la hora del almuerzo, se encontraron en el comedor sin haberse visto antes, como tenían costumbre. Lelia llegó después de él, y como estaba el criado presente, dijo que tenía una jaqueca muy fuerte — embuste de que tan á menudo se sirven las damas — y así pudo permanecer callada sin que la servidumbre extrañase no hubiera la conversación que siempre tenían. Estando ya solos, dijo Lelia :

— Tenemos que hacer visitas juntos hoy.

— No puedo.

— Es la primera vez que te opones á hacer lo que debemos.

— Porque es la primera vez que tengo que hacer.

— ¿Será acaso ir á ver á la dama de anoche?

— Precisamente, es preciso ser cortés, y no sé por qué continúa la enemiga que os tenéis.

— ¡Ah! ¿quieres hacerme intima de tu?...

Y no acabó la frase, trémula de cólera.

— Lo que quiero es hacer lo que me parezca; estoy harto de que se me ponga en ridiculo diciendo que estoy cosido á tus faldas, sumiso como un pupilo, sin voluntad propia, y de que se rían de mí cuando me ven pasar, llamándome cuitado.

— Has aprendido bien la lección. No quiero más explicaciones, ya sé lo que tengo que hacer, puedes de hoy en adelante campar por tu respeto; pero sabe que has matado en una noche todo afecto á ti, y que valga poco ó mucho, no lo recobrarás jamás. ¡Marchate y lanza á los cuatro vientos tu ingratitud y tu ignominia!

Villedieu pegó un brinco é hizo tales visajes, que Lelia creyó un momento que estaba perdiendo la chabeta. Decididamente, se dijo, Marina es un filtro que si no mata, vuelve idiota ó malvado.

Villedieu, la cabeza baja y los ojos abotagados de la noche agitada que le dió Marina, se quedó pensa-

tivo, sin decir una palabra. Lelia se levantó y se marchó sin decir nada. Él se fué á pie á casa de Marina y Lelia en la berlina á la de la Duquesa.

VI

Lelia, afectada y pensativa, se puso á meditar en el carruaje en lo inesperado de ese desengaño, y apenas acertaba á comprender que la falta de entusiasmo al felicitar á Marina por su boda y el no haberla convidado á la suya, pudiesen inspirarla tal venganza, hiriéndola en el punto que más debía dolerle, cuando pudo limitar su resentimiento á la frialdad que lo revelase. Pero estaba en su perversa naturaleza exagerar el agravio y por lo mismo exageraba la venganza; pues si solía complacerse en hacer el mal, solo por instinto, más tenaz era en su persecución cuando estaba en juego su interés ó su amor propio.

En cuanto á su marido, si él no daba á su corazón y á su inteligencia toda la ternura que necesitaba el uno y la cultura que reclamaba la otra, no le culpaba, porque no podía dar más de lo que poseía; y

sintiendo un vacío que era un desconsuelo perpetuo y solo Dios veía, se impuso como un deber mostrarle afecto, apreciar sus cualidades, y resignada á vivir como plugo al cielo, encontraba á lo menos en la monotonía de su existencia moral la paz doméstica como compensación á los goces que le faltaban. En las cosas intelectuales podía bastarse á si misma; pero su corazón desbordaba de sentimiento, como fuego que se desparramaba y no apagaban las lágrimas que lo cubrían. Sin el temor de Dios, sin la educación que recibió, sin el honor de su nombre, pensando en si misma, en los suyos, en sus amigos y en la sociedad que quería la mirase con respeto, Dios sabe si no se habría entregado ya á otro ser que la amara como ella lo comprendía y satisficiera esa sed de amor que la devoraba en silencio, bebiendo en el mismo cáliz de quien se lo inspirase. Si esas lágrimas, por calladas, no podían apreciarse, lo que ella daba á su marido era más que suficiente para que éste se mostrara feliz y agradecido; pero cuando se amparan del corazón súbitas ilusiones, lo llevan á debilidades que no reparan en el honor, en el deber ni en la crueldad á que suele arrastrar el ardor de satisfacerlas. En Lelia, la falta de experiencia de

la vida la suplía su ilustración y lo que le ofrecían casi diariamente los ejemplos en la sociedad de repentinas é inesperadas transformaciones morales de quienes de ello hacían gala paladinamente. De su corazón brotó á su mente la figura, el saber, la seducción de un ser que habria sido el ideal de su alma privilegiada, si lo hubiese conocido á tiempo; pero mirando con horror un pensamiento que la alejaba del deber, levantó el corazón y los ojos al cielo, y, creyéndose culpable, pedía á Dios más perdón y misericordia que consuelo para su alma. En su propio corazón leyó que estaba destinada á ser mártir del amor, del deber, del honor y de la religión. Así llegó triste y pausadamente á casa de la Duquesa.

VII

La serenidad del rostro de Lelia acusaba, sin embargo, que una nube había borrado su deliciosa sonrisa, la nitidez de su mirada, ahora sombría, y á la Duquesa le parecía ver transparentes en su frente las emociones que la atormentaban. El Barón estaba allí y la miró con afectuosa inquietud.

— Te esperaba, Lelia mía.

Lelia la besó la mano, la Duquesa la frente y el Barón la mano.

— ¿Por qué, señora?

— Porque el Barón acaba de decirme que un amigo le ha referido esta mañana que anoche observó que Marina había acaparado á tu marido, bailando con él y haciéndole arrumacos, evidentemente para serte desagradable, pues no se puede interpretar de otro modo ese insólito agasajo.

— En efecto, señora, y, como usted previó, eso es lo que me trae aquí.

— Marina nació con instintos malévolos, pero bien podía satisfacerlos en otra parte y no en ti, que eres tan querida y respetada y tan digna de serlo : ya lo pagará.

— Usted sabe, señora, que Marina y yo hemos tenido siempre ideas y sentimientos distintos, sin que yo entienda por esto encomiar los míos, pero el desacuerdo existía. Cuando me dió parte de su boda creí comprender que la enojaba no encontrar un contento extremado, que no podía yo fingir. Pero mi felicitación fué cumplida, y mi falta de entusiasmo no era motivo para esa inquina con que me persi-

gue, inquina que aumentó desde que no la convidamos á mi boda. Jamás le he hecho mal, ni siquiera coro en las criticas que á personas dignas inspiraba lo atolondrado de su actitud y su excentricismo en todas las cosas, y bien podía haberme dejado en paz, que era lo único que yo deseaba. Tiene capacidad y medios de hacer triunfar sus artimañas, conoce á los hombres y sabe cómo se halagan las pasiones y se les coge por el amor propio. Sabiendo lo fácil que es á una mujer astuta inspirar á los hombres lo que llaman pasión y no es sino deseos desordenados que turban y seducen, añadió herirle el amor propio, diciendo á Villedieu que el público se ríe de él porque no tiene voluntad propia, que es un cuitado pupilo mio. Encendidos esos descos, á lo que el amor propio quitó todo escrúpulo, le entró la fiebre y el desvarío, y fiebre y desvarío siguen y seguirán hasta que ella haya logrado su intento, que no es otro sino lastimar mi dignidad y acabar con mi sosiego doméstico; entonces lo despedirá con risas y chafalditas espirituales que repetirá su jauría. De hoy más, mi vida es otra. Dios es testigo de que lo único que yo deseaba era que no se alterase, aceptando serena la que me había creado, satisfecha del afecto que me

mostraba mi marido y de las recreaciones que estaban á su alcance : no podía pedir más. Era preciso ver hace dos horas el cambio que se ha operado en él, sus aires de autoridad, de emancipación y su descaro, hasta quejarse de que yo no tenga amistad con Marina, en cuya casa sé por él mismo, que está en este momento.

La Duquesa y el Barón la habían escuchado con atención tierna y sostenida, con ese don *de saber escuchar* que se va perdiendo, por desgracia, de que tan bellos ejemplos ofrecen ciertos salones. El príncipe de Ligne, decía de Catalina II que poseía el arte de escuchar, aun cuando pensase en otra cosa.

— Déjame interrumpirte Lelia mía, y decirte que más de una vez nos hemos dicho el Barón y yo, que el marido que te dimos no respondió sino imperfectamente á lo que tu corazón anhela, á lo que tu inteligencia reclama, y cree que sin echárnoslo en cara, ya que nuestro deseo fué hacerte feliz como si fueses hija nuestra, nos afecta profundamente lo que en ti adivinamos. No se nos ha ocultado, y el cielo sabe cuánto te hemos admirado, que sólo tu virtud ha podido disimular el desencanto en que vives; y mientras más ha avanzado el tiempo, más hemos

comprendido que el cielo te dió un corazón tan singular, un entendimiento tan privilegiado, que no es fácil encontrar un hombre que se levante á tu altura y satisfaga esas hermosas inspiraciones que se imponen á la belleza de tu alma.

— Aun cuando ustedes no se hubiesen dignado ocuparse de mi matrimonio, habría callado, no sólo por el temor de que apareciera como reproche, cuando mi gratitud es imperecedera, sino porque el deber me mandaba callar y conformarme con la voluntad de Dios. Pero ahora, la ofensa pública tan grave é inmerecida con que se ha correspondido á lo que he dado, que, siquiera poco, ha sido dado con la voluntad más leal y sentida, me desliga de ese silencio, y si no puedo aceptar — sin afectación de modestia — los elogios tan agradables que usted hace de mí, siempre tengo derecho de decir que si podré perdonar un día como cristiana, jamás olvidaré lo que se debe á una esposa ultrajada.

— ¿Qué quieres decir?

— Quiero decir, señora, que en donde no hay estima muere el afecto, y que toda intimidad ha cesado con mi marido. No daré el escándalo de una separación por acuerdo privado ni judicial, y trataré

de que para la servidumbre y para el público todo parezca lo mismo que antes, si bien desde mañana se verá la intimidad de mi marido con Marina, entrará en la jauría, se reirán de él, ella se bañará en agua rosada y me hará una mueca cada vez que me encuentre.

— Te apruebo y te compadezco, nada de escándalo: tu tacto y prudencia te harán llevar las cosas con cordura; pero si llega á arrepentirse y se echa á tus pies pidiéndote perdón, ¿que harás?

— Si el arrepentimiento es sincero, no necesita echarse á mis pies para alcanzar el perdón; pero volver á sentir cariño por él, lo repito, ¡jamás!

La Duquesa y el Barón comprendían el resentimiento de Lelia, que no había encontrado en su marido lo que tenía derecho á esperar de la generosidad con que obraba en todo, hasta que se creyese él más de lo que valía; pero por lo mismo que no lo comprendía, no podía apreciarlo, y esto no podía decirselo Lelia.

Entonces se le ocurrió á la Duquesa, no sin malicia, nombrar al conde de Caubeil.

— Mucho va á sentir lo que te pasa, pues bien sabes cuánto te quiere, el tierno interés que tiene

por ti, lo que le encanta tu rostro y lo que admira tu talento y tu saber.

Lelia tuvo uno de esos ligeros sobresaltos que son como relámpagos del alma, palideció un tanto, luego un ligero arrebol asomó á sus mejillas, y se levantó para marcharse.

La Duquesa y el Barón no se atrevían á mirarse, temiendo que Lelia lo observara, pero ya habían visto lo que quería la Duquesa, y el Barón adivinó su intento.

Al partir Lelia le dijo el Barón:

— Todo queda en manos de Dios y luego en las tuyas; pero si llega el caso de que quieras poner á prueba cuánto te quiero y todo lo que daría por serte útil y agradable, piensa en mi, ángel mío, y acudiré volando.

VIII

Era el conde de Caubeil una de esas figuras que se destacan del común de los mortales por esos aires de gran señor que se ve son innatos, por esas grandes maneras y esa actitud que avasalla y se respeta sin discusión. Ingenio selecto, instrucción vastísima,

erudito sin ostentación, memoria prodigiosa, cono-
cedor de la historia y de su parte anedóctica en todas
las Cortes, asombroso por su conocimiento en bellas
artes, cosas ambas que son el encanto de las damas,
era un regalo oírle y, naturalmente, muy buscado
y obsequiado en los salones ilustrados. Pero por lo
mismo que conocía su mérito no se imponía, no aca-
paraba la palabra, y aun parecía desear hacer brillar
á sus interlocutores en vez de lucir á sus expensas,
así que si inspiraba nobles envidias, no excitaba mal
querencia á nadie. Simpático hasta la seducción,
real mozo y gran admirador del bello sexo, tenía en
él un partido inmenso, lo que hizo que no se hubiese
casado dejando pasar los años, olvidando los triun-
fos de ayer y contando con los de mañana. Caballero
y discreto en todo, si muchas de sus conquistas fue-
ron conocidas, no podía ponerse á cargo suyo, y las
secretas quedaron en ese misterio que es la mejor
satisfacción de los que se respetan y respetan á los
demás.

Lelia, tan bonita, tan seductora de suyo, vestía
elegantemente, con una elegancia que la era par-
ticular, la mayor sencillez en el exquisito gusto
y la manera tan airosa y natural de llevar todo;

porque la que sabe vestirse luce más, aun con simple traje de percal, que la que no tiene gusto con sedas y recamos. Esa elegancia, siquiera sencilla, sentaba muy bien á su donosura y probaba que si daba al vestir el cuidado que debía, no era su constante preocupación, como en general acontece á las damas que deliran por las modas y gastan en ellas su tiempo, su dinero y su lengua, porque si tocan á ese punto su palique es inagotable. Lelia empezaba á cautivar por los ojos, su sonrisa atraía, su voz parecía acariciar, su palabra correcta seducía, y en toda conversación con ella se encontraba un encanto prolongarla; no era pedante para hacer ver lo que sabía ni frívola para caer en esas insulceses que en general alimentan la conversación. En su correspondencia tenía un estilo tan fácil y tan culto y sus giros eran, á la vez que inesperados tan naturales, que los hacía inimitables. Estando en relaciones con hombres serios, de entendimiento cultivado, las ocasiones de escribirse eran frecuentes y sus misivas eran una delicia, así que se había granjeado las simpatías de los literatos que la cultivaban.

Naturalmente, el conde de Caubeil era uno de los que estaban á sus pies, pero no la confundía con la

generalidad de las damas. Si no se atrevía á decirlo que le seducía la mujer, porque sabía bien que Lelia no admitiría los cumplidos sino hasta cierto punto y no quería perder su amistad en el homenaje que rendía á su talento, instrucción y á los juicios que emitía, cuando discurrían sobre literatura, ya antigua, ya moderna, no ponía límites á su entusiasmo, y el calor de sus elogios le llevaba á veces á una elocuencia que si ofuscaba su modestia agradaban á su inteligencia.

Si entre los que tienen éxito con el bello sexo, esos que se llaman hombres á *bonnes fortunes*, hay quienes en su fatuidad enumeran con complacencia sus conquistas, fáciles ó difíciles, hubiera también la lealtad de confesar cuántos chascos ha llevado su amor propio de *mangeur de cœurs*, ya se vería á qué quedaría reducido el número de las conquistas comparado con el de las mujeres honradas que los han enviado á paseo. El que una mujer, por desgracia ó por imprudencia, caiga en el dominio público por sus deslices, no quiere decir que el número de las que así obran sea tan crecido como la ignorancia ó la malevolencia se complace en afirmarlo.

El Conde, por muy caballero que fuese, era al fin

hombre, y hombre avezado á triunfos, y no podía menos de sentirse atraído hacia una joven tan bonita y de los encantos de Lelia ; mas la dignidad de su actitud, la severidad de sus ideas le imponían y atajaban cada vez que sentía ímpetus de una demostración, pues no quería usar con ella el lenguaje falaz y seductor que con otras le había salido tan bien.

Hay caracteres que ceden á la resistencia y se alejan y prescinden de lo que era objeto de sus aspiraciones, sea cual fuere la fuerza del sentimiento, y otros en quienes las dificultades son un acicate á sus deseos y á su perseverancia. Hay que hacer justicia al Conde. En esta vez no era para él cuestión de amor propio, era el corazón que se sentía cogido y avasallado hasta un punto que á él mismo le asombraba ; pues hasta entonces, si había sentido más ó menos inclinación por sus conquistas, jamás le había ninguna trastornado el corazón ni preocupado la mente, siempre sereno el uno y clara y tranquila la otra para ejecutar á mansalva sus designios.

Toda pasión callada es un suplicio, porque todo afecto necesita expansión, mostrar lo puro de su llama, tratar de comunicarla, y al contemplar al objeto amado pedirle consuelo y esperanza. Ni uno

ni otra era dado al Conde, que á medida que avanzaba el tiempo crecía en su corazón un culto que había de quedar ignorado, so pena de no ver más á Lelia. ¡Ah! ¿Quién se lo habría dicho? Aquel hombre en quien, siquiera caballero, la cabeza dominaba al corazón, sentía éste ahora herido y desgraciado, y al salir de la estancia paradisiarca de Lelia, rompía á llorar como un niño y se llamaba el más desgraciado de los hombres.

La puerta de Lelia estaba abierta para el Conde en las horas que sabía no la disturbaba y se entregaba á sus conversaciones favoritas, tan agradables para ambos. Dios ha dado á la mujer una penetración que la eleva en todas las cosas sobre el hombre; y cuando se trata de la impresión que producen saben leer en el corazón del más disimulado de los hombres, como si lo tuvieran en la mano y no queda pliegue que no escudriñen. Lelia abrió los ojos con espanto, miró como una desgracia el afecto que había inspirado, le asustó su fuerza y verdad, y la pureza de su alma llevó sus escrúpulos hasta elevarla á Dios y pedirle perdón como si fuese culpa suya que la amasen de un modo que para ella era criminal. ¡Pobre Lelia! Ya su imaginación le hacía oír decla-

raciones que traerían una situación insostenible, el peligro de que se sospechara ese afecto y las interpretaciones de cada uno que, por benévolas que fuesen, siempre la harían pasto de comentarios, cuando su honor había sido siempre respetado y jamás discutido. Lo que por el pronto se le ocurrió fué que su marido, con pretexto de hacerle gozar de esas conversaciones literarias, estuviese presente cuando viniese el Conde y así evitaría el peligro de una declaración.

IX

Pero el Conde veía también á Lelia en casa de la Duquesa, de la que era gran amigo, y con ellas, el Barón y Villedieu tenían allí sabrosas pláticas sobre los acontecimientos cotidianos de París y sobre las publicaciones que valían la pena de ser leídas y discutidas. Villedieu sabía escuchar, todo lo comprendía, no decía tonterías pero hablaba poco, sintiendo su inferioridad en aquel cenáculo, que pasaba horas deleitosas.

Eran largas y frecuentes, y no se podía impunemente ir conociendo y apreciando los encantos de

Lelia, cuyo rostro y agrado iban derechos al corazón con la admiración de su egregia inteligencia, sin sentir en el alma emociones tan nuevas, tan puras, tan profundas que la levantan y se cierne sobre las vulgares de la vida ordinaria; así que poco á poco se fué filtrando en el Conde, en todo su ser, un afecto cuya pureza no autorizaba, sin embargo, su manifestación, por lo que Lelia dejaba comprender y por lo que él mismo adivinaba.

Ni á la Duquesa pudo ocultársele ese amor naciente, ni al Conde era posible callárselo. Ella no le hacía la injuria de creer que sentiría por Lelia y la trataría como á las conquistas pasadas; pero temía, no que la turbase, sino que la ofuscase su moral y hubiera un rompimiento penoso para todos.

— Ya miro como una desgracia que usted sienta esa pasión, aunque la calle, pues es evidente que Lelia la ha comprendido, siquiera nada me haya dicho. Pero usted lo revela á pesar suyo con su cambio en el modo de ser. Ya no es usted el hombre ameno, decidor, que desea agradar, siempre echando flores y recogiendo triunfos. Los halagos no le envanecen más, los convites le importunan, los deberes de sociedad le impacientan y se ve que hay una idea

fija, constante, una preocupación que le absorbe en medio de su grey femenil, tan acostumbrada á las atenciones y homenajes en que encontraba lisonja y contento. Ya dirán que está usted enamorado, y de ahí á nombrar á Lelia, que saben cuánto la admira y la cultiva usted, no hay más que un paso. ¡Cuidado, Conde mio!

— ¡Ah! sí, la amo de una manera desconocida para mí. Nada terrenal me agita, ninguna fama me alienta, su ambiente celestial todo lo purifica y me parece que su angélica mano borra en mi corazón toda aspiración profana para hacerle sentir un amor puro, etéreo, que avergüenza mi pasado y se ampara del alma como inspiración del cielo.

— Ahora le creo á usted sincero, pero usted mismo no sabe si durará ese entusiasmo, si nuevas seducciones, otra vez fáciles y positivas, si la misma imposibilidad de alcanzar nada de Lelia acaben con las ilusiones y se canse de sufrir sabiendo que es inútil esperar.

— ¡Oh! no, no lo crea usted, no se sienten á mi edad emociones tan nuevas, tan profundas y tan sublimes, para desaparecer en seguida como sería fácil en la inconstancia de la primera juventud, sino que

se arraigan, crecen y no acaban sino con la vida. La mía está desde hoy destinada á amar y á callar, y moriré amando y callando, porque ni soy yo el ser excepcional que Lelia mereciera, ni ella ha de apartarse de sus deberes ni con el pensamiento, que con su corazón está fijo en Dios, para que ampare y bendiga su pureza.

— Usted lo ha dicho, *vous parlez d'or*, y Dios haga, amigo mío, que usted persevere en la discreción más profunda, como es su deber, y yo le conjuro, por la ternura con que quiero á Lelia y por las desdichas que pudiera traer lo que usted no supiera callar.

X

Ya se ha visto que Lelia había adivinado esa pasión y reconocía su verdad, y que no siendo lícita, la lamentaba y temía como si fuese culpable de haberla inspirado.

Lelia apreciaba al Conde por las cualidades de hombre de mundo que tan en alto grado poseía, por su saber y por el encanto de su trato, que le hacía irresistible. Nada es más peligroso que la compara-

ción, pues todo lo que se cree de malo en el uno, se exagera, á la vez que todo lo bueno que se encuentra en el otro se enaltece y echa por tierra al primero.

La comparación entre su marido y el Conde se imponía á pesar suyo, y trataba de desecharla, porque pararse á contemplarla era correr riesgo de sentirse atraída por el mérito del uno y alejada de la medianía del otro.

Pero lo que Lelia podía impedir despierta, no podía impedirlo dormida. No era responsable del sueño, que para ella era pesadilla, que la perseguía, presentándole al Conde con sus atractivos personales y las galas de su ingenio é insinuándose con irresistible seducción. Al despertar de lo que para ella era una verdadera pesadilla, sentía una congoja que la dejaba trastornada el resto del día. Nada turbaba su conciencia, no tenía que luchar con un sentimiento, no temía tener que rechazar declaraciones; pero veía con horror llegar la noche que había de volver á turbarla el sueño, y acabó por creer que era una sugestión del diablo para tentarla, así que redobló el fervor en sus preces de la noche.

Ese nuevo tormento lo sufrió callando, como su

virtud callaba todo, porque por más confianza que tuviera con la Duquesa, ¿cómo habría podido ir á decirle que las seducciones del Conde turbaban su sueño, siquiera no tuviera culpa de ello? Y luego, como en todo se inspiraba en una idea religiosa, le afectaba que el Conde hubiese puesto en ella el pensamiento, recordando al Evangelio: « El que mirase á una mujer con mal deseo hacia ella, ya adulteró en su corazón ». Y aunque no escudriñaba pecados ajenos, pidiendo en masa por todos los pecadores, el del Conde le afligía por ser ella la causa, siquiera inconsciente, y esa inquietud mental la hacía aún más desgraciada.

Así estaban las cosas cuando á Marina se le ocurrió su pérfida travesura. Sin ilusiones sobre su marido primero, ultrajada por él en seguida, befada por Marina, sin más consuelo que su propia conciencia, teniendo que contener los vuelos de su alma, no creyó, sin embargo, que fuera excusa para que su corazón se entregara al amor que le pedía, á ese amor que los ángeles pusieron en él para que lo compartiera con un ser cuya perfección y excelencia hicieran uno de los dos corazones. ¡Pobre Lelia!

XI

Villedieu salió de su casa nervioso, enviando á Lelia á mil demontres para no ocuparse sino de Marina, que en tan pocas horas le había trastornado el juicio.

Marina le esperó sin impaciencia, pero curiosa de ver lo que haría, y arrellanada en muelle sillón, con rica bata Luis XV, cojín de tela antigua á las espaldas y otro grande y blando de raso negro á sus pies; una sonrisa burlona asomó á sus labios al oír sonar la campanilla.

Apenas entró, le lanzó una de esas miradas insinuantes y peligrosas que la eran tan familiares, que le sacudió como si le hubiesen aplicado la pila de Volta; y al ver que le presentaba, á guisa de saludo, su lindo pie desnudito, perfumado y con sortijas de diamantes, se quedó boquiabierto, los ojos azorados y la mano que iba á ofrecerle suspendida, hasta que Marina le dijo: « Practique usted el cumplido de los españoles »; y entonces lo tomó y lo besó timidamente. Luego posó su piecico en el cojín para hacer resaltar su nivea piel sobre el raso



negro (1). Marina, como una guapa dama que el autor conoció en su juventud, lo hizo modelar en yeso, y lo daba de mármol á sus predilectos. El autor lo vió, como *presse-papier*, sobre el bufete de un personaje diplomático que lleva nombre ilustre.

Villedieu había llegado bastante turbado, pero aquella inesperada emoción del pie acabó de remacharle; tomó una silla, la puso al lado de Marina y se sentó.

— No, no, que va usted á darme un torticolis; póngase usted enfrente, ahí, en esa poltrona que le tiende los brazos.

Él obedeció, y con cara que hacía reír en sus adentros á Marina, no hacía más que contemplar el pie, como quien ve una maravilla por la primera vez.

— ¡Ah! Marina, qué lindo pie.

— Déjelo usted en paz, y dígame si ha recobrado su libertad, ó es que Lelia no me hace el honor de estar celosa de mí.

(1) Histórico. — No os escandalicéis, caras lectoras; un piececito desnudo es nada comparado con la media desnudez de los cuerpos de las damas que se bañan en el mar á la vista de centenares de espectadores, que admiran las formas, si bien á veces se encuentran atrapados, porque lo que ven no corresponde á lo que creían cuando las veían en los salones, *que no es poco*.

— Lo primero, pero no hablemos de Lelia; quiero que sepa usted que no vivo desde anoche sino para usted y por usted, porque jamás he sentido emociones como las que ha sabido inspirarme. Mi corazón...

— Eso se parece á una declaración, y no es lo convenido. Había yo creído descubrir en usted prendas que le hacían muy apreciable como confidente de mis ideas y de mis sentimientos, pero ya veo que es usted como todos los hombres. ¿Qué es lo que usted espera de mí?

— Que llegue usted á penetrarse de que mi amor...
Marina rompió con una carcajada.

— El amor de usted vale mucho, pero se lo dejo á Lelia, que no me perdonaría arrebatarme el afecto de un hombre tan guapo y seductor como es usted; y quizá, quizá, si no fuera porque no puedo olvidar que fui tan amiga suya, me haría usted caer en la tentación, pues vale usted la pena.

La impresión de la actitud y miradas, de lo que le decía, la vista de aquel pie que le hacía agua la boca, aumentaban la calentura que Marina le había dado la noche antes. Ella lo veía, gozaba de su tortura, y seguía dejándole ver todos los hechizos que la natu-

raleza le había dado con los que su perfidia le sugeria.

Al infeliz no sabía lo que le pasaba, sentia embotado su cerebro, arder su sangre, y ella habria podido oír el tic, tac, de su corazón si lo hubiese auscultado.

— ¡Ay, Marina, me está usted hipnotizando!

— No, hijo, cretinizando, se dijo ella para sí.

Marina, viendo que le tenia cogido más aprisa de lo que esperaba, no creyó ya necesario seguir representando el papel de sentimental que le aburría y adoptó, no porque él fuese sentimental, sino porque á ella le convenia aparecerlo para echarle mejor el gancho.

— Sí, usted es como todos los hombres, y no encuentro en usted el que yo buscaba para la distracción moral que anhelo; pero deseo probarle que le tengo simpatía, y no me quiero privar de su amistad. La mejor prueba que de ella puedo darle es aceptarlo en mi jauría; así me verá usted á menudo, me seguirá usted con otros amigos, ya que me manifiesta tanto deseo de cultivar mis relaciones.

Lo que ella queria era tenerle cogido el tiempo necesario para que Lelia rompiese con él, y una vez

turbada la paz del matrimonio, deshacerse de él como importuno, si seguía pretendiendo ser el preferido.

— ¡Cómo, Marina! ¿quiere usted confundirme con sus *perros*, y que no sea yo el que creí ser cuando me habló usted anoche con ese delicioso acento que me llegó al alma?

— No es *perro* mío el que quiere: es una distinción, sépalo usted, y á usted le llamaré *Medor*.

— ¡Ah, Marina! Me llamaré como usted quiera; pero, por caridad, déjeme usted quererla como nadie, consagrarme á usted y probarle hasta dónde llega mi afecto.

Y colorado y excitado, le cogió las dos manos.

— « ¡*Medor*, quieto las patas! » y le dió un pirote.

Y *Medor* retiró las patas.

Tienen las mujeres un arte singular, cuando dejan á un lado los escrúpulos, ya para atraer al que quieren ganarse, ya para acabar de fascinar al que se entrega por sí mismo; y, sin decir nada que las comprometa, toman una actitud provocante, seductora, que no aparece estudiada, sino hechizos naturales que hacen caer en sus garras, desatentados y

ciegos, lo mismo al hombre inteligente que al negado. Las miradas, las sonrisas, los movimientos, la postura, la vista del pie, todo sacudía al misero Vizconde, como si tuviese hormiguillo, ó como epiléptico que va á caer al suelo, de lo que ella gozaba, complaciéndose en el mal que le hacía, y sintiendo sólo que Lelia no viera la ridícula infidelidad de su marido.

Después de haberlo titilado á su sabor, lo despidió con una reverencia de minué y sonrisa de coqueta, y por detrás se tocó con el pulgar la punta de las narices y sacudió los dedos, en son de burla, y, contenta, como una gata que juega con su pelota, se retiró á su aposento.

XII

Medor salió de allí con el rabo entre las piernas, la imaginación exaltada y el amor propio empeñado. No había sentido dulcemente un amor de veras en que solo se anhelan los goces del corazón, cualquiera que sea la situación del objeto amado y la idea que se tenga de su valer moral. Desde este punto de vista,

nada ofrecía Marina; y aun cuando hubiese sido así, en una noche no nace de repente una pasión; eso que se llama cañonazo, es una admiración repentina, el entusiasmo, si se quiere; se recibe la primera impresión, poco á poco crece y se arraiga, trayendo casi siempre sinsabores y peligros, cuando no remordimientos. Pero en la manifestación de ese amor, hay otra actitud, otra circunspección, porque hay sinceridad; y mientras mayor es el culto que se le tributa, más callado se tiene, más en silencio se espera, sufre ó goza si logra ser correspondido. Y si es ilícito, el éxito no lo justifica, empero, como el no haber sido oído no limpia lo impuro del deseo y no se absuelve si no se lucha y domina una inclinación que turba la paz de los demás, la propia, y al fin la conciencia. En los hombres el amor propio es un móvil funesto al que mezclan sus malos instintos, y no se declaran satisfechos sino cuando el público celebra sus triunfos malsanos; y si á esos instintos se añade el desarreglo de una imaginación acalorada, como la de Villedieu, no hay extravagancia ó locura que les arredre.

Un alma pura, una conciencia evangélica, una inteligencia superior, una dignidad de sí misma, la

austeridad de las costumbres y el respeto que ellas imponen, hacía que Lelia rechazase no sólo la idea de buscar consuelo, más que al ultraje recibido, á esa imperiosa necesidad de su existencia, de amar y ser amada, como ella misma confesaba; pero ni siquiera oír palabra alguna del Conde que llegase á impresionarla para no alarmar su conciencia.

Y, sin embargo, le tenía simpatía y habría deseado que á eso limitara él también su sentimiento, para aceptar tranquila la distracción que á su dolor y abandono podían procurarle su talento y erudición. Le recibía con esa afabilidad, que, como dice madame de Caylus, no se aprende; que es una expresión natural del corazón que la reviste de todas las formas de la grandeza; y mientras más serena le aparecía á él, mayor era el amor que le inspiraba, mayor el fuego que sentía, y su alma gozaba de una bienandanza que no conoció en otros amores frívolos y pecaminosos; y lo creía permitido, porque buscaba el amor del ángel que consuela, puro, místico, que Lelia ni aun así podría aceptar, porque con solo consagrarle un pensamiento, habría creído ofender al cielo y faltarse á sí misma.

XIII

El matrimonio Villedieu se habría vuelto un infierno sin la virtud y prudencia de Lelia. Él sintió un súbito despego por ella, su presencia le embarazaba, no porque se echase en cara su conducta, sino porque sentía su inferioridad, y evitaba mirarla, mientras que Lelia le miraba con rostro firme, cuando era necesario; y por eso él estaba casi siempre fuera de casa. Lelia no quería pedirle le volviera su cariño, pero deseaba su enmienda para que cesase el ridículo que le hacía la comidilla de los que sabían sus pretensiones y veían lo que de él se burlaban Marina; y una vez desengañado y corregido, volviera la paz á la casa, ya que no podía volverle al corazón, que al desencanto que ocultó con tanta resignación sucedió un público ultraje. La Duquesa y el Barón eran los únicos confidentes de sus penas, y eso hasta cierto punto, porque Lelia, por delicadeza, hablaba poco de sí misma, y siempre con breve frase, siquiera sentida. Esos respetables amigos veían la fuerza y la sinceridad del afecto del Conde; y aunque no temían un desmán, ni siquiera una im-

prudencia suya, veían la posibilidad de que Lelia acabase por compartirlo, añadiendo á sus penas la lucha que podría entablarse entre esa necesidad de querer y de consuelo, y la severidad de sus principios. ¡Pobre Lelia!

XIV

Marina había hecho más de lo necesario para hacerla sufrir, y confiando en que su mala semilla produciría dañosos frutos, no se curó ya de Villedieu sino lo mismo que de los demás *perros*; pero tuvo buen cuidado de recomendarlo á éstos para que le obligasen á seguir con ellos esa vida ociosa y disipada, en malas compañías, el juego y francachelas. Los vicios se adquieren pronto con el contagio del ejemplo, y á éste se añadía que los *perros* excitaban su amor propio, haciéndole creer que su vida era la verdadera elegante, y se echó de hoz y de coz en ella, con tanto más peligro, que le estimulaba ver á otros jóvenes casados que huían el hogar doméstico y se encenagaban en una vida que no les desdoraba ante la sociedad. Si las damas tuvieran el valor de

rechazar de su seno á esa clase de jóvenes, ya se guardarían de faltalles haciendo público alarde de sus vicios; pero lejos de eso, de ahí salen, en general, los que serán esposos de sus hijas; y en cuanto á los casados, deberían también fustigarles socialmente, por ser malos maridos y malos padres de familia, que tienen, al llevar esa vida, más culpa que los solteros.

No pasó mucho tiempo sin que Villedieu fuese uno de los *viveurs* más en vista de esa crápula dorada, y hasta se volvió un currutaco á la moda. Siempre ocioso y fuera de casa, el medio en que vivía le llevó al juego, y empezó á beber, y fué tomando tal gusto, que para él no había ya delectación mayor que las cartas y la *diva* botella, de lo que Marina reía y se alegraba.

Pero ella tenía otros gatos que azotar, como dicen los franceses, y ya no se preocupó sino de atrapar al que llevase un nombre ilustre y diese el tono por lo rumboso y elegante, para que se pusiera á sus pies, y ostentar su triunfo en la sociedad.

XV

El barón de Labennes se jactaba con razón de descender de los cruzados que acompañaron á San Luis, pero de ellos sólo había heredado el nombre, no las virtudes, y ni siquiera llevaba la vida del común de los mortales, de que no se dice ni bien ni mal. Lanzado desde su juventud en la vida ociosa y elegante, fastuoso en demasia y muy despilfarrador, perdió en breve sus bienes y tuvo que casarse con una célebre ricacha, á la que sedujo el título ilustre con que no había soñado y el verse recibida en un mundo aristocrático y brillante de fiestas y esplendores. Apenas la presentó en su sociedad empezaron á dar suntuosas fiestas con el gusto que le reconocían unánimemente, lo que encantaba á su mujer, que veía acudir á ellas á lo más granado y saludar á la radiante Baronesa que hacía los honores como él la había enseñado. Pero ya en ese fastuo y en otras cosas de que él abusaba sin escrúpulo empezaron á irse los milloncitos con tal prisa, que la alarmó ó la alarmaron y tuvo que resolverse á pedir la separación de bienes. Esto le enfurruñó y agrió de tal modo,

que las relaciones eran ya insufribles y acabaron por separar también sus personas, como lo estaban sus corazones, ya que él buscó sólo los millones y ella la corona baronal, yéndose á vivir cada uno por su lado y buscando ambos en alegres galanteos el remedio á sus males; inevitable resultado siempre ó casi siempre de las uniones de cálculo y vanidad. Bien asentada ya en el terreno elegante la baronesa de Labennes continuó dando fiestas, sabiendo, por lo que veía, que su posición de mujer separada no había de retraer á nadie de acudir á ellas; que en general lo que anhela la gente es gozar de los festejos sin parar mientes en el origen del caudal ni en la respetabilidad de los que los ofrecen. Él volvió á su mala vida de soltero, pero siempre á la moda, mimado é invitado, pues no podía haber fiesta de buen tono sin él que tan bien lo comprendía y era consultado como oráculo, siendo sus fallos sin apelación. Jamás le ocurrió á nadie rechazarle por los actos tan feos, tan indelicados, que eran notorios, y sólo se celebraba en él su buen gusto mundano; á otro le habrían hundido esas fechorías, pero hay siempre dos pesos y dos medidas.

Su tupé no tenía igual para hacer deudas, sin que

ellas turbasen su sueño ni sus alegrías; y, naturalmente, acudió á usureros, siempre solícitos en facilitar dinero á los que esperan herencias ó harán cualquier sacrificio para evitar un escándalo. Tenía un hermano mucho mayor que vivía en su castillo cultivando sus tierras y debía heredar de él el pingüe patrimonio del padre, si no tenía hijos; y como no los tenía, confiaba en eso para firmar cuanto le presentaban los usureros. Pero el hermano no parecía quererse morir, y esto le impacientaba. Cuando los usureros venían con nuevas exigencias y amenazas perdía la cabeza al hablar de su hermano y decía: « ¡Pero, Señor! ¿cuándo se morirá?... comprendo al Padre Eterno, pero al hermano eterno no lo admito »; y en cuanto salía del apuro volvía á su vida acostumbrada. Tal era el título elegante, á la moda, que Marina quería ver á sus pies.

XVI

Y lo tuvo; la conquista era más fácil que honrosa; tal para cual. El Barón no se opuso á que Marina conservase su jauría, de la que podía servirse para que

la entretuviera cuando él quisiese distraerse en otra parte; pero cuando venía á casa de Marina la jauría se quedaba en su perrera para que no le fastidiase.

Los *perros* tenían que obedecer á Marina y sólo iban á verla cuando el Barón permitía les dieran suelta.

Ella estaba encantada de su triunfo, y mientras más se hablaba de haber caído con el Barón, más se la complacia. La casa tomó otro aspecto y el marido compartía el contento de Marina por tener de íntimo á elegante tan celebrado que dirigía sus bailes y comidas como á nadie era dado hacerlo, y además encontraba nuevos motivos para ausentarse de su casa y seguir en la indecencia de su vida.

Ni el uno ni la otra reflexionaron que con el honor de ambos se iba también su caudal, ya que el Barón le daba salida de modo alarmante; pero el *chic* lo exigía así; y luego él la tenía tan avasallada que ella, que hacía temblar á los hombres, temblaba ante él como la hoja del árbol, desquitándose con los demás amigos y sobre todo con sus *perros*, para ejercer su carácter dominante y seguir con sus extravagancias; pues como dice el sabio jesuíta antes citado: «extraña anomallá de la mujer que consiste en mos-

»trarse servilmente sumisa con el hombre que la
»opprime y ferozmente tirana con el que se la so-
»mete.»

En los salones y sitios públicos era siempre el Barón el caballero obligado de Marina; todos sabían á qué atcuersé sobre la naturaleza de esas relaciones, que era precisamente lo que la encantaba; porque no sólo no quería ser menos que otras, sino la más favorecida de las elegantes que tienen el descoco de hacer públicas sus relaciones, que les da tanta notoriedad y creen siempre admirada su belleza, su elegancia y sus triunfos; unos lo aplauden, algunos lo critican y todos, todos lo toleran.

El que en todo eso hacía triste papel era el cuitado Villiedieu. Todos sabían que había aspirado á ser lo que era el Barón, á contentar sus instintos dentro y su amor propio fuera; y en vez de eso no había retirado más provecho que verse sacado de quicio por Marina, pertenecer á su jauría, llamarse *Medor*, seguirla como los demás, y aun ahora, sólo cuando el Barón lo permitía. Empezó á comprender que Marina se había burlado de él y no tenía empachio en hacérselo ver poco tiempo después de la escena sentimental que tuvo el candor y la fatuidad de tomar por

una declaración, pero costaba á su amor propio confesárselo á sí mismo. Lo más cuerdo habría sido reconocerlo paladinamente ante Lelia, prometer que volvería á ser el hombre tranquilo y cesaría el ridículo en que había caído con la paz que volvería á la casa. Quizás habría sido así, si los amigos de Marina no le hubiesen iniciado en esos gustos peligrosos en los que esperaba encontrar una diversión á su mala-ventura con Marina. Y luego, había ya perdido el afecto por Lelia, á la vez que le tenía miedo, y siguió alejado de ella entregándose al juego y á la bebida; peligroso lo uno para su caudal, lo otro para su salud y ambos para su honra.

XVII

En el alma de Lelia había algo de celeste, cuanto puede caber en una criatura humana. Pero la altura y belleza de los sentimientos que la sublimaban no le impedían sentir ese amor terrenal, lícito, propio de un corazón tierno y amante, sin que la llevase, como ya se ha dicho, á crear en su imaginación esas pasiones ideales que anhela la mente trastornada de

las jóvenes por lecturas en que se forja todo lo que está fuera de las realidades de la vida, pasiones que no cabían en su acendrada inteligencia y en lo sano de sus sentimientos. Lo que tenía de divino era el amor á Dios y el temor de desagradarle; la elevación perpetua de su pensamiento á la morada celeste, como si quisiera unir su voz á la de los espíritus angélicos; pero á la ternura de sus creencias quería asociar un ser humano que la amase y de quien fuese amada, derramar en él los tesoros de su afecto y recibir de él uno tan puro como el suyo, sin ambiciones deslumbradoras, sino la paz y contento del hogar doméstico hasta que llegara el día de merecer la eterna.

Quien hubiese podido leer en su alma, habría descubierto en ella las más bellas emociones que el cielo le había concedido como una emanación de su bondad divina; y quien hubiese podido penetrar en su mente habría descubierto también aquella privilegiada inteligencia, adornada de una sana cultura, yendo más allá en todo lo que sabía, abarcando, sin demostrarlo, todo lo que había de bello y trascendental en los buenos principios y sintiéndose, como á pesar suyo, capaz de defenderlos y de practicarlos

con una autoridad que haría bajar la cabeza á los hombres más alabados; comprendía con dolor el móvil de las malas acciones, el trastorno de las ideas, el desarreglo de las costumbres y sentía en dónde debía ponerse la mano para aplicar el remedio. Se ocupaba con deleite y gusto exquisito en las artes y en la literatura, y sus cartas revelaban la poesía de su alma en hermosas frases, en estilo nítido como cristalino manantial que no se agota y derrama en el alma y en el pensamiento tiernas emociones y encantadores conceptos. Y ella, serena y digna, ni buscaba aplauso ni esperaba galardón. Nadie sino Dios podía leer en su corazón, porque si era tan justamente querida y admirada, su modestia ingénita parecía desconocer su propio mérito. Para admirarlo, siquiera imperfectamente, era preciso verla, observarla, escudriñar con los ojos del alma sus más recónditos pensamientos, su talento y su virtud, cuya grandeza parecía ignorar. Si la suerte la hubiese colocado en un trono, la fuerza de las circunstancias la habría obligado á desplegar las relevantes dotes de su inteligencia, de su instrucción y, sobre todo, la rectitud de su juicio, el acierto de sus medidas, la severidad de su reinado unida á la afabilidad que

seduca y encanta, siendo la sumisión una verdadera felicidad; su nombre habría quedado en la historia y repetido con respeto, cariño y admiración (1).

(1) En esos amores del personaje inventado de Lelia, al empezar á hacer su elogio se impusieron á la mente del autor las raras cualidades de un personaje real y se las ha aplicado al que ha inventado; pero de fijo que su modestia no le permitirá confesar que se ha reconocido. Ese personaje tiene el privilegio de que desde las regiones más encumbradas hasta las más humildes haya entusiasta unanimidad en lo que se le ama, se le admira y respeta; y el autor, cuando tuvo la dicha de verle de cerca recordó los versos de Pesado, que aprendió en su primera juventud:

« Si gentil hubiera sido
Altares te levantara,
La rodilla te doblara
Y fueras mi diosa tú. »

QUINTA PARTE

I

Las relaciones entre el conde de Caubeil y Lelia tenían ya que ser penosas y difíciles ; el uno porque amaba, la otra porque no debía amar ; el uno callaba, pero se descubría, la otra adivinaba y resistía.

En esa situación, parecía lo más cuerdo en el Conde huir ; y si la ausencia, que suele ser gran curadora, no le hacía olvidar su pasión, podría encontrar en su noble abnegación y en la estima y agradecimiento de Lelia, la mejor recompensa de su proceder. Por desgracia, su pasión no era como aquella tan bella, tan pura y de entusiasmo permitido, que tuvo por la célebre belleza madame Récamier — que se contentaba con agrandar sin haber tenido jamás una debilidad — uno de los más ilustres caballeros de la nobleza francesa, el cual, como padre amoroso, la daba

los consejos más sanos y cristianos, con suma delicadeza, en que se percibía el temor de que tanto homenaje y tanta admiración no la hicieran desviar, ni con el pensamiento, de aquellos deberes que con tanta ternura le inculcaba su amigo, el que murió tan cristianamente.

Esos consejos sanos y cristianos, no los necesitaba Lelia; era lo que ella misma sentía y practicaba, lo que veía el Conde; sólo que éste, á diferencia del otro, creía legitima su pasión por ser pura y sin mancha en los deseos, y quería ser correspondido de la misma manera para satisfacer la necesidad que al fin había llegado á sentir también de amar; porque se había encontrado á esa edad sin conocer lo que es un amor puro, en que no tiene cabida nada terrenal, y daría á su alma goces inefables, desconocidos en esa vida de apetitos malsanos que no halagan el corazón, y que si no deshonoran á los ojos de una sociedad tolerante en demasía, ensucian la conciencia y enojan al cielo.

Todos temblaban. La Duquesa y el Barón porque preveían los disgustos y compromisos de Lelia; el Conde porque no podía contener lo que el deber le mandaba callar, y Lelia porque su conciencia se alar-

maba con la sola idea de que podía oír lo que aquella le vedaba.

Pensó en cerrar su puerta, menos para la Duquesa y el Barón; y así no parecía excluir sólo al Conde, por más que le doliera verse privada de esos coloquios literarios, de su galana dicción, que eran su único goce, privada de la afección que su corazón anhelaba. Pero esto se comentaría de mil maneras y daría más pábulo á los dichos de las gentes, desde que se supo la insana é inesperada conducta de su marido, que no la había hecho cambiar su vida, cultivando con moderación sus relaciones, para no dar lugar, con su ausencia, á las muchas y variadas interpretaciones que se dan á cualquier acontecimiento en las familias, sea que se compadezcan ó se aguce el ingenio en sus comentarios y aun invenciones.

II

El Conde fué á ver á Lelia á la hora en que recibía á sus amigos siempre esperando encontrarla sin testigos, pero no se atrevía á indicarlo. Si él hubiese podido leer en el corazón de ese ángel la turbación

que su presencia le causaba, más por lo que pudiera oír que por lo que temiera sentir, quizás el respeto y la compasión le habrían retraído de decirle lo que llevaba preparado.

— Al fin encuentro á usted sola, querida amiga.

— Sola ó acompañada, Dios nos mira, respondió serena y dignamente.

Esa respuesta de un ser creyente y temeroso de Dios, heló el corazón del Conde, no porque él no fuera lo uno, sino porque estaba convencido sinceramente de que la fuerza del cariño que sentía y quería inspirar, alejaba todo remordimiento y le tenía en perpetua calentura y delirio, creyendo que le era lícito sentir y tener derecho de decirlo.

— Sí, Dios nos mira, y por eso es indulgente cuando hay sinceridad en los sentimientos.

— Dios no lo es cuando están fuera de su ley, de la moral y de la razón.

— Pero es misericordioso.

— Lo es cuando hay arrepentimiento.

— El arrepentimiento no cabe en donde no hay culpa; por ejemplo, cuando se ama con pureza, cuando no se pide más que el afecto, para identificar dos almas que quizás nacieron para amarse y

entenderse, que el destino ha tenido apartadas, y que esa comunión de ideas y de sentimientos, de los puros goces del corazón y de la inteligencia, hace que en esa beatitud se deslize dulcemente la vida, sin nuevos deseos, bendiciendo á Dios sin haberle ofendido.

— No hay ofensa cuando hay querer y amistad ; pero la hay muy grande á Dios cuando el amor no es paternal, filial ó conyugal, que bendice y ampara ; mas al que ha vedado, lo reprueba y castiga — dijo Lelia con voz vibrante en que había consejo y reproche. —

El Conde perdió ya toda esperanza de que se aceptara un amor que creía legítimo porque era sincero y desinteresado ; perdió la cabeza y exclamó fuera de sí :

— ¡ Yo no puedo pedir á usted el suyo, porque ni lo comprende ni lo quiere comprender ; pero Dios ha de perdonar el mío, porque ve lo que siento y lo que sufro !

Lelia se levantó resuelta al oír una declaración que, siquiera no le pidiese nada, no queria oír, le miró con energía y le dijo con su voz metálica :

— No puedo ni quiero oír más. No tome usted á

una descortesía, que no está en mi carácter, que me retire y le ruegue no me vea más.

— ¡Lelia, Lelia ! exclamó en tono suplicante y tendiéndola los brazos ; pero Lelia desapareció, y el conde tuvo que retirarse con fiebre en el alma y sin esperanza ni de ser escuchado ; ¡ él, que estaba acostumbrado á jugar con los afectos que provocaba ó inspiraba ! ¡ qué castigo del cielo !

Lelia se puso de hinojos en el reclinatorio de su cuarto, y fijando lo ojos en el Crucificado, le dijo tiernamente :

« ¡ Señor, ampárame ! Tú lo has visto, culpa mía no ha sido inspirar ni oír lo que te agravia y aflige mi conciencia ; Tú sabes, Señor, que mi alma no te ofenderá ni con el pensamiento ; yo te la entrego con fe para que la protejas contra el Genio del Mal que se complace en atormentar á tu sierva de quien eres Tú sólo su confianza y su consuelo ! »

¡ Oh poder de la virtud ! Lelia, que tan feliz habría sido teniendo al Conde por esposo, le miraba como el Genio del Mal que venía para tentarla y á perderla... Estaba sedienta de amor, y se habría mirado como precita con sólo posar los ojos en la copa con que le brindaba el que, siendo lícito, la habría

hecho tan feliz. — ¿Qué destino le había reservado el cielo después de su sacrificio á la virtud?

En la noche recibió la carta siguiente :

« Mi muy querida y respetada amiga :

» Sí, obedeceré. Como si Dios no me hubiese ya probado bastante con el suplicio de una pasión, que por su fuerza la creí justificada, usted añade el de que no he de verla más ; que mi alma no podrá seguir gozando de las delicias que derrama la de usted y del encanto que recrea la inteligencia. En vano juraría yo que para volver á merecerlo tornaría á ser el que era antes de que brotase de mi pecho, en un momento de ternura y de delirio, lo que ha ofendido á usted, pues usted seguirá implacable, impulsada por su conciencia, ante la cual me inclino con respeto y admiración. Quédame la amargura de haber sido causa, siquiera un momento, del enojo de un ser privilegiado al que quería consagrar un culto digno de su virtud celestial.

» Perdóneme usted, y, si lo quiere, olvide á su más rendido y respetuoso admirador,

» EL CONDE DE CAUBEIL. »

Aun cuando Lelia admitiera la sinceridad del Conde, la voz de su conciencia ahogaba todo asomo de justificación; pero su bella índole y la amistad la decidieron á responderle:

« Señor Conde:

» No es obediencia lo que debe usted, es ceder al ruego de una amiga que no olvidará los coloquios literarios tan agradables para ella, en que tuvo tanto agrado y enseñanza. Y no cabe admiración en el cumplimiento de un deber; éste es el que la impulsó á dar el paso que la priva del trato de tan cumplido caballero, de cuya reflexión espera que un día lo reconocerá así, para que siempre la crea digna de su aprecio, como lo desea su afectísima servidora,

» GERFEIL - VILLEDIEU. »

Si se dijese que Lelia escribió con serenidad, no se diría la verdad. Muy conmovida volvió á su reclinatorio y se confesó mentalmente á Dios. ¿Qué le expuso su atribulado corazón? Cuando, mudos los labios, se eleva el alma á Dios con fe, sobreviene una inspiración divina que la guía y la consuela. Así debió ser, porque parecía más tranquila, y volvió resignada á la vida con que plugo al cielo probarla.

III

No son raros los casos de los que, habiendo sido toda su vida tan dignos en sus familias y tan correctos en la sociedad, se malean de repente y ceden al ejemplo ó á las tentaciones de que están rodeados. Esto daría lugar á un estudio psicológico, que no es de la competencia ni de las facultades del autor. ¡ Cuántos nombres asaltan á la mente al tocar este punto !

Que los que nacieron con malos instintos, en vez de avasallarlos, los satisfagan, á veces con escándalo, como Evrecy, es menos extraño que los que, como Villedieu, no comprenden que en ese cambio destruyen su propia felicidad, la del hogar doméstico, se desdoran y aun se arruinan y deshonoran.

Villedieu, puesto en solfa y desechado por Marina, en vez de reflexionar en lo vergonzoso y ridiculo de lo que le acontecía y echarse arrepentido á los pies de Lelia, sino para volver á ganar su afecto, para que tornara la paz doméstica, cosa que el público habría juzgado favorablemente y olvidado en breve su aberración, como se olvida todo en la sociedad, más aún

si hacían un viaje al extranjero, sea porque sentía ya apagado el cariño que había tenido por Lelia y porque temiera su sola presencia, sea porque los gustos y vicios en que los *perros* le habían iniciado le atrajesen más que volver á la vida de familia, ello es que siguió viviendo en un ambiente malsano, siendo la mayor de sus vergüenzas y desdichas la afición á la bebida, vicio asqueroso que degrada hasta llegar á nivelar al hombre con las bestias, y que acompaña casi siempre, si no siempre, hasta el sepulcro; hay casos conocidos, bien tristes, de las víctimas del beber. Llamam alcoholico agudo al que se embriaga con bebidas variadas, y eso es pasajero. El abuso produce en el alcoholico crónico la alucinación de la vista y del oido, el temblor de sus miembros, que trae el *delirium tremens*, y, por consiguiente, la irresponsabilidad, cuyo término fatal es la locura ó la muerte.

El aspecto repugnante de Villedieu al volver á su casa no es para descrito, y ya se colegirá lo que pasaba en Lelia al contemplarle. Su vicio se hizo público, todos la compadecían, menos Marina; y esa publicidad justificó que Lelia cerrara su puerta, excepto para la Duquesa y el Barón; porque ya que

fuera de su casa no podía evitar ese escándalo, no quería que en ella viesen su ignominia. Era necesario su virtud, que tanto la magnificaba y realzaba, para resistir á ese nuevo golpe: perdió primero la paz del alma, faltándole el amor legítimo que deseaba, y luego vió deshonrado el nombre que llevaba, y, á pesar suyo, pensó en el claustro ó la muerte, pero todo lo remitía á la voluntad de Dios.

IV

Á otra embriaguez se entregó Marina, á la que también lleva á la perdición, pero de otra manera. Veía realizado aquel ensueño engañoso de gozar de la riqueza, de los placeres y de brillar en la sociedad, en lo que cifraba la felicidad, sin pensar en nada de lo que no pudiera alimentar el brillo y la vanidad, y burlándose de la fidelidad conyugal, de lo cual no era excusa el haberse casado sin amor con un ser despreciable y despreciado. Como todas las de su laya, no pensaba en que la juventud, la beldad, la riqueza son cosas deleznales, y en que la muerte implacable pone un término cuando menos se espera.

Ni tenía tiempo de pensar en sus deberes ni de pronunciar el nombre de Dios, y en vez de invocarlo venían á sus labios los de Worth, Doucet, Pingard, Morin, Rouff, Paquin y Virof, elegantes proveedores, sin una exclamación, siquiera tibia, que revelase un recuerdo religioso ; fuera de esa vida, para ella paradisiarca, el mundo no existía. En toda fiesta, grande ó pequeña, se presentaba con vestido nuevo, flamante, rico y de buen gusto, que las demás devoraban con los ojos, no siendo algunas sinceras en sus elogios por la insensata humillación de no lucir ese lujo. Marina, como suelen decir las elegantes, al acercarse una fiesta, decía : « No tengo nada que ponerme ese día » ; y encargaba nuevo vestido, como si los muchos armarios del segundo piso no estuviesen llenos de los que sólo se había puesto dos ó tres veces, que tantas otras, menos pudientes, habrían querido llevar, refrescando los que lo necesitasen. En punto al lujo de la ropa blanca, había podido realizar lo que su madre, « fin de siglo », le contaba de la Condesa que gastaba en ella veinte mil francos al año.

La vida de una mujer elegante es una calentura perenne, cuyo delirio hace que suele aparecer incons-

ciente á los ojos de los que con vista serena la contemplan y reflexionan. En Marina, que todo exageraba, no habia torcedor alguno que turbase esa vida de mentidos placeres, porque no puede haberlos reales cuando no se tiene el ánimo tranquilo para gozar de lo que se ve y se oye ; contemplando todo á través de los humos de la embriaguez que produce la vanidad, el creerse la mejor apuesta, que se supone encantos que humillan las rivalidades de las que creían de su triunfo entre las mujeres y de los homenajes de los hombres. Hay que ser justos, y no tildar á todas las elegantes que viven en medio de placeres, de tener el temple, ideas y conducta de Marina, que á veces recordaba al poeta que, hablando de ciertas mujeres, decia :

Se sont fait un front qui ne rougit jamais.

Para su temida iracundia no habia diques ni barreras, ni freno á sus audacias, ni limite á las voluptuosidades de la vida : el lujo de la casa, de los banquetes y saraos, de la riqueza en el vestir, de la profusión de alhajas, de la elegancia de los carruajes ; el brío de los corceles, en fin, todo lo que halaga la vanidad, da renombre y prestigio, y aun alucina á las

masas, era la febril preocupación de su existencia.

Evrecy daba cuanto se le pedía, y ella daba sin contar al Barón cuando se trataba de sus fiestas. El amor propio de Evrecy estaba satisfecho al oír y leer en los periódicos la alabanza de sus recepciones con esas frases dítirámicas que, siquiera estereotipadas, suenan tan bien al oído, y se imaginaba que todo lo había inventado y dirigido.

El caudal de Evrecy hacia de él un hombre rico, pero no un Crespo, y sólo siéndolo habría podido mantenerse en esa vida de despilfarro que lleva á la ruina cuando menos se espera, porque no se piensa en ella. Gastaba sin regla ni medida, ya en la pompa de su casa, ya en la instalación de su cortesana, que, como tantas otras, vivía con un lujo escandaloso é irritante, daba fiestas á sus dignas amigas, y — no hay que asombrarse, que esto es lo corriente — á hombres de la mejor sociedad, que hay quienes encuentran en ello más agrado que en la decente, por la libertad descocada de esas alegrías; ya en sus carruajes, caballos, apuestas en las carreras, y en el *baccará* de su Circulo; ya en las fantasías tan costosas de Marina, y, en fin, en lo que les hacía gastar el fingido amartelado Barón, que era lo que

los franceses llaman *panier percé*, ó manirroto, y lo mismo le daba despilfarrar lo suyo que lo ajeno, así que en breve no iba á quedar reliquia de su dinero. Sucedió lo que tenía que suceder, y se ve á menudo; que decentaron el capital para poder seguir en el lujoso tren y para pagar á los acreedores que ya empezaban á agitarse y molestar, y habían hasta amenazado con un escándalo. Decentar un capital es destapar una botella de champaña que empieza por derramarse y se acaba por beberla.

Como gusta, en general, acudir á las fiestas, y las de Marina eran reputadas por su lujo y buen gusto, no había baile, concierto, cuadros vivos, comedia, comida ó cena, siempre succulentas y bien condimentadas, cuyo anuncio no fuese recibido con júbilo por los aficionados que lo saboreaban de antemano. En todo se veía la mano y el buen gusto del Barón, que, falto de otros dones, tenía en grado supremo el de la elegancia, cuyo cetro empuñaba sin rival, dejando ver el orgullo que sentía. Aceptaba los plácemes con el aire del que está acostumbrado á esos triunfos; los daban también á Marina, que, á lo menos, tenía el mérito de apreciar lo que el Barón ordenaba, ; y cuando los daban á Evrecy, era como una

burlita con que pagaban la hospitalidad, porque ya está aviado el que cree en la gratitud por el dinero y afanes que consagra en divertir á los demás: ya lo verá cuando, por cualquier motivo, no dé más fiestas. Él los aceptaba ufano, y se esponjaba como un pavo; pero siendo tan cerrado de mollera como este ave, más sabroso empero que él, parecía en su contento, que á él se debía ese buen gusto, no siendo más que el saco de donde el dinero salía.

Marina, por su propia familia, tenía buenas relaciones, lo mismo que la respetada madre de Evrecy; así que no tuvieron necesidad de rodrigón para ser presentados en la sociedad, y de carrera se encontraron recibidos y festejados. Y luego, aun cuando no procedieran de abolengo, el atractivo de sus suntuosas fiestas les habría hecho recibir lo más granado de la sociedad, en la que reina hoy gran confusión de clases; porque hay tal deseo de brillar y de divertirse, que no se inquiere el origen de las familias y del caudal que les divierten, y se acude presuroso y se recibe en sus casas á los que en otros tiempos ofendería lo propusiesen.

Esa tendencia á nivelarse trae su origen en la invasión de las ideas modernas, que si tuvieran por

bases la honradez y el mérito para encumbrarse, en el halago del amor propio habría legítima recompensa, y la comunidad ganaría en ello. Pero, por desgracia, hay quienes lo deben á la audacia que les da caudales mal adquiridos, sabiendo que con ellos se fuerzan las puertas de los que antes les miraban con desdén, y que no tienen más que colgar una chuleta en sus puertas y hacer tocar los violines, como hemos dicho en otra parte, para que entren en sus casas, confundidas, todas las conciencias y todas las reputaciones, lo mismo las que tienen aquellas limpias y éstas perdidas; que lo mismo adornan las sedas y recamos, los encajes y las alhajas, los ebúrneos cuellos de las mujeres honradas que de las que no lo son, como el fraque cubre pechos indignos y corazones hidalgos, ya que jamás podría realizarse el noble deseo del ilustre jesuita en su célebre novela; que haya salones en que no se admita sino á la gente honrada, porque tal como la sociedad está organizada, esa reforma si fuera posible practicarla, traería disturbios, enojos y una anarquía social, en que habría querellas ruidosas y venganzas terribles. Todo seguirá lo mismo; y el observador frío y desinteresado podrá seguir también sus reflexiones al ver

que los que se pronuncian, con sincera indignación, contra el mal y los que ejercen su ingenio en ridiculizarlo, son los primeros que, al dar fiestas, ponen al frente de la lista de sus convidados á los que han sido objeto de su severidad ó de sus burlas sangrientas.

Si no hay felicidad completa en este mundo, puede haberla relativa, sobre todo en aquellos á quienes Dios ha favorecido con sus bienes, si de ellos se disfruta con moderación, si se limitan los deseos, considerándose feliz de poseerlos, como ya opinaba Lelia en Saint-Germain, si hay cordura en la conducta, gozando de los placeres lícitos de la sociedad, sin querer sobresalir, sin rivalidades y con el respeto de sí mismo y del que se debe á los demás. Hay numerosas familias que obran así y contemplan con lástima ó con acrimonia, según el temperamento de cada una, á las que lanzan al público su vida insensata de ruido y escándalo, y que no ven su propio ridiculo, que darían deseos de ponerlas la coraza en la plaza pública. Mientras mayor es la fortuna y posición, hay más obligación de dar buen ejemplo; y cuando se ve á familias con caudales legítimamente adquiridos, que se acendran por su conducta, un no-

ble pecho, siquiera sea del que nada posee, no envidia su dinero, antes bien, celebra que lo posean y los estima y respeta como merecen. Pero cuando ve á advenedizos infatuados con bienes mal adquiridos, desdeñar á los que no los tienen, no abrigar un sentimiento decente y no preocuparse más que de los goces terrenales y de satisfacer los de la vanidad, siente un desprecio por ellos, que si pudiera penetrar en sus mal nacidos corazones, si no les avergonzaba, sabrían al menos á qué atenerse sobre lo que de ellos se piensa.

Evrecy y Marina se habían lanzado en esa vida febril, cabeza baja, como el toro que se va al bulto y en ese turbión mundano no veían lo que su caudal disminuía ni pensaban en la miseria que fatalmente les acechaba. Á ella era preciso el fastuo y los placeres, la vanidad de sus triunfos, y á él la satisfacción de sus gustos, que eran verdaderos vicios. Labennes veía con indiferencia que el dinero se iba acabando, y quien había despilfarrado el suyo sin pestañear, mal podría sentir ni pizca desapareciera el ajeno.

SEXTA PARTE

Caubeil se fué en derechura á casa de la Duquesa, y allí, en presencia del barón de Godarte, se confesó de su imprudencia, no buscando ya nuevos argumentos para excusarla, sabiendo que sus amigos reconocían lo que él no cesaba de llamar « su pureza y sinceridad ». Pero eso no podía impedir que desaprobaran altamente el mal rato que había dado á Lelia, alarmando su conciencia y lastimando sus principios sociales. Ahora lo que les tocaba era exigir de Caubeil el cumplimiento de su promesa á Lelia, dejando de ir á su casa y no viniendo á la de ellos cuando ella fuera á visitarlos. Él dió su palabra de caballero, resuelto á aceptar el sacrificio que se le imponía.

También Lelia fué más tarde á confesar el pecado

de Caubeil, su respuesta y la promesa que le había hecho de no verla más.

— Ya lo sabíamos por él mismo, hija mía, le dijo la Duquesa, y cumplirá su palabra de no verte más, aunque, como debes comprender, esto duela tanto á su corazón. Ni con el pensamiento te ha faltado, mirando en ti un dechado de virtud, si bien, en su extravío, que tan infeliz le habría hecho aun si la hubiese ofendido y faltado al respeto que te mereces, no pudo callar lo que su pecho sentía.

— Pensó mal, sin embargo, y obró peor no callando, sin hacer lo posible para que yo ni sospechara lo que sentía, y no hallo excusa de no haber desechado un pensamiento que me hería, á la vez que grababa su conciencia. Pierdo un buen amigo, es verdad, su trato podría aún serme grato en medio de los dolores y vergüenzas que me rodean; pues por lo que toca á volver al solaz y distracción de nuestras conversaciones y lecturas, ya no sería posible cuando tengo el alma adolorida y vivo entregada á un espectáculo aflictivo y vergonzoso, que mancha nuestro nombre, siendo el mismo que me lo ha dado ludibrio de las gentes.

Y al decir esto se conmovió tanto, que rodaron lá-

grimas sobre las mejillas de aquel ángel del sufrimiento, cuyo dolor y resignación conmovieron á su vez á la Duquesa y al Barón, hasta el punto de no poder articular palabra; la Duquesa lloraba también y la daba besos, y el Barón dejaba caer sus lágrimas sobre la mano de Lelia que llevaba á sus labios.

Hubo un momento de silencio, que al fin rompió Lelia, y dijo como inspirada :

— El Señor lo quiere así, y yo me inclino ante su divina voluntad; sí, que se haga su voluntad y no la mía. Él, que lee los corazones, sabe que el mío le pertenece, porque creo en Dios, gozo en mi creencia y me consuela y alienta en las tribulaciones. ¡Bendito sea, porque me prueba con el dolor para alcanzar mejor su misericordia y su perdón, si cree que le he ofendido, que el Genio del Mal ha empañado mi alma, si cree que un sentimiento, un deseo, no buscados ni temidos, han turbado la pureza con que quiero siempre aparecer á sus ojos misericordiosos! ¡Él me dará fuerzas para resistir, para cumplir con los deberes de esposa, aceptando las obligaciones de mi extraña situación, mirando en ella su divina voluntad é inclinándome ante la mano que me señala el deber en el dolor! Quiero también bendecirle, porque

me ha dado en ustedes tan buenos y tan dignos amigos, que, como bálsamo suave y bienhechor, endulzan mis amarguras y me guían con la ternura de sus consejos.

Y reclinada en el seno de la Duquesa, había tal lumbre en su mirada que parecía destello de fe, de amor y de dolor, que fijaba en el rostro de la Duquesa como prenda del acendrado cariño que la tenía.

— ¡Lelia de mi vida, siento que en este momento los ángeles te ensalzan y Dios te bendice, y que si todavía no mitiga tus sinsabores, aun has de sentir aquí abajo el consuelo de su mano bienhechora y más tarde el galardón celestial!

Y entrambas tornaron á besarse y á abrazarse, y el Barón repetía sus bendiciones.

— No quisiera hablarte de tu marido, pero no es posible dejar de preguntarte cómo está y si hay esperanza de remedio.

— Ninguna; el doctor no lo espera si él no cesa de beber, y esto no es posible, porque no hay medio de impedirle de salir. No escucha mi voz, mis súplicas, mi acento conmovido; nada le saca de ese entorpecimiento, si no es cuando se intenta impedir

que salga á la calle; entonces se pone hosco, furioso, lanza miradas amenazadoras, y parece buscar con qué herir y vengarse. Yo no puedo desconocer que es también criatura de Dios, que es mi esposo, que llevo su nombre, y que hasta la caridad cristiana me obliga á procurar que en medio de ese vicio sufra lo menos posible, olvido los agravios y pido á Dios me asista. De nada sirve el cuidado de que no encuentre licores en casa, los bebe fuera, y es seguro que, á pesar de su entorpecimiento, tiene todavía el instinto de traerlos ocultos á casa y beberlos en la noche: no hay más que ver el aspecto lastimoso, horrible que presenta en las mañanas, que por mucho horror que me cause, lo resisto más fácilmente que la idea de su degradación. Los criados, por adhesión á mí, le soportan y aun le ayudan cuando lo ha menester, anda como si pisara sobre blando y á menudo da un traspie. Ya comprenderán ustedes lo que pienso en su alma, en su olvido de Dios, sin columbrar esfuerzo humano que le vuelva la razón, y pido al cielo haga caer sobre mí su castigo si con él he de salvarle y rehabilitarle ante Dios y á los ojos de los que ¡ay! le desprecian y abandonan.

— Dios debe quererte mucho, pues que á tan du-

ras penas te somete. Es realmente gran desgracia que haya caído en ti una de esas excepciones, ya que hay que reconocer que, por fortuna, en nuestro país ese vicio no es común; así que cuando se habla de esas cosas, se citan las excepciones y aparecemos sobrios, comparados á otros países. Pero tú no obras como aquella dama muy conocida, que encerró á su marido en una *Maison de Santé* y continuó alegremente su vida mundana; y yo te aplaudo, porque así pruebas que comprendes tus deberes de esposa y de cristiana... y de « mártir », pensó en sus adentros la buena señora.

— Iré hasta donde Dios quiera llevarme, que bien sabe cuán sumisa he de observar su voluntad.

— Dios te bendiga, y nuestras preces no te faltarán.

Pidió Lelia permiso de retirarse, con efusiones de cariño y de agradecimiento, y, con paso tranquilo y aspecto resignado, volvió á su casa.

Al bajar de la berlina vió á Marina que hablaba con el portero, y apenas podía creer que ella osara poner el pie en su casa, no acertando en lo que esa audacia significaba.

— ¡Ah, Lelia! te buscaba, vengo á hacerte un servicio.



— El mejor que puedes hacerme es retirarte.

— ¡Ingrata! venía á darte un remedio para la borrachera de tu marido...

Lelia, justamente indignada, le volvió la espalda y siguió andando, pues si no quiso agobiarla con los improperios que merecía, tampoco era digno oirla: por la primera vez de su vida, se vió obligada á una descortesía.

Marina, que en todo mostraba su audacia, siguió á su lado, diciéndole: « Uno de mis *perros* me dice » que en la comarca en que tiene su castillo, los aldeanos mezclan la sangre de anguila con el vino, » que sabe á demonios, y los borrachos cobran tal » horror, que ya no vuelven á gustar ningún licor » (1). Lelia empezaba á subir la escalera, y Marina, satisfecha de su insulto, se retiró con un « Adiós, Lelia », y riéndose maliciosamente de su burla.

II

En cuanto salió Lelia del aposento de la Duquesa, ésta y el Barón se miraron conmovidos, como dos

(1) Es cierto.

personas que sienten y se comprenden. Les dolía haber sido instrumento inocente de su desgracia, pero estaba fuera de toda previsión el repentino y funesto cambio de Villedieu, que, con su ejemplo, se probaba una vez más la influencia perversa ó bienhechora que la mujer puede ejercer sobre el hombre cuando á ella se entrega; admiraban la virtud de Lelia, esa resignación, que tenía algo de divino, y comprendían lo que pasaba en su alma: un deseo ardiente, una necesidad de amor, que fué el primer tormento de su existencia, y pensaban en la lucha suprema de las inspiraciones de su corazón, dominadas siempre por las de la virtud, del deber, por el santo temor de Dios, estremeciéndola la sola idea de ofenderle. En esto no hacía confidencias á sus respetables amigos; sólo Dios veía la lucha y el vencimiento constante de sus deberes. No quería sentir, no quería pensar, y sentía y pensaba, á pesar suyo, mirándolo como sugestión satánica, y con lágrimas ardientes pedía á Dios perdón y la gracia de apartar de ella todo lo que pudiese profanar las doctrinas evangélicas, entregándose á « la oración con lámpara encendida, que es la lumbre de la fe », como dice Santa Teresa.

III

Si el retraimiento forzoso de Lelia no era sentido por los que sólo piensan en divertirse, ya que no daba fiestas, limitándose á comidas y veladas muy intimas, su desgracia fué sentida por los amigos de veras, que la amaban y admiraban, y por la gente de corazón que conocía sus prendas relevantes, pero todos respetaban su aislamiento.

El ruido y alegría de las fiestas de Marina seguían creciendo, y se relataban cada mañana en los periódicos elegantes, con el programa realizado, los nombres de los convidados y la descripción de los trajes de las más guapas y alabadas. No habría venido mal, si fuera posible, ir poniendo al pie de cada artículo lo que iba disminuyendo el caudal, que así habría visto ese insensato matrimonio lo que iría disminuyendo también el deseo de seguir en relaciones con él, que acabaría con los últimos vasos de champaña y los últimos acordes de los vibrantes instrumentos. Porque en ese afán y exactitud de acudir á sus fiestas, no había estima ni simpatía, se iba á brillar y á divertirse á costa ajena, hasta que agotados los últi-

mos escudos, les volvieran la espalda, diciendo: ¡miren qué casa!

Pero si los bienes disminuían, los gastos no, y cada uno siguió derrochando hasta que llegó el momento de contar lo que quedaba y de ingeniarse para ver cómo se podría seguir engolfando en los goces de todas clases. No era Labennes el que había de preocuparse de ello, pues ni quería comprometerse ni darse ningún trabajo ni sugerir lo que se pudiera hacer, que ya tenía bastante con sortear sus propios peligros; y luego, ya estaba harto de Marina, y lo único que le hacía seguir prestándose á lisonjear su amor propio, con que vieran á sus pies á elegante tan celebrado, era lo que á él le divertía ordenar las fiestas y lo que le envanecían los cumplidos que por su buen gusto se le hacían.

La cortesana de Evrecy, con ese olfato tan fino de las de su clase, cuando se trata de su interés, percibió luego que su boyante adorador estaba preocupado por falta de dinero, y se propuso darle una sangría como despedida, pues sospechaba la ruina. Con esos halagos y caricias, en que son tan duchas, que lo mismo embobecen al listo que al lerdo, exigió una de esas fuertes sumas que hasta entonces no se

había visto rehusar, y él, algo embarazado, le pidió esperarse unos días que necesitaba para ciertos arreglos.

— Ni uno más espero, lo necesito, lo exijo; si no lo haces es porque ya no me quieres, pero ten cuidado, que si hasta aquí he resistido á quienes me habrían dado más que tú, es por lo que te quiero, y ya que lo sabes, á ti te toca decidir lo que va á ser de nosotros.

La idea de perderla le asustó de tal manera, que de allí fué á ver á uno de esos usureros que prestan al cincuenta y al sesenta por ciento, y así obtuvo la suma pedida. Ella le recibió con los brazos abiertos, le besó, le llamó guapo, gentil, dije, estuche, gracioso, diestro en todo, renovando sus caricias: él no sospechaba que era su oración fúnebre.

IV

Marina y su marido, por la primera vez desde su matrimonio, tuvieron que reunirse para discurrir de cosas serias, pues su situación apremiaba y era preciso ver cómo se podría contentar á los acreedores

y seguir con el boato que su vanidad no quería perder. Labennes, á quien consultaban, respondía que su delicadeza no le permitía intervenir en esas cosas, y se esquivaba. Si ellos hubiesen comprendido sus deberes y tuvieran dignidad, la solución estaba indicada; vender la casa, los muebles, las alhajas, los objetos de arte, los coches y caballos, y todo lo que era lujo, pagar á los acreedores y retirarse á vivir con lo que pudiera quedarles. Así suele verse en familias dignísimas, si bien su ruina no tuviera por causa gastos insensatos, sino desgracias independientes de su voluntad, en que quedaba á salvo la reputación y la dignidad.

Por el pronto, lo que importaba era poder hacer frente á los gastos que iban á ocasionar los nuevos bailes y comidas que Marina había ofrecido, y no podía dejar de dar, no teniendo lutos ni enfermedad que la excusasen. Por la primera vez se turbó esa vida bienhadada de Marina, y empezó á preocuparse seriamente del porvenir. Á Evrecy no se le ocurrió, para no faltar á las fiestas prometidas, sino volver al usurero; porque los que no tienen escrúpulos ó no reflexionan, salen de un apuro momentáneo con firmar pagarés que son tan fáciles de dar como peli-

grosos en breve plazo : dió á Marina lo que necesitaba, y se reservó una parte para sus gastos personales.

Evrecy era tonto y atolondrado; Marina casquívana é impetuosa, pero tenía talento, preveía la ruina y perdió toda tranquilidad, mas era preciso ocultarlo, representando una comedia cuyo papel es de aparecer alegre, feliz, rica y á la moda. Eso es un suplicio que la gente digna no añade á los reveses de la suerte, apartándose de las gentes y devorando en su retiro sus angustias y lo que hacen para aliviarlas. El interior de Marina se volvió un infierno en que se agitaban el espectro de la miseria, la humillación de que por ella cesase de brillar, los sarcasmos de la sociedad, el abandono primero, el olvido después, y siempre el desdén y la ingratitud. El observador habría descubierto su desazón en el modo de reír, que es comunicativo cuando hay verdad y no le engaña cuando es ficticio.

V

Si en casa de Lelia no había antes gran ruido y movimiento, ahora parecía á veces desierta, á juzgar

por el silencio que en ella reinaba. Cerrada su puerta, los criados, cuyas faenas eran pocas, en sus aposentos casi siempre, Villedieu pasando las horas en esos *Bar*, de reciente instalación, en que se reúnen para beber los seres degradados que respiran una atmósfera asquerosa y envenenada, ahogando en los licores el respeto de sí mismos y preparándose un fin prematuro en cuanto caen en la imbecilidad, la pobre Lelia no tenía más consuelo ni distracción que elevar el alma á Dios y aceptar resignada tanta desdicha y tanta deshonra.

La resignación de Lelia crecía á par de su tormento, pero su virtud no consentía en pedir su término al cielo, sino sólo las fuerzas para resistirlo. Dios le dió un corazón amante, ardiente, que se consumía á fuego manso, que no conocía límites en el querer y en la abnegación, que habría sido su dicha, porque, como dice Bossuet, « el que pone límites á » su amor, no sabe lo que es amar »; y esa necesidad de su existencia no la vió satisfecha. Aquel tesoro escondido de pasión y de generosidad, no soñó jamás con goces terrenales, no anheló riquezas, triunfos mundanos y fiestas brillantes. Ni en lo que hubiera podido recrear su bella inteligencia encontró en su

unión lo que pudiera atemperar ó consolar lo que su alma pedía con voces que no oía más que el cielo, que al negarla lo honesto y legítimo que pedía, la ensalzaba con el crisol de su virtud, dándola por añadidura el susto perenne de ofenderle si el conde de Caubeil venía á su memoria, y el escándalo y la vergüenza que habían deshonrado el nombre que llevaba.

Si á Marina le concedió el cielo todo lo que en su insensatez pedía ya cuando soltera, fué para que en el cumplimiento de sus desos encontrase su perdición y su ruina; que Dios suele castigar duramente aquí abajo, y, en todo caso, arriba todo se paga, y ¡ay del que no pare mientes en ello! La desgracia de Lelia inspiraba lástima y respeto; la de Marina contento en los envidiosos, burlas en otros é indiferencia en los más, sin que nadie recordase de ella una prenda que pudiera estimarse.

VI

Los íntimos de Marina le pidieron enterrar el Carnaval con una comida de *tétes*, llamada así porque

sólo se disfraza la cabeza, conservando los trajes ordinarios; unos las inventan ellos mismos, otros lo dejan á la habilidad de los peluqueros ó copian las de los cuadros antiguos.

Como los *reporters* andan husmeando cada día las fiestas [proyectadas, anunciaron esa en seguida; y á un costurero se le ocurrió amenazar, si no se le pagaba inmediatamente, con embargar poco antes de la comida, para que los convidados se encontrasen, al llegar con cara de palo y se hiciese público el escándalo.

Marina, aterrada, llamó á Labennes, al que no le hizo ninguna gracia la del costurero ni que ella le rogara fuese á verle para conjurar la tormenta con que se la amenazaba. Á él le contrariaba más el que no se diera la fiesta en que su buen gusto encontraría el aplauso acostumbrado, que la pena de Marina, y esto le decidió á ir á parlamentar con el costurero, que cedió á las promesas y á la influencia que Labennes tenía en la sociedad, y, además, no quería enajenarse su voluntad por el mal que le era tan fácil hacerle.

Marina respiró y pudo continuar ocupándose en los preparativos de la comida, que había de ser de

cuarenta cubiertos, en cinco mesitas de ocho personas, distribuidas en el comedor y piezas adyacentes. En medio de cada una había grandes ramos de flores, y á cada uno se daba una flor correspondiente al ramo para saber en dónde debía sentarse, encontrando en su cubierto, preciosos *menus*, con su nombre, hechos aposta por un acuarelista, y las damas, además, un bonito ramo de flores.

Todo le parecía que estaba bien cuando llegó Evrecy cariacontecido, cosa que alarmó á Marina, ya nerviosa, y temió un nuevo disgusto. Le confesó que había jugado en la Bolsa, y que como había oído decir toda su vida que los tribunales no admiten juzgar esas deudas, quedando impune el que pierde y perdiendo sólo el corredor, había jugado con la esperanza de ganar, y, en caso de perder, pagar cuando pudiera. No le habían pedido *couverture* ó garantía, porque era rico y no le creían con deudas. Pero como no estaba al corriente de nada, ignoraba le ley reciente que reconoce esas deudas, y que los tribunales admiten la querrela de los corredores. Había perdido, y no tenía con qué pagar, así que en breve se vería demandado ante los tribunales, y á ese escándalo seguiría el asalto de los demás acreedores que les de-

jaría arruinados. Marina, que apenas se había recuperado del susto del costurero, comprendió el peligro, pensó en que sus convidados lo sabrían ya sin duda, y la harían objeto de sus chafalditas en su propia casa.

En esas angustias empezó la expiación, que no podía parar ahí. Por mucho imperio que tuviera sobre sí misma, el golpe era terrible; y en la bartura de su terror veía los desastres y vergüenzas que fatalmente habían de sobrevenir. Por la primera vez de su vida, rompió á llorar, desgarrado el corazón, sin asomo de arrepentimiento, sin recordar la justicia divina, y, en su rabia, echaba maldiciones al diablo en vez de arrepentirse y de entregarse sumisa á la misericordia de Dios. ¡Y en ese estado de ánimo era preciso mostrar cara de Pascua, reír, ser amable, decidida, dar el tono á la conversaci6n é infundir la alegría á sus convidados! ¡Ah! ¡cuántas veces pasan tristezas en las familias, que se ocultan con sonrisas y afables maneras cuando está llorando el corazón!

El de Marina le dió valor de disimular, pero el miedo que le entró á Evrecy fué tal, que le dejó afono, en lo cual todos ganaron; él, porque no tenía que hacer esfuerzos para departir, y los demás porque no oían insultos.

VII

No había señor ni señora de viso que no pasara el dintel de los salones de Marina sin aparecer contentos de figurar en ellos. Pero esta fiesta era más limitada; no había en ella ni mamás ni señoritas, ni personaje provector del sexo feo por más encopetado que fuese, sino ochenta personas, jóvenes casados y solteros á la moda y elegantes, además de los que allí habían comido, que también vistieron el traje de *Pierrots* y de *Pierrettes*, que se exigió; trajes blancos y sencillos con largas mangas que no ocasionaron grandes gastos á ninguno.

El vestibulo, la escalera y todas las piezas estaban adornadas con bellas plantas y flores exquisitas y odorantes, salpicadas con lucecitas eléctricas en globitos de colores; en la antesala, la orquesta de *tsiganes* (1) alejada así para que su ruido, durante la comida, no impidiese la conversación, siempre amena, picante, de alegría ruidosa, que no cansa nunca á las que viven embriagadas con los placeres

(1) Gitanos húngaros muy á la moda.

y pretenden hacer un papel brillante, ya que tengan otra música por dentro y sea ficticio todo lo que ostentan.

Allí no había gente seria. *Pierrots* y *Pierrettes* se entregaron á una alegría estrepitosa, á que se creían más obligados aún por estar en Carnaval; las mujeres á sus coquetcos atrevidos, los hombres á sus audaces pretensiones y á su fatuidad acostumbrada. Los valeses vieneses, á que los *tsiganes* daban tanto brío, arrastraban las parejas en vueltas vertiginosas; los rigodones les reposaban, todo era movimiento y expansión, contento y risas. Se suspendieron las danzas para ir á cenar, siempre en mesitas espaciadas, pero esta vez cada uno se sentó en donde quiso, y, naturalmente no al acaso, sino según su simpatía y pretensiones.

Que la cena fué alegre y animada, que la conversación fué propia de la gente de rompe y rasga, no hay para qué decirlo: allí no había de inocente más que el color blanco de los trajes, y no eran educandas de un convento las que los revestían. Marina no lo supo, pero acertó al pensar que sus convidados sabrían el derroche y fin de su caudal, haciéndole objeto de sus burlas. « ¿ En dónde estarán mañana

nuestros anfitriones? » decía uno á su vecino. « No lo sé; bailemos, comamos y bebamos esta noche, que ya tendremos tiempos de saberlo », respondía una. — « No creo que volvamos á verla — decía otra — tendrá que refugiarse en casa de sus padres, que le parecerá un cuchitril al lado de ésta tan grande, lujosa y elegante ». — « ¿ Y el marido? — decía uno — de fijo que su cortesana le hará despedir por su doncella á pellizcos y alfilerazos, si se atreve á presentarse con la escarcela vacía ». « Que se haga chalan ó palafrenero », añadía otro. « Ni para eso le querría, prefiero al mío », respondió otro. Y así, por este estilo, se condimentaba más la cena con esa cruel ingratitud con que la gente suele pagar á los que la divierten.

Después de la cena se bailó el cotillón con esas figuras en que hay objetos caprichosos y se dan algunos de cierto valor; vanidad absurda que impide además aquellas figuras tan bonitas que no necesitaban de accesorios en que lucía la habilidad del que lo dirigía. Al terminar se distribuyeron á las damas unos bonitos abanicos en que había pintados un *Pierrot* y una *Pierrette* y á los hombres tarjeteros con la inscripción: « Recuerdo del 6 de Febrero

de 1894. » Bien podía haberse añadido : *Finis coronat opus*.

¡ Y nada se había pagado !

Eran las ocho de la mañana cuando *Pierrots* y *Pierrettes* salieron de casa de Marina, en pleno día, con caras de desvelados, fatigados por una atmósfera viciada y malsana, la danza, los manjares y el champaña. No hay mujer, por guapa que sea, que en pleno día resista al análisis después de una noche de fiesta agitada, y por más que la imaginación intente recordar la poesía con que se la admiraba en reposo y no trasnochada, la terrible realidad le hace apartarla con desconsuelo.

VIII

En tanto que *Pierrots* y *Pierrettes* se dirigían hacia la cama á dormir á pierna tendida y la boca abierta, Lelia se encaminaba á la iglesia á recibir la ceniza y oír la sentencia de la humildad cristiana : *memento quia pulvis es*, en que tan poco se piensa. Marina era la única que no dormía; el insomnio y las angustias habían sucedido á sus vanidosos place-



Melick

res; era ya su velar doliente y la luz del día no alumbraba más que el espanto de la ruina de su vanidad y de su caudal. ¡Cuántas veces al volver de las fiestas en las altas horas de la noche y despojarse de sus galas, le asaltaba la figura de Lelia velando callada á su esposo, cuando se temía una catástrofe, y cómo reía de su abnegación en vez de divertirse como ella! Lelia no pensaba en Marina, y si la hubiese adivinado, habría podido observarle como Demóstenes al ladrón que le decía que sus discursos no eran improvisados y oían á aceite: « Tu lámpara y la mía no alumbran las mismas cosas ».

Evrecy se había atortolado aún más con la perspectiva del embargo y la ruina; Labennes aflojaba en sus obsequios y todo el talento y energía de Marina eran inútiles ante las exigencias de los acreedores amparados por la ley. Ni sus familias podían sacarles del trance, ni amigo alguno tenía por qué sacar la cara por quienes no eran interesantes y debían más de lo que poseían. Sin el escandaloso interés del dinero prestado por los usureros podría pagarse todo, pero no quedaba nada. Es verdad que los tribunales anulan esos préstamos como inmORALES, pero era preciso entablar un pleito, siempre

largo, y no había tiempo que perder; y además, era vergonzoso descubrir de qué modo vivían en los últimos tiempos y de dónde salía el dinero para las fiestas con que regalaban á los que eran tan presurosos en acudir á ellas como en volverles la espalda en la desgracia y correr como galgos.

Marina contemplaba tristemente sus salones, sus muebles, objetos de arte, grandes arañas y hermosos candelabros que habían alumbrado tanto esplendor; sus carruajes y caballos, su vistosa servidumbre, y todo lo veía huir, no quedando más que el vacío en torno suyo.

La realidad se imponía ya de tal manera á Evrecy á pesar de su escaso meollo, que también se veía ya arrinconado y olvidado. Así como Pedro III de Rusia, destronado por su mujer Catalina no pidió sino tres cosas: «su querida, su mono y su violín», así él habría querido conservar la suya, sus coches y caballos, dejando que Marina se las arreglase como pudiese: ya se verá cómo se arregló.

IX

Si el matrimonio Evrecy había despilfarrado en poco tiempo un buen caudal, el del de Villedieu, que era poco relativamente, se había conservado intacto, porque Lelia no permitió nunca se gastara un centavo más de sus rentas y aún hacía economías que aumentaban lo que desde un principio señaló para pobres. ¿A cuántos socorrió Marina con su caudal? Ahora, los gastos eran menos necesariamente, pero no reparaba en ninguno, si con ellos se podía mitigar el estado de su marido, en el que las visitas de las eminencias de la ciencia y los cuidados tan minuciosos que con él se observaban no fueron parte á curar su vicio.

Él le llevó al fin á la locura, pero en vez de confinarle en una de esas casas dirigidas por especialistas, se hizo con él lo que hacen las familias pudientes y estaba de acuerdo con los sentimientos de Lelia, que no se creyó dispensada de consagrarse á su cuidado. Se acolcharon las paredes de su cuarto de dormir y se le pusieron dos enfermeros entendidos que le vigilaban constantemente secundando

á Lelia en la energía dolorosa que exige la demencia. Así pudo evitarse se le pusiese la camisa de fuerza que antes se acostumbraba.

Aun cuando los médicos no hubiesen declarado su gravedad, bastaba á Lelia verle para comprender que su fin era inminente y desde ese momento sólo pensó en la salvación de su alma. Pero poco á poco se le fué disminuyendo la bebida y eran menos frecuentes los accesos rabiosos que le hacían arrojar espuma por la boca dejándole abatido y postrado.

De vez en cuando fijaba los ojos espantados en Lelia como si quisiera reconocerla; y ella le dirigía palabras amables, con el acento de la virtud y de la compasión á ver si comprendía y respondía algo que hiciese entrever recobraba la razón y aprovechar su mejoría mental para que se dispusiese con Dios, y, lleno de contricción, esperase confiado el cumplimiento de su divina voluntad.

X

Así pasaba el tiempo en aquella morada del dolor y del silencio: los días largos y sombríos, las noches más largas aún y más dolorosas.

Oh! que la nuit est longue à la douleur qui veille!
dice el poeta Saurin.

Dios media sin duda la suma de dolores que enviaba á Lelia por la grandeza del amor que la tenia, y así se explica la fuerza y resignación con que los aceptaba, no viendo nada meritorio porque lo creía de su deber. Pero, ¿cómo curar, aliviar siquiera, las hondas heridas de su corazón que manaban lágrimas ocultas? Quiso amar y no encontró el amor que su corazón pedía; quiso conformarse con el tibio y poco inteligente que se le ofreció, comparado con la fuerza de su querer y con la belleza de su inteligencia, y su afecto y buena voluntad fueron recompensados con el ultraje y la vergüenza; se impuso á su alma, sin quererlo, un ser digno de la suya para amarla y comprenderla, unida á un saber que satisfacía á lo que necesitaba para ser feliz; confundir su alma y su inteligencia con otra, y sólo consagrar á esto un pensamiento, era á sus ojos gravísima ofensa á Dios.

Y todas esas reflexiones venían á su mente y la agitaban el día y la noche al lado de un demente; y á la amargura de sus penas se unía el remordimiento de no poder desechar la causa cuando veía que su

misión era consagrarse al cuidado de su estado y pedir al cielo por su alma; hermana de la caridad y eco sublime de la religión que salva aquí y en la otra vida.

Tanto dolor callado, tantas lágrimas ocultas tenían que apiadar al cielo, y Velledicu empezó á mostrar cierta mansedumbre que se fué acentuando hasta articular ciertas palabras, cuya tranquilidad alegró la virtud de Lelia, y esperó que si el cielo le llamase fuese reconciliado con Dios, y sabiendo en toda conciencia que iba á comparecer ante su tribunal.

XI

El periódico de la mañana que publica minuciosamente lo acontecido la víspera en los salones elegantes, dió cuenta de la fiesta de los vizcondes de Evrecy; y como eso es muy leído de todas las clases, los acreedores, apenas se enteraron, se enfurruñaron, encontrando que era un descaro seguir dando fiestas en vez de pagar lo que debían. Hubo, pues, concurso de acreedores y los Vizcondes tuvieron que abandonarles todo lo que poseían. Sin el maldito



usurero todo se habría pagado integralmente, pero él estaba escudado con sus recibos en papel sellado y en toda regla y tuvieron que resignarse á perder una parte.

No se dejó al matrimonio sino lo más preciso, y corridos y furiosos se fué cada uno á casa de sus padres en tanto veían cómo se ingeniaban para procurarse una instalación siquiera modesta. Marina ya cavilaba en cómo había de levantarse, si no á la altura de que había caído con estrépito, si bastante buena para figurar como otras familias, que sin su lujo perdido y sus fiestas están bien quistas y convidadas.

Durante muchos días fué Marina la comidilla de la sociedad; todos recordaban los detalles de su vida, sus dichos, sus excentricidades, el buen gusto de sus fiestas, de que sentían no gozar más; pero nadie mostraba, ni con frases frívolas, una simpatía que no podía inspirar; y como conocía á su gente, bien se figuraba lo que de ella se diría y el abandono en que la dejarían los que poco tiempo há la cubrían de halagos y acudían á sus fiestas.

No había en ella ninguna resignación cristiana ni filosófica, ni podía haberla dado su carácter; había

ira, despecho, desco de pegar á todos, como si cada uno fuese responsable de su ruina. Sin escrúpulos, imbuida desde niña de las ideas « fin de siglo » de su madre — responsables casi siempre de que las hijas se aparten del sendero del deber — y alentada con el ejemplo de las que sin caudal propio ni de su marido tampoco, viven felices en el lujo, se las halagá é invita porque son guapas y á la moda, fácil le era satisfacer sus aspiraciones; pues hay mucha gente rica que, rara vez por un sentimiento real y siempre por vanidad, satisfacen la costosa manera de vivir de las que á ellos se entregan. Para ellas el becerro de oro es su diós en este mundo; y aunque los demás sepan de qué establo ha salido, se baila en su derredor y se goza de las fiestas que procura. Lo que importa es que el marido viva en paz octaviana con su mujer, echando en un pozo la vergüenza, que el pabellón cubre la mercancía; y como nada objeta y vive beatícamente compartiendo complacido del maná que le cae sin inquirir de dónde viene, el público nada tiene que tildar. Labennes la plantó impávido con su *faccia tosta*, como dicen los italianos de las caras sin vergüenza.

Si Marina era tan rápida en concebir como en eje-

cutar sus excentricidades, no lo era cuando se trataba de su interés, que entonces reflexionaba, maduraba sus proyectos, y por mucho deseo que tuviese de verlos realizados, no obraba sino cuando creía el éxito seguro.

No así Evrecoy, que no quería esperar y no sabía cómo hacer para contentar á su cortesana y no perderla y procurarse su factón, sus caballos y demás elegancias.

XII

Crejó encontrar la suerte en el juego y ya se figuraba ganando cada día mucho dinero, á lo que tendría derecho, si todos los proverbios fuesen verdad; y al mismo tiempo la distracción á su pena y despecho de ver que su cortesana le escribió una carta en que, á vueltas de cosas tiernas, de recuerdos agradables y del gran sentimiento de dejarle, le despedía y le anunciaba que, pues ya no podía ser útil, era ya inútil verse y que si se presentaba en su casa no le abriría la puerta.

Se volvió un pilar de su *Club* y trasnochaba. En

los primeros tiempos, ya ganaba, ya perdía, y así pasaba la vida, hasta que un incidente vino á turbarla de un modo escandaloso y comprometido.

Si él jugaba limpio, no podía decirse lo mismo de otros, y un extranjero muy conocido, uno de esos caballeros de industria cosmopolitas que engañan al más pintado con su buena figura, elegancia, maneras insinuantes, que se había hecho recibir en el *Club* y era un jugador de rumbo que hacía riza en las partidas. Creyó al fin observar que el otro hacía trampas, se calló en los primeros días, y al fin descubrió que practicaba lo que llaman la *poussette*. En cada partida jugaba una pila de fichas que tenía delante, formando columna abigarrada de piezas de valor diferente: cuando perdía no hacía nada; pero si ganaba, al llegar á su masa, el banquero le decía siempre, según el uso: « ¿cuánto en la pila? » « No sé, respondía, voy á contar ». Y con la mano derecha cogía la pila para hacerla ver en el tapiz, pero no decía que en el hueco de la mano tenía tres ó cuatro fichas de cien francos, hábilmente preparadas de antemano (1). Un día que forzó la dosis,

(1) Histórico.

Evrecy se percibió, y no pudiendo contenerse, exclamó: « Este hombre hace trampas ». Viéndose cogido, recurrió á su audacia, mostró una gran indignación y creyendo lavar su honor ofendido, le dió una bofetada. Como ya había sospechas de él, y á todos inspiraba poca confianza, la junta del Círculo lo expulsó en seguida.

Pero un duelo era inevitable; cualquiera que fuese la personalidad de ese aventurero, y aunque no había honor alguno en batirse con él, Evrecy no podía hacer otra cosa.

Se batieron al día siguiente en los alrededores de París. Evrecy no se condujo mal, pero su saber y su serenidad, que es preciso reconocer, no podían luchar con ese hábil tirador, que se adiestraba cada día en la esgrima, sabiendo lo que frecuentemente se exponía á defender lo que llamaba *su honor*... Evrecy fué traspasado de parte á parte y murió en el acto.

XIII

He ahí lo que es el duelo, en que la justicia nada tiene que ver con el resultado: el más diestro ó afor-

tunado, tenga ó no razón, puede arrancar la vida á su adversario. Si, ¡ cuántas veces el que tiene razón, el ultrajado, es presa de la muerte implacable! No, el duelo no tiene relación alguna con la idea de la justicia, es el triunfo de la fuerza brutal, de la fatalidad. ¡ Y á eso se llama quedar el honor satisfecho! ¿ En qué puede quedarlo con que los adversarios disparen cada uno dos tiros sin tocarse, que haya heridas graves ó ligeras ó muerte de hombre? Es un gran insulto á la moral y al buen sentido, es un absurdo indigno de una sociedad culta.

Que un hombre se haya conducido bravamente en el campo de batalla, arrojado á las llamas, al agua, ante un asesino que iba á matar, todo por salvar á personas desconocidas, exponiendo su vida impulsado por su valor y su generosidad, gozará de la estima general y de la reputación de valiente. Pero si ese hombre tiene creencias religiosas, si sabe que la Iglesia condena y niega la sepultura, si cree en las penas eternas, no podrá, empero, retroceder ante un duelo, porque todas las pruebas dadas de su valor no le salvarán de la muerte moral de la sociedad, y se bate sabiendo que ofende á Dios y arriesga su alma. ¡ Ah, cuántos padres de familia, cuántos

hombres dignos, útiles y queridos, reciben la muerte de malvados que á veces cometen un verdadero asesinato, después de haber atentado á su honra! Y los testigos, impávidos, firman un acta en que declaran « que el honor ha quedado satisfecho », y se envía á los periódicos como noticia importante... Esas verdades manifiestas no corregirán á ciertos hombres y pueblos, como en Francia, de la insensatez que les pone las armas en la mano para dirimir sus querellas (1).

(1) En Inglaterra, el que se bate se deshonra, queda fuera de la sociedad, además del castigo de la ley. Allí todo se resuelve por libras esterlinas, y son tantas las que se imponen como indemnización al agraviado, que no quedan ya más ganas de ofender.

En Bélgica, país tan liberal, la sola provocación á un duelo se castiga con quince días á tres meses de prisión y multa de 100 á 500 francos, lo mismo á los que públicamente critiquen á quien haya rehusado un duelo. El que por una injuria cualquiera provoca, de un mes á seis de prisión y multa de 100 á 1,000 francos. El que, en un duelo, haga uso de armas contra su adversario, sin que haya heridas ni homicidio, de un mes á seis de prisión y multa de 200 á 1,000 francos. El que hiera á su adversario, de dos meses á un año de prisión y multa de 300 á 1,500 francos, y si las heridas han causado enfermedad, de tres meses á dos años y multa de 300 á 2,000 francos; la prisión será de seis meses á tres años y la multa de 1,000 á 3,000 francos si las heridas traen una enfermedad incurable ó incapacidad de trabajo, ó la pérdida del uso absoluto de un órgano ó mutilación grave. En caso de muerte, de uno á cinco años de prisión y de 2,000 á 10,000 francos de multa. El que excite á un duelo será castigado como los autores. Si el duelo no se verifica, la prisión de un mes á un año y multa de 100 á 1,000 francos. Los testigos, á prisión de un mes

XIV

La impresión que en Marina produjo la trágica muerte de Evreyc fué más de sorpresa y de contra-

á un año y multa de 100 á 1,000 francos. En el caso de nuevos delitos, al maximum, que podía doblarse.

En Alemania, el duelo se castiga con seis meses de fortaleza. Conocidos son los frecuentes duelos en las universidades, pero en ese país protestante, los alumnos católicos, que prueban su valor de otro modo, condenan el duelo.

En Rusia, no hay ley especial, pero el duelo se castiga severamente.

Es curioso remontar al origen del duelo, que viene del Norte, en que el punto de honra era el sentimiento enérgico de los germanos, que hacia decir á los romanos: *oprobrium un damnum barbarus horrem*, « el bárbaro teme la vergüenza mas que uada ». De esa costumbre de hacerse justicia por sí mismos, vino el *Juicio de Dios*, extraña idea de la justicia divina, y más tarde el *Combate Judicial* que se introdujo en Europa, tan combatido por el clero y los legistas. Luego, el *cartel* entre adversarios reemplazó el *reto solemne* de los combates judiciales. En el siglo xvi el duelo era muy de moda entre caballeros, que se batían por pretextos fútiles, siquiera establecieron ciertas reglas, y los testigos que antes eran simples espectadores y hacían observarlas, empezaron á tomar partido por sus amigos, así que degeneraban en verdaderas batallas. En los reinados de Enrique III, Enrique IV y de Luis XIII, había duelos, aun en las calles, lo que se prestaba á tender lazos. En Francia, como en Italia, las grandes casas mantenían espadachines, que *nutrían con sangre*, según la expresión de Richelieu, y en dieciocho años hubo cuatro mil duelos. A pesar de los edictos de Carlos IX, Enrique III, Enrique IV y Luis XIII, que eran muy severos, no fué posible impedirlos; y el mismo Enrique IV condenaba frecuentemente, por su conducta y lenguaje,

riedad, que de pena ; de sorpresa, porque nada hacía prever un fin prematuro, y de contrariedad, porque contaba servirse de él como de pabellón que había de cubrir la mercancía : su honra, que iba á ceder al mejor postor.

Pensando en que no le faltaban amigas que eran

sus propias leyes. Pero el terrible Cardenal Richelieu aplicó en todo su rigor esos edictos, algunos nobles fueron decapitados, y entre los jóvenes nobles disminuyó el duelo. También Luis XIV dió edictos severos, y disminuyeron más aún; pero después de su muerte, gracias á la tolerancia del Regente, volvieron á tomar incremento, y luego en el reinado de Luis XV, si bien renovó los edictos. La revolución que destruyó á Luis XVI produjo los duelos políticos, á pesar de lo que pedían á la Convención algunos de sus miembros. En el Imperio, se temió contrariar el espíritu militar de la nación. En la Restauración y después de la revolución de Julio, hubo proyectos de ley contra el duelo, que no llegaron á votarse; pero en 1837, el Tribunal Supremo declaró que al duelo eran aplicables los artículos del Código Penal. Hoy piden muchos en Francia que así como el duelo está condenado por la religión y la moral, lo sea también por una ley especial. En tanto, cuando por algún motivo, los tribunales juzgan hoy un duelo, se limitan á verificar si ha sido leal, y en este caso no hay condenación.

Hace cuatro días que un diputado de la Cámara austriaca pidió se censurase al Ministro de la Guerra por no impedir los duelos entre oficiales, y el público de las tribunas aplaudió; otro diputado le gritó: « cobarde », el Presidente le llamó al orden, bien que, añadió, comprendía su indignación.

Los adversarios se reconcilian á menudo en el terreno. Bien que no se tratara de duelos, es bueno citar lo que Santa Teresa respondía al Padre Gracián sobre si el ofendido estaba obligado, en la hora de la muerte, á reconciliarse con el ofensor. « Porque es » terrible cosa no hacer en aquella hora lo más seguro sino acordarse de puntos de honra con peligro de la salvación ».

bien recibidas, felices y que gastaban un lujo que no salía de las arcas de sus maridos, creyó que tampoco habría motivo para que no fuese aceptada como las que con tanta desenvoltura olvidan sus deberes, la moral y Dios, gozando impunemente del precio de su deshonor. Pero, viuda y sin que su familia tuviera un caudal que justificase el lujo de que por nada habría de privarse, era imposible que no se supiera de dónde le venía, y se la tiraría la piedra. Porque los dos pesos y dos medidas serán siempre verdad; y lo que se perdona á la mujer que tiene marido, se vitupera y afecta despreciar cuando no lo tiene, como si la fealdad del proceder no fuera la misma.

Por el pronto, y en tanto maduraba cómo había de resolver la cuestión, comprendió que su deber y su interés eran vivir apartada de la sociedad, vestir luto riguroso, y que las apariencias fueran tales que se apreciase su actitud. Y pensando en el conocido *reculer pour mieux sauter*, « retroceder para saltar mejor », esperó con disimulada impaciencia el momento anhelado.

Si antes no podía haber por Evrecy simpatía alguna, su conducta en el juego, su serenidad en el combate y su horrible muerte hicieron que se hablara de él

con la justicia que merecía, si bien recordando al mismo tiempo la deplorable conducta que le había llevado á un fin tan desgraciado.

En cuanto á Marina, como con los vivos se tiene menos indulgencia, todos hablaban del atolondramiento de su vida, de sus excentricidades, vanidades y amorios, sin que á nadie se le ocurriese una palabra de agradecimiento por los placeres que había procurado á los mismos que ahora la motejaban. Y como todo cansa y se olvida pronto, no pasó mucho tiempo sin que nadie hablase más de ella.

La virtuosa madre de Evreecy, cuya vida fué verdadero suplicio desde que al emanciparse su hijo vió malogrados su cariño y sus esfuerzos para hacer de él el digno caballero que había sido su padre, transpasada de dolor de perderle, y de perderle sin los auxilios de la religión, se retiró á un convento á orar y á implorar de Dios su misericordia.

Lelia supo aterrada que Evreecy había muerto sin confesión, y pensando en su alma rezó conmovida por él; y cuando recibió, como todos, el aviso impreso de su muerte, envió su tarjeta á Marina.

XV

Si la enfermedad de Villedieu le había minado de modo que ya no era posible salvarle, se observaba, por otro lado, que parecía ir teniendo conciencia de lo que le pasaba. No se le había privado de repente de beber, sino que poco á poco se le fué disminuyendo la dosis para que la brusca privación no produjese un resultado funesto é inmediato. Ninguna atención, por mínima que fuera, era descuidada por ella. Él no articulaba palabra, pero seguía con ojos fijos los movimientos de Lelia, y parecía sensible á lo que le decía.

Así pasaron algunos días, hasta que Lelia tuvo el consuelo de ver que hizo un movimiento como si quisiese darla la mano. Ella se la dió muy conmovida. « ¿ Quieres unirme con el pensamiento y piadosamente á la oración que voy á decir por tu intención, á fin de que Dios nos asista ? » Él dijo que sí con la cabeza, y ella se puso de rodillas y recitó una de esas hermosas preces en que, sin hacer aún alusión á la muerte, se eleva el alma á Dios, afirmando sus creencias é implorando su divino auxilio.

Así siguió cada día, pero sin fatigarle, esperando siempre que había de llegar un momento en que, reconociendo su culpa, pidiere perdón, no á ella, sino á Dios; porque la salvación de su alma era lo único que la preocupaba el día y la noche, y aunque no deseaba su muerte, sabía el peligro y temía que partiese de este mundo sin reconciliarse con Dios.

XVI

El alcoholismo había alterado el sistema nervioso, el hígado y los riñones, sin que el opio y demás remedios fueran parte á aliviarle ni á destruir el tumor que se le había formado en el hígado. Y aun cuando tantos esfuerzos le hubiesen salvado y se hubiese también logrado que cesase de beber, los hombres de ciencia, fundados en la experiencia, dicen que es seguro que al poco tiempo se vuelve á beber inevitablemente: « el que ha bebido, beberá », dice el proverbio.

El médico, sin entrar en detalles de la complicación de la enfermedad, anunció que una catástrofe era inevitable. Lelia fué en seguida á decirlo á la

Duquesa y al Barón, que desde entonces fueron todos los días á pasar algunas horas con ella.

Dios veía su dolor, escuchaba sus plegarias porque su esposo no dejase el mundo, si tal era su divina voluntad, sin estar en la plenitud de su razón y con el alma en Dios. Hizo su misericordia que á medida que el fin de Villedieu se acercaba, su inteligencia se despejara y su corazón se conmoviera. Ya decía cosas cuerdas, y no hacía más que buscar la mano de Lelia, estrecharla y tenerla cogida todo el tiempo posible.

Consolada con esa mejoría, todo su ahinco fué ya ponerle bien con Dios, sin aspavientos ni prisas que le asustasen. Pero él mismo parecía comprender su gravedad, y al fin dijo :

— Siento que voy á morir.

— Sólo Dios sabe el día y la hora ; pero si crees que te avisa haber llegado la tuya, pienso que, al decírmelo, es porque deseas confesarte.

El esfuerzo de hablar y la vergüenza que sentía pensando en lo que había ofendido á Lelia, hacían que hablara muy turbado y lentamente.

— Y porque vas á verte libre de mí.

— No creo quieras agraviarme ni como cristiana

ni como esposa, que ambas cosas me tendrán siempre á tu lado, y cumpliré con mis deberes.

— Te he hecho muy desgraciada con mi ingratitude y mi conducta; dame tu perdón, cree que mi pena y mi arrepentimiento lo merecen.

— El perdón y el arrepentimiento han de ser para con Dios. No pienses en mí, que nada te echo en cara; y si Dios te mueve el corazón, que sea para elevarlo al Altísimo y para unirme contigo á orar, ya te llame á sí, ya te salve. Si no lo quiere así, mis preces no te faltarán un solo día, y si te conserva la vida hallarás siempre en mí los cuidados que reclame tu estado y el consuelo que necesites.

— ¡Dios te bendiga, alma cristiana!

— Tú eres cristiano y creyente también; piensa en ello y decide lo que quieres hacer.

— Pues bien, haz venir al confesor y no me abandones, Lelia mía.

XVII

Después de tantos desengaños, de tantas amarguras, de tanto sufrir y de tanto callar, ningún consuelo

mayor podía hacerle el cielo, que ver á su marido enmendado, y, sobre todo, deseando reconciliarse con Dios. Porque habría sido una angustia eterna para ella, haberle visto morir, pensando en que del pecado pasó al vicio, y de éste á la eternidad, sin haber recobrado la razón, y que su último pensamiento y su última esperanza fuera Dios. Dándole gracias por haberla oído, fué ella misma á citar al confesor, y en seguida á ver á la Duquesa y al Barón para que la felicitaran de haber sido escuchada del cielo.

El confesor era un jesuíta amigo de la casa, y como tal hizo su primer visita. Con ese tacto y saber que les distingue, no trató en ella sino de cosas indiferentes, que distrajeron á Villedieu, y así pudo darse cuenta del estado de aquella cabeza, que estuvo á punto de ahogarse en el alcohol. Al despedirse, le pidió Villedieu volviese á verle, y prometió ir dos días después.

Fué, en efecto, y Villedieu habló el primero de Dios, de lo que se aprovechó el padre jesuíta para extenderse en consideraciones generales sobre los beneficios y consuelos de la religión en este mundo y de la bienandanza en el otro, si se muere en estado de gracia. Tres veces fué en una semana á verle,

acentuando y ampliando cada vez más las verdades eternas, y observando gozoso que Villedieu le escuchaba con atención conmovida, y que cuando se atrevía á interrumpirle, era para reconocer humildemente sus faltas, la sinceridad de su arrepentimiento, el dolor de haber ofendido á Lelia y la esperanza de morir consolado con su perdón.

Como por otro lado, el mal se agravaba, y el doctor no le daba ya sino pocos momentos de vida, se creyó el momento de confesarle. Una hora pasó en la confesión, mientras que Lelia estaba en la pieza contigua. Al salir el padre jesuíta, la cogió la mano: « Puede usted estar contenta y tranquila; Dios ha de tener en cuenta esta muerte verdaderamente cristiana, y cumplo con el encargo de pedir á usted le perdone para que no le falte ningún consuelo al ir á comparecer ante Dios ». Lelia, sin vacilar, con esos impulsos de su alma que, como se ha dicho, tenía algo de divino, se adelantó á la cama, le cogió la mano, la besó y le bendijo. Villedieu respondió con lágrimas y bendiciones á su vez, diciendo: « ¡Bendito seas, Señor, ya puedo morir tranquilo! »

Pocas horas después recibió el Viático. Á esta triste y conmovedora ceremonia asistieron, además

de Lelia y sus padres, la Duquesa, el Barón y los criados. Lelia respondía con acento angelical á las preces del sacerdote, que si estaba preocupado de su ministerio y del fervor de Villedieu, no podia dejar de admirar la encantadora virtud de Lelia.

En la noche se agravó el mal de modo que fué preciso llamar al doctor al amanecer, el que le dió pocas horas de vida. Desde ese momento estuvieron á su lado el sacerdote y Lelia; y ya el uno ya el otro, recitaban las oraciones para morir bien; el uno con la majestad del ministro del altar, la otra con acento tierno y sonoro, como eco de los Arcángeles que enternecidos la miraban. Villedieu, con el Cristo en la mano derecha, apoyado al corazón, y la izquierda en la de Lelia, entregó su alma á Dios. Lelia le vió morir y prorrumpió en sollozos; no eran lágrimas de amor, eran de conmiseración, porque si siempre es triste ver morir, más debía serlo al tratarse del que le habia dado su nombre; eran lágrimas de reconocimiento á Dios por haberle curado y salvado su alma, que fué en los últimos tiempos el constante dolor de su privilegiado corazón, que se quebraba con sólo pensar que no moriría en estado de gracia.

Á nadie se convidó al entierro. Después de la misa

de cuerpo presente, se llevó el cadáver al cementerio, seguido de un carruaje de luto en que iban Lelia, sus padres y la Duquesa, que no siguieron á pie, porque en el estado en que se hallaban no podían ir á tan larga distancia como *Le Père la Chaise*, y en otro el sacerdote y el Barón. Allí dijo el párroco las últimas oraciones, y Lelia fué la primera que echó un puñado de tierra sobre el ataúd que encerraba al que no estuvo jamás á su altura, que murió sin sospechar el heroico silencio del vacío que la martirizaba, cómo cumplió con sus deberes, y que no comprendió la dicha de estar al lado de un ángel cuyo corazón é inteligencia deberían haberle enorgullecido y de su mansión hacer un pequeño paraíso terrestre. ¡Pobre Lélia!

El conde de Caubeil creyó prudente ausentarse, y se fué á viajar por un año con la esperanza de ser un día el feliz esposo de Lelia, y se marchó sin decirle á la Duquesa y al Barón, que bien lo sospechaban y no veían por qué no podría realizarse.

SÉPTIMA PARTE

I

Un año había pasado.

Marina, con esa fuerza de voluntad que ponía en todas las cosas, había cumplido con la palabra que se dió á sí misma, de eclipsarse durante un año. Ese reposo forzado había remozado su limpia tez; sus ojos no habían perdido el brillo de que seguía sirviéndose para atraer acariciando; su lindo busto había tomado carnes, no más que lo bastante para hacerla una regordeta muy agradable. Pero esto la alarmaba, y observando la precaución, tan general hoy en las damas, de suprimir la sopa, se privaba de este alimento sano y agradable, aplicándose á la vez esa faja de flanela, de reciente invención, con capa de ciertos menjurjes, que se pone en la parte que se quiere adelgazar, sin pensar en el funesto ejemplo que ofrecen las damas que, con otros reme-

dios, han perdido la salud, muchas para siempre. El luto le sentaba de perlas; aunque de lana y sencillo, estaba muy bien ajustado y lucía sus correctas formas. No tenía más adornos que un broche y un brazaletes de azabache, nada en su hermoso pelo, sino el rabito enroscado hacia delante que las damas llevan ahora en la cima de la cabeza, y llaman nudo griego. Al lado izquierdo del busto tenía prendida una sutil cadenita de oro que ataba á un escarabajo verde dorado, que parecía un alfiler colocado allí por capricho; pero luego se sorprendía la vista, ya que echaba á andar sobre el seno palpitante de su graciosa dueña.

Ésta pensó ya en que era llegada la hora de llevar á cabo sus planes, y dirigió cuatro esquelas á antiguos amigos ricos y galanes — no le gustaban los pobres — que siempre la habían admirado y cortejado, en papel de luto, con perfume que no olía á muerto sino á lirio de Florencia.

« Querido amigo :

» El tiempo transcurrido desde la muerte de mi pobre esposo, me autoriza ya á pedir á mis antiguos y buenos amigos, que vengan á verme; y como usted

fué uno de los más constantes y afectuosos, le pido venga á verme pasado mañana entre tres y cuatro.

» Amistades.

» COULANS-EVRECY. »

Señaló á cada uno un día para hablar á solas. Ya no tenía el pie desnudito, sino con media de seda negra calada y un escotado zapato de raso negro, y en vez del cojín negro, tenía uno de raso azul triste para hacer resaltar lo negro de su calzado. No le arredaban las escudriñadoras miradas de sus nerviosos admiradores, y lo dejaba contemplar á su sabor, cuando otras damas, que tanto cuidan el lujo de las medias y calzado, retiran el pie cuando se fija en él la mirada, sin que uno sepa siempre si es pudor ó miedo de la crítica. Apenas puso el sello al lacre negro de sus cartas, se miró al espejo y las envió.

II

En el modesto saloncito que los padres de Marina le habían cedido para ver á sus amigos, fué recibiendo sucesivamente á los cuatro pichones de su



elección, á ver cuál era el que más bonitas plumas tenía y se dejaba pelar más fácilmente.

Todos acudieron presurosos, todos manifestaron el mismo entusiasmo, los mismos agasajos, las mismas esperanzas; pero todos eran corridos redomados; y sabiendo que ya Marina no tenía ni un rabinillo y que conservaba la sed de oro y el afán de los placeres, á ellos les tocaría satisfacer esos apetitos en cambio del amor que diría sentía por el mejor postor.

Tuvo la suerte de que el que parecía más enamorado, era el más rico, y á él dirigió principalmente sus baterías. Á la coquetería innata de la mujer, añadía las artimañas de sus instintos, de su precoz experiencia, todos esos atractivos indefinibles, esos encantos seductores que trastornan, embobecen y embriagan los sentidos de los hombres, aun cuando el amor verdadero no tenga que ver en ello, y no hay reflexión ni recato que contenga ni caudal que no se derroche.

No hay más que ver lo numerosos que son los que así obran con cortesanas descocadas, que indignan á la gente de bien por el lujo que ostentan; y así se sigue en menor escala hasta los que poseen

bienes modestos, porque los extravíos son los mismos.

Y cuando se trata de las damas acusadas de cosa tan fea, ya se ha visto que sea que se las vitupere y desdeñe, sea que se las burle, ni los que las desdeñan ni los que las burlan, las rechazan de su seno, antes bien las buscan y acogen, porque están escudadas del marido.

Marina no lo tenía, y era evidente que siendo pública su ruina, y volviendo de repente al lujo, todos habían de saber en seguida quien era el protector, y su viudez la hacía vulnerable á los dardos de los que gozaron de sus fiestas y la invitaban á las suyas. Si al enviudar no se hubiese visto arruinada, aún cuando el caudal no le hubiera venido de su marido, sino de un protector, no se habría hundido, y la gente habría seguido fingiendo que el caudal pertenecía al esposo y continuando en acudir á sus fiestas: esa era nueva ocasión de que la sociedad mostrara los dos pesos y dos medidas.

Los caudales colosales que se improvisan hoy, ya por especulaciones grandemente atrevidas, que han tenido éxito, ya por la industria, el Banco, ó por las minas que surgen en las cinco partes del mundo, ha-

cen que los afortunados busquen en las satisfacciones del amor propio ó de las pasiones, tantos otros goces que se alcanzan con el dinero.

Tal era el caso de un advenedizo extranjero, un señor Fingal, muy conocido ayer en su casa y hoy en casi toda Europa, por la rapidez de su colosal fortuna, de su boato y de sus generosidades, que le abrieron las puertas de todas las casas elegantes, como él abría las suyas, en que su mujer hacía los honores á tanta dama encopetada. Siempre había gustado mucho de Marina, pero como no era título — ya lo tendrá y será Gran Cruz y cuanto él quiera — ni daba el tono como Labennes, prefirió á éste no necesitando entonces dinero.

Ahora, la situación era diferente, y no tardó en arregla con Fingal *el negocio*, sin timidez ni pudor alguno. Le compró un bonito *hôtel*, entre patio y jardín, lo hizo amueblar ricamente por el tapicero Pennón, le regaló un cierto número de alhajas, que los joyeros son los primeros en saber á dónde van; y á ellas añadió diamantes falsos, que á tan grande perfección han llegado, diciéndose, quizás con razón, que se inventaron para mezclarlos con los verdaderos, en cuyo caso no es fácil descu-

brirlos. En cuanto á las perlas, si antes no á todos se engañaba, y que cuando solían caer al suelo por haberse roto el hilo, se hacían pedacitos al pisarlas, poniendo coloradas á sus poseedoras, hoy su perfección y dureza han llegado á un punto asombroso, que sólo con el examen en las manos de los peritos pueden descubrirse. Lo que se han enriquecido los fabricantes, prueba cuán grande es el número de las perlas y diamantes falsos que se ven en los salones. Le dió también coquetos carruajes de Mühlbacher, con todo lo demás para una rica instalación: así veía satisfechos á la vez sus pasiones y su amor propio, que, en general, es ya lo único que preocupa á los que, como ya se ha dicho, no saben que hacer con tanto dinero.

III

Seis meses después estaba la casa pronta, y Marina no se lo hizo decir dos veces, yendo en seguida á tomar posesión con un contento que no parecía sino que gozaba por la primera vez de lujosa instalación. Se deshizo de los objetos de luto, porque no

quería que lo negro turbase la armonía de los brillantes colores de las ricas telas que cubrían todas las piezas. Ningún detalle faltaba en ellas, pues Fingal había pensado en todo, y todo era de buen gusto, como que lo había confiado á artistas renombrados. Ella examinó todo con fruición, pareciéndole mentira haber recobrado el lujo y salido de la modesta casa de sus padres, que no ofrecía distracción alguna. Su madre vió una vez más que sus consejos de ser « fin de siglo », y no reparar en nada para alcanzar el dinero, habían dado sus frutos, quizás más de lo que esperaba. Marina se echó en brazos de Fingal, jurándole gratitud y cariños eternos, lo que á él le halagaba tanto más que ella le había siempre cautivado, y ahora sus hechizos le tenían más cogido todavía. Si los que gastan tanto dinero con cortesanas, se muestran tan anchos de que lo sepa el público, y tan embelesados con sus arrumacos y placeres, mayor lo estaba Fingal, ya que se trataba de una dama de veras, guapa y que había estado tan á la moda, recordando los tiempos en que las veía solamente en la calle y espectáculos, y no podía soñar tratarlas en los salones y ser protector de una elegante.

Tanta alegría no alejaba á Marina del pensamiento de cómo sería recibida en la sociedad. Bien sabía lo bien acogidas que estaban las que se hallaban en su caso, pero con el pabellón del marido; mas temía, con razón, que el no tenerlo y saber de dónde venía lo que había vuelto á poseer, hicieran que la gente escrupulosa, las antiguas rivales y las envidiosas, quisieran echarla de severas y entredecirla.

Resolvió tentar el vado dejando tarjetas con su nueva dirección á las numerosas relaciones que había tenido, y esperó con febril impaciencia á ver quiénes las devolvían. Grande era su desconsuelo al llegar cada tarde del paseo — en donde algunas fingían no reconocerla y otras se cubrían con la sombrilla, cuando antes acudían á sus festejos — y no encontrar una sola tarjeta, excepto las de los hombres que deseaban seguir tratándola como siempre. Era indudable que, sin ser una cábala, habían pensado lo mismo las damas realmente virtuosas, las falsas amigas y las que, como tantas otras, sin ser modelos de virtud, no vivían con lo adquirido vergonzosamente, y creían hacer buena figura lamentando lo que Marina hacía y declarando que no era posible continuar cultivándola. Y luego, no había

acontecido con Marina lo que suele suceder con otras de su laya, que tienen, por otro lado, cualidades muy apreciables que hacen lamentar vayan paralelas con una conducta deplorable; y como no había dejado ningún recuerdo simpático, así como nadie la compadeció en su ruina, nadie sentía ahora por ella más que desdén y alejamiento.

IV

Pasaron tres meses sin que Marina viese á su puerta ni la cola de un solo carruaje de las amigas elegantes que la visitaban, ni una tarjeta por cortesía. Estallaron su ira y su despecho contra todas, amigas ó conocidas, rabiaba y lloraba á la vez, siendo ésta la luna de miel que ofreció á Fingal. Él la compadecía, pero en el fondo se alegraba que Marina no continuara en ese turbión mundano, que le privaría de estar con ella á sus anchuras y á la hora que quisiese, que serían muchas, pues esas relaciones alejan casi siempre á los hombres, lo más que pueden del hogar doméstico, en donde, si no se aburren, no encuentran las distracciones y mimos engañosos de las mujeres

vendidas. Deseaba, sí, que la frecuentaran hombres bien nacidos, pero esos *viveurs* que saben todo lo que pasa cada día, que no hay historieta ó escándalo que no propalen y comenten, lo que tanto le divertiría, como ya le divertía Marina, refiriéndole lo que sabía, que era mucho, si bien todo lo salpicaba con sus agudezas, y exageraba ó inventaba para dar mayor sabor á sus sucesidos, y distraer más á Fingal ; preocupación perenne de las que temen perder el rico pan cotidiano, y á él le encantaban, como á todo advenedizo que penetra en la sociedad, sea para conocer lo digno que ofrece, sea para saber sus debilidades ó sus escándalos.

V

El temple del alma de Marina no era de los que sucumben al deshonor, que llevan al claustro, á morir de pena ó, lo que es peor, al suicidio. No comprendía por qué había de ser deshonor para ella lo que en otras se toleraba ; y no admitía la diferencia que se hacía entre la que tiene ó no marido, siendo idéntica la conducta. En lo cual tenía grandemente

razón, desde el punto de vista de la moral; pero la sociedad ha establecido sus reglas y hay que observarlas, siquiera las haya que no resistan á la lógica y á la justicia.

Pasaba el tiempo, y nada hacía esperar cesase el vacío que se había formado en torno suyo, y no desconocía cuántos comentarios se harían y hasta cuántas cosas se inventarían. Pero era imposible luchar; habría sido la guerra entre la jarra de barro y la de hierro, en que sucumbiría aplastada por la unanimidad del desvío y lo duro de los juicios. Pensó en la venganza; pero, ¿cómo había de ser?

Si Marina era tan rápida en la concepción como en la ejecución de sus proyectos, sobre todo cuando eran malévolos, en esta vez tuvo que atenerse á lo primero. Porque lo que imaginó fué escribir una novela en que haría trizas la reputación de las que se hallaban en su caso, cayendo duramente sobre los maridos tolerantes ó cómplices de esas generosidades, con el aditamento de tantas anécdotas como sabía, de sus agudezas y de los atrevimientos que le eran propios. Si no podía hacerla tan bien como deseaba, ya se haría ayudar de alguno de esos escritores que alquilan su pluma para lo que se quiera.

Sería una novela á *elef*, que así se llaman las que contienen, con nombres inventados, personas y hechos tan transparentes que dan en seguida la *llave* para saborearlos. (1) Por el pronto, á nadie habló de su proyecto, y se puso á escribir cuartillas con esas letras tan grandes que las elegantes han puesto de moda.

VI

Ya no le quedó sino pensar en los elementos con que podría formar su sociedad. Con los hombres podía contar, aun muchos casados, pues á todos gusta tener una casa en que puedan entrar y salir sin gastar muchos cumplidos, reunirse á departir libremente, encontrar buena mesa, buenos vinos, exquisitos habanos y jugar á las cartas, llevar y oír sin escrúpulos cuanto pasa en este París, tan fecundo cada día en acontecimientos y tan olvidadizo de ellos en seguida.

La sociedad de mujeres era más difícil. Por fortu-

(1) En estos días se ha publicado una novela de este género; y como todo lo que es escándalo se acoge con avidez, en pocos se han agotado varias ediciones, y no se ha hablado de otra cosa.

na, el número de *déclussées* ó declaradas fuera de la sociedad, es muy exiguo, pero con ese grupito daría un atractivo á su casa, y entró en relaciones con las que antes, siguiendo en esto á la sociedad, no había querido tenerlas; alguna había hermosa y de ilustre cuna, que había caído más abajo que Marina, si es posible.

La gente mundana y alborotadora no se cura de la parte sana de la sociedad, de los miles de familias virtuosas que hay en todas las clases, que practican y callan sus virtudes, porque las inspira el afecto, el deber y los sentimientos religiosos, en lo que encuentran su mejor recompensa; descollando la caridad que hacen de la Francia un país eminentemente generoso, en que su asombrosa riqueza se derrama sobre los necesitados con una espontaneidad de que es preciso dar testimonio cada día para encarecerla como se merece.

Fingal encontró todo de su agrado, se prometía buenos ratos en la casa, y ya se veía lo que á ese advenedizo le lisonjeaba se supiese la naturaleza de su amistad con Marina, y que á él le debía el lujo que ostentaba.

Mientras más avanzaba el tiempo, más veía Ma-

rina la imposibilidad de recobrar su posición social, y acabó por tomar su partido; convenir en que ya no era sino una *déclassée*, y llevar la vida como ellas. No la afligía la idea de la ofensa al cielo, de haber perdido el honor, sino la pérdida de su posición. Nacida con malos instintos, sin sentido moral, educada por una madre que veía en el dinero el único objeto de la existencia, era claro que había de ser lo que ya apuntaba en la conversación que tuvo con Lelia en el bosque de Saint-Germain, que tanto asustó á esta santa y que no olvidó jamás: todo hacía, pues, de Marina una mujer despreciable.

« ¡ Ah ! j n'insultez jamais une femme qui tombe ! »

dice Víctor Hugo.

De acuerdo ; y ya Jesucristo lo dijo cuando defendió y perdonó á Magdalena. — Pero hay manera y manera de caer ; la que cede á la pasión rayana de la demencia, á los horrores de la miseria, á las tinieblas de la ignorancia, si ha obrado mal, hay una explicación dolorosa ; y frecuentemente se ve que las que así caen, se arrepienten y siguen á Jesús, como hizo Magdalena. — Pero no puede haber tolerancia ni indulgencia con las que sólo mueve el vicio, la vani-

dad, la sed de oro y los placeres, para perder alegremente el honor, olvidar lo que se deben á sí mismas, á Dios, y entregar su alma al diablo que las secunda en sus aspiraciones. Á Marina, hundida por sí misma, se la echó en el olvido como si hubiera muerto.

VII

Pocos días después de la muerte de Villedieu, se fué Lelia á establecer en el convento de la Asunción, en Passy, confiando sus intereses al Barón. Ni éste ni la Duquesa contrariaron su determinación, comprendiendo que el reposo y aislamiento convenian al estado de su alma, si bien sintiendo se alejase de ellos; pero solía venir á verles á París, ó cuando sus asuntos exigiesen su presencia.

Su alma creyente, confiada á Dios, pudo en la soledad de aquella morada entregarse á la contemplación de las tristezas de la vida. No gustó de sus alegrías, bien que las que anhelaba eran tan cuerdas y legítimas, que esperaba alcanzar; porque nada había en sus deseos que no fuera, como se ha dicho, la satisfacción de un alma amante y sensible y el

cultivo de la inteligencia. Tal era su ensueño desde antes de casarse, y jamás la turbó lo que casi siempre se apodera de la imaginación de las jóvenes : el brillo y la vanidad.

El estreno de su nuevo estado fué contemplar la desilusión, pero creyó encontrar en el cumplimiento de su deber la distracción á su desencanto. Á medida que pasaba el tiempo, se robustecía y avasallaba su corazón ese deseo de amar que rayaba en lo sublime por su fuerza y en lo celestial por su pureza. Y así y todo, creía que era pecado consagrar un pensamiento á felicidad tan sin igual, cuando su deber era no amar sino á su esposo, é imploraba del cielo la fuerza de desechar todo lo que pudiera apartarla de su deber, siquiera fuese mentalmente. La oración aliviaba su dolor, el no haber posado los ojos en un ser que la hiciera culpable mayormente, le daba una tranquilidad relativa. Pero cuando trató familiarmente al Conde, contempló su brillante personalidad y el mérito de su ilustrada inteligencia, su turbación fué extrema, sus escrúpulos mayores y su conciencia angustiada, llegó al paraisimo del dolor. Llegó hasta creer que el Conde era una sugestión de Satán, y su corazón aterrado decía *vade retro* al hombre á

quien habría dicho transportada : « ¡yo te adoro! » si hubiese sido lícito quererle.

Ahora, Dios la había hecho libre y habría podido sin escrúpulo amar al Conde, ser su esposa y pasar la vida en la bienandanza que merecía. Esto era muy natural, esto suele acontecer; y cuando se va nuevamente al altar con la conciencia limpia y una dicha honrada, Dios aprueba y la sociedad aplaude. Así lo vió Lelia en otras; pero sus escrúpulos llegaron á un punto que parecía increíble á los ojos que no podían penetrar en el santuario de ese alma privilegiada. La idea de que, estando casada, pudo turbarse su corazón con la presencia del ser que habría podido llenar sus legítimas aspiraciones, siquiera pidiese al cielo el día y la noche apartase de ella la imagen del Conde y que no le ofendiese, ni á su esposo tampoco, le hacía imponerse una expiación para alcanzar el perdón de Dios. Una vez tomada su resolución, solo Dios podía quebrantarla, y Dios parecía no quererlo.

VIII

El Conde daba en tanto la vuelta al mundo, haciendo largas travesías, contemplando la bóveda del cielo y el piélago profundo, que tanto se prestan á la meditación, sin importunos que la turben, placeres que provoquen ni ambiciones tentadoras.

Su amor por Lelia había crecido con la ausencia hasta un punto de que él mismo se asombraba, recordando los triunfos de su vida en que el corazón no tenía que ver nada en ellos, mientras que ahora lo sentía conmovido, agitado y desgraciado por la fuerza é intensidad de lo que sentía.

Si es una verdad que la ausencia suele matar el amor, por más deseos que haya inspirado y grande su sinceridad, pues como decía Napoleón: « la sola victoria contra el amor es huir », eso no rezaba con el Conde, que no huyó para olvidar sino para esperar. El respeto á Lelia, lo que debía á la sociedad, la necesidad de calma para meditar sosegadamente antes de obrar, y el deseo de asegurarse á sí mismo que no era pasajera esa pasión y había de consagrar sus días á procurar á Lelia la paz del alma y el con-

tento que merecía, le decidieron cuerdamente á ausentarse un año.

Todo lo que sentía, toda reflexión le llevaba á ella con entusiasmo fortificado por su razón; y al contemplar en su imaginación aquella bonita y apacible cara de Lelia, penetrando su vista en las bellezas de su alma, en cuyo soplo parecía haberse complacido el Creador, sentía en la suya bellísimas y profundas emociones, algo como inspiración del cielo, y renacer en toda su hermosura las creencias en que fué amamantado, echadas en olvido por los goces, triunfos y aplausos que había alcanzado. Pensó en Dios con amor y gratitud, y puestos los ojos en el firmamento, juró que si Lelia le aceptaba, á ella consagraria su alma y su existencia.

Pensaba en que Lelia había de desear, á lo menos en algún tiempo, el reposo y aislamiento que necesitaba después de tantos desengaños, angustias y escenas dolorosas; y él, que había detestado siempre el campo, no comprendiendo la vida sino en la febril y desatentada del círculo en que vivía, hasta el punto de ser como un amigo del autor, que era entusiasta de Rossini y cantaba muy bien, que decía que tenía tal horror por el campo que no iba nunca á oír *Guis-*

Hermo Tell, porque todo pasaba en el campo; él, que así pensaba, ya se veía aislado en un castillo con hermoso bosque y lindos jardines, sin más compañía que los brazos de Lelia, sus discretas é ilustradas conversaciones, la lectura de los libros que encerrase su biblioteca, las composiciones que harían ya juntos, ya separadamente; y á Lelia socorriendo á los pobres de la comarca, protegiendo á criaturas de ambos sexos que fueran á escuelas católicas, y no á las que han suprimido á Dios; y él, protegiendo también y aconsejando á los aldeanos, paseando del brazo con Lelia en prados esmeralda, oyendo el balido de las blancas ovejas, de las saltadoras cabras, los respingos de los potricos, las vacas pacíficas, paciendo y rumiando en aquel silencio adorable del campo, en ese ambiente puro, y no en el viciado de las calles de la ciudad, y contemplando al sol en todo su esplendor, en que antes no paraba mientes, y que ahora le recordaba al poeta :

« ¡Sol; oye: si mi mente
Alta revelación no iluminara,
En mi entusiasmo ardiente,
A tí, rey de los astros, adorara » (1).

(1) El poeta Heredia, cubano, que murió en Méjico en 1839.

La transformación moral que la virtud y encantos de Lelia habían operado en el Conde, tenían necesariamente que hacerle volver la vista atrás y contemplar y aquilatar lo que es la sociedad, y pasar del recuerdo de la embriaguez que embargaba su imaginación, al desdén y á veces al horror de lo que recordaba. Alejarse de ella, vivir con Lelia en el campo, le aparecía como la suprema felicidad precursora de la gloria. Y, sin embargo, á ese retiro no le llevaban, como á tantos otros, penas y engaños, pues no gustó en la sociedad sino triunfos y vanidades.

Es indudable que los que viven por su voluntad en el campo, entregados al cultivo de sus tierras, y abandonan para siempre las capitales, llegan á gozar de la tranquilidad y bienestar moral que es posible en este mundo. Estos son pocos, y vale más que sea así, pues si se diseminasen los ricos, faltarían los elementos que forman en las capitales la unidad y la fuerza, el brillo y prestigio necesarios á todo país. Otros hay á quienes reveses de fortuna ó desgracias que quieren llorar ignoradas, los lleva á vivir en el campo; pero los que se refugian en él sólo por amor, son muy raros, como era raro el caso que preveía el

conde, pues Lelia valía la pena de que el que fuese amado encontrase, en donde ella estuviera, el paraíso terrestre. Los que sin medios para vivir en la ciudad, dicen que se conforman con « un corazón y una bañía », son cándidos enamorados que, al intentar realizar esa quimera, ven sus ilusiones caídas en los trances de la realidad.

El Conde no tenía la edad proveya que permite hablar con autoridad de las tristezas del mundo, ni estaba agriado por desengaños prematuros; pero tenía un espíritu de observación tan innato que, á pesar suyo, penetraba, casi siempre con acierto, el móvil de lo que veía y oía, y á veces no era para formar de la humanidad un juicio lisonjero. Si solía dar testimonio de lo que la ensalzaba y le conmovía, frecuentemente sentía decaer el ánimo ante tantas debilidades, injusticias y falsedades.

Hasta entonces había sido mimado de la suerte cual ninguno, pero no había parado mientes en que podía llegarle su hora de contrariedades y desengaños, quizás como castigo del cielo por sus triunfos ilícitos ó por la envidia y venganza de malquerientes. Hubo en él una reacción, no por falta de valor para afrontar las adversidades ni para combatir á los ene-

migos que pudieran surgir, sino por el avaloro exacto de lo que es la sociedad, en que están entreverados las virtudes y los vicios, la tolerancia y roce con seres indignos, los dos pesos y dos medidas y el vassallaje á que, con raras excepciones, se someten al prestigio de la posición ganada por la audacia del caudal mal adquirido.

Esas observaciones se presentaban ahora en toda su nitidez á su clara inteligencia, cuando antes, en la indolencia de su vida, en la embriaguez de sus triunfos, su indignación se limitaba á una reprobación anodina, y se agolpaban á su mente tantos hechos innobles, cuya desvergüenza le levantaban en peso y estallaba como si quisiera castigarlos.

Su alma estaba tan poseída de Lelia, que en esa reacción veía su influencia bienhechora para que, al echarse á sus pies y pedirla su mano, apareciese purificado por un amor legítimo y tan bello, que le limpiaba, por el arrepentimiento, de todo lo que había hecho en su vida mundana, viendo en Lelia el ángel que le rescataba por el afecto que le había inspirado. Tan purificado se creía, que renegaba de sus conquistas; y lejos de los que se envanecen con su recuerdo y de referir el dicho inmoral de que, en pun-

to á conquistas, *il vaut mieux avoir de remords que de regrets*, « que vale más tener remordimientos que sentir haberlas hecho », se arrepentía y sentía el vacío que le había dejado obrar mal, y hasta no haberse conservado en estado de gracia para entregarse sin mancha á la pureza de Lelia. Allí, entre el mar y el firmamento, no tenía eco su pasión, consuelo la ausencia, ni aprobación su arrepentimiento; pensaba en Dios, le pedía tiernamente su misericordia y creía que Lelia oía en aquel momento el eco de sus humildes plegarias, veía la fe con que esperaba y sentía la seguridad de que su vida sería consagrada á ella con el culto digno de sus virtudes y la admiración de sus encantos!

Había concluido el año de su viaje y anunció su vuelta á la Duquesa y al Barón, á los que no había dejado de escribir, pidiéndoles noticias de Lelia y refiriéndoles las peripecias y observaciones de su larga é interesante peregrinación.

IX

Era día de fiesta para ellos recibir carta suya, siempre largas, muy curiosas por lo que refería de países remotos, sus observaciones y por su erudición, todo en ese hermoso estilo que le era tan personal y tanto recreaba. Lo que sentían era no poder hacer gustar de ellas á Lelia, porque temían, además de turbarla en su retiro, creyese que era un modo de empezar á secundarle en sus propósitos, lo que podían hacer más tarde, pues estaban seguros de que Lelia acabaría por aceptar la mano del Conde, siendo ya lícito y legítimo el amor que anheló y había de hacerla feliz el resto de sus días, ya que estaban persuadidos de la « fuerza y sinceridad » del Conde, como él repetía.

El cariño que por Lelia sentían, cual si fuera su hija, les llenaba de gozo, y ya se figuraban verles unidos, felices, tranquilos, y á menudo en su compañía, departiendo agradablemente los cuatro como antes ; sólo que ahora tendrían la satisfacción de ver que Lelia rebosaría de amor y de consolación reflejando en ellos el contento de su alma. Había tal ter-

nura en el afecto que la profesaban, habían sufrido tanto de lo que le afligía y de adivinar lo que callaba, que daban gracias al cielo de no morir sin ver asegurada la dicha de esa deliciosa criatura, que había reemplazado en su corazón los hijos que les negara el cielo.

Cuando se marchó el Conde, lo anunció la Duquesa á Lelia, sin aparecer que daba importancia al viaje; pero ahora creía que iba á inundarla de gozo al anunciarle su vuelta, y ya la veía en sus brazos dándole las gracias por la buena nueva y oyendo explayar ese corazón en que había encastillado el amor que la enardecía y martirizaba á la vez, creciendo cada día la llama con el suplicio. La veía sonreír, llorar de alegría en el arrobó de la suprema felicidad, contemplar al Conde con ternura que revelaba los raudales de amor que se desprendían de su corazón, sentir que la mano del Conde se posaba en él para borrar las cicatrices y derramar un bálsamo, como si los ángeles hubieran puesto en su mano la copa bienhechora. ¡Y la Duquesa y el Barón bendecían al cielo como si tanta ventura fuera á ellos concedida!

Lelia había dicho que permanecería un año en el convento, y creían que iba á volver á su casa, al

mismo tiempo que el Conde estaba para llegar; y en esta coincidencia veían la Duquesa y el Barón que iba á cumplirse el destino de los que parecieron haber nacido para amarse y comprenderse. Ya pensaban en las regalos que iban á ofrecerles, en apadriñarles, en las modestas ceremonias, fuera de la curiosidad de las gentes, y sobre todo en la dicha de ambos, y en la bendición del cielo que ya merecían!

X

Lelia escribió á la Duquesa y al Barón rogándoles se encontraran juntos tal día y á tal hora, pues tenía que hacerles una comunicación importante para ella. Comprendieron que no podía ser sino el anuncio de su matrimonio y ya la veían entrar llena de rubor y de contento.

Pero no había en ella ni lo uno ni lo otro, sino una serenidad y una sombra de tristeza que les hizo penosa impresión.

— Vengo á anunciar á ustedes, mis queridos amigos y bienhechores, la resolución que he tomado.

— ¡Ya la hemos adivinado, Lelia mía!

— He decidido profesar en un convento.

La Duquesa y el Barón se quedaron atónitos.

— ¡Cómo! querida mía; cuando creíamos venías á darnos parte de tu matrimonio, de la sanción de un afecto que tu virtud había hecho sublime por su resistencia, nos anuncias te retiras del mundo, que no quieres al conde; ¿qué va á ser de él que te ama tanto?

— Que pida á Dios le inspire como le he pedido me inspire á mí.

— Pero, ¿qué te mueve á ello, ángel mío?

— Mi deber como cristiana, que quiere salvar su alma, consagrándose á la oración y á la penitencia hasta que, purificada como espero en Dios, me llame á merecer su misericordia.

— Has hecho lo que se necesita para alcanzarla; has sufrido con admirable resignación, has aceptado con humildad evangélica los rigores de la suerte, las pruebas tan duras á que te ha sometido el cielo, que ahora te permite encontrar en una nueva unión la recompensa de tus dolores, consolar tu virtud y gozar en compañía de un hombre dignísimo que te adora y que sé no te desagrade, de la dicha que de hoy más no será turbada, sino bendecida cada día

por ese Dios en que crees y ante el cual todos nos postramos. Qué, ¿no le amas?

— ¡Sí, le he amado, y amándole he ofendido al cielo!

— Ahora eres libre, y te lo permite bendiciéndote, que bien has ganado su protección, añadió el Barón.

— No; aquella necesidad de amar, tal como yo comprendía el querer, que confesé á ustedes soltera y callé casada, la seguí sintiendo cuando me ligaba un juramento sagrado. ¡Ah! ¡Dios mío! bien sabes cuánto he hecho para apartar su imagen, y que luego, al pensar en Tí, era para mí un cáliz de amargura por el agravio que te hacía.

La emoción de los tres no es para descrita. Lelia vió desprenderse una lágrima de los ojos de la Duquesa y al Barón muy conmovido, sin que tampoco pudiese articular palabra. Cogió la mano de la Duquesa, la besó y la aseguró, así como al Barón, que en sus preces no la olvidaría, que era lo único que podía hacer para pagar tanto cariño, tanta ternura y tanto interés por ella.

Ya más serena, continuó de este modo:

« Dios me dió un corazón amante y sensible, pero

también me dió unos padres que me educaron en su santa ley para inspirarme sentimientos cristianos y dirigir honradamente mis acciones. Á la sombra protectora de padres tan dignos y amorosos primero, y más tarde guiada por mi razón, me parecía, por la tranquilidad interior de que gozaba, que el cielo recompensaba generosamente mi buena voluntad. Y luego, la benevolencia de mis amigos y conocidos, descollando entre los primeros ustedes, cuyo saber y virtudes han sido, con mi admiración, mi orgullo por el afecto que se han dignado mostrarme y el mejor consuelo de mi existencia; ¡benditos seáis mil veces!

» Pero cuando mi corazón llegó á la plenitud de su sentir, latía con violencia suma como si buscase en un afecto la satisfacción y el consuelo que sus grandes emociones pedían á voces como si esperase el eco de quien lo comprendiese y aceptase. En los primeros tiempos hay sólo el sentimiento, ideas vagas que agitan y no puede resolver la inexperiencia, pero que son precursoras de deseos que se desarrollan y aviva el ejemplo de los que creemos se aman y son felices. El comercio con los hombres empieza por turbar é infundir temores; pero da

también esperanzas que alientan y traen ensueños rara vez realizados; bien lo sé á costa mía. Ni las riquezas, ni los goces brillantes, ni los esplendores mundanos agitaron jamás mi mente y no sufrí por no poseerlos; y esto no era virtud, que ésta consiste también en combatir las pasiones y, como yo las desconocía, no había mérito de no preocuparse de lo que no deseaba.

» Pero tuve otras aspiraciones que creí permitidas; quise ser amada con esa especie de idolatría que sentía en mí en vez de someterme á lo que pluguiese el cielo, y Dios me castigó como merecía. Así creí sentirlo desde un principio y acepté resignada mi suerte y el castigo. Si éste aumentó á medida que avanzaba el tiempo, ni me quejé al cielo de sus rigores ni busqué en qué distraer mis penas, que sólo ustedes conocían.

» Pero Satán puso sin duda en mitad de mi camino el ser que había de echar en mi corazón el fuego que anhelaba, y ya no le era permitido abrasarlo y querer volar al suyo para no formar más que uno, se elevaran y unidos fueran á la eternidad. — ¡Ah, Dios mío! — decía con lágrimas en los ojos — tú sabes cuánto he sufrido con ese sentimiento, cuánto

he orado para alcanzar tu perdón y pedirte borraras de mi mente la imagen seductora que, á pesar mio, se imponía á mi debilidad, cuando en el sueño me deleitaba y veía sus caricias. Y has visto también el horror con que me contemplaba al despertar y el ardor con que me entregaba á los deberes trazados por tus divinos preceptos y á mis angustias para aplacar tu enojo. ¡Ah! ¿cómo podría encarecer todo lo que á él me llevaba, todo lo que en él me seducía, el encanto de su voz que resonaba sin cesar en mi pobre corazón, la creencia de que su amor y su influencia bienhechora había de ser una bendición del cielo á la pobre criatura cuyos cánticos al Altísimo eran tan humildes como fervientes? Esas emociones, si ilícitas, jamás me entregué á ellas con complacencia, las rechazaba en cuanto aparecían, ahuyentaba á Satán con la Cruz del Redentor y á sus pies imploraba su perdón.

» Ni el conservar puro el corazón y limpia la mente, en cuanto en mí cabía, me eximen de la culpa de que un pensamiento, siquiera fugaz como el relámpago que lo alumbraba, haya ofendido á Dios *no siendo libre*, y ha llegado el momento, no diré de la expiación, que ella no será jamás bastante, tal cual

mis creencias me lo dicen, sino de pedirle en el santo retiro su perdón y su misericordia.

» Y antes de enviar al mundo un adiós eterno, ustedes, con mis padres, asistirán á mi profesión y verán los altares que de hoy más serán los solos testigos de las lágrimas del arrepentimiento y de la divina esperanza. »

XI

La Duquesa y el Barón estaban inmóviles; parecía que los latidos de sus corazones eran oídos por Lelia, que los miraba con ternura, como ellos la miraban con amor y muy afectados.

— Te conozco bien, Lelia mía; tu virtud exagera lo que llamas tus culpas; la energía de tu carácter no admite observaciones cuando crees que te impele el deber; comprendo que el de tu alma es para ti el retirarte, y, sin ofender tu modestia, puedo decirte que nos dejas la admiración y la seguridad de que Dios ha de aliviar tu pena hasta el punto de que sea tan grande el consuelo, que, en breve, al levantar los ojos al cielo, has de sonreír en vez de humedecerlos con las lágrimas que llamas del arrepenti-

miento, y yo llamo de la virtud. Acércate, hija mía; yo te bendigo con el mismo cariño y efusión que tu madre te bendecirá; lleva esta bendición como recuerdo mío, y en tus oraciones no olvides á tu buena amiga, que pronto pagará su tributo á la naturaleza, pensando en ti, hasta que Dios la llame á comparecer en su presencia.

— Y yo también lo pagaré — dijo llorando el Barón — quizás antes que nuestra querida y respetable amiga; yo también te bendigo y te pido que, á tu vez, me bendigas, ¡ángel celestial! ¡déjame ese recuerdo, y llévate el del que te ha querido como un padre y te admira como cristiano!

Lelia, más que para reposarse de la emoción, quiso retirarse para que descansaran de la suya sus dignos amigos, de quienes se despidió llorando, como ellos lloraban también; y el Barón, que apenas podía tenerse en pie, le dió el brazo hasta la berlina en que la dejó después de darla en la frente el último beso.

XII

Pocos días después de haber profesado Lelia, llegó el conde á París, y, naturalmente, su primera visita

fué para la Duquesa, á la hora que sabía acostumbraba verla el Barón. Después de las expresiones amistosas y del gusto de volver á verse, dijo con vehemencia :

— ¿Y Lelia?

La Duquesa bajó los ojos, dejó pasar unos segundos y respondió gravemente :

— Lelia ha muerto para usted y para el mundo;



hace una semana ha profesado, y ya no pertenece sino á Dios.

— ¡Santo cielo! exclamó aterrado...

Y con acento conmovido añadió :

— ¡Y yo que venía con tantas esperanzas! ¿qué

va á ser de mí, Dios de misericordia? Yo me someteré á su voluntad divina, pero no podré sobrevivir á un dolor que me hará odiosa la vida sin Lelia, que creí iba á embellecerla por el resto de mis días con encantos y virtudes de una pureza desconocida para mí!

— Hace usted bien de someterse á la voluntad de Dios, y piense con *La Imitación*, « que más agrada á Jesucristo la humildad en las penas que mucho consuelo y fervor en la prosperidad ». Inclínese usted, y sirva el culto de su memoria para olvidar triunfos malsanos y hacerle entrar en el sendero que esperaba usted recorrer con ella: figúrese usted que le mira, y está usted salvado.

— ¿Y qué? ¿Nada dijo de mí?

— Sí, desde que me convencí que la influencia de sus prendas tan excepcionales habían hecho de usted el hombre que ella merecía, me tenía usted pronta á secundarle, y por eso le dije: « ¿qué va á ser del conde, que tanto te ama? »

— ¿Y qué respondió? preguntó respirando apenas.

— « Que pida á Dios le inspire, como le he pedido me inspire á mí ».

El Conde se estremeció, miró á la Duquesa como espantado, y exclamó vibrando :

— ¡Ah! ¡eso ha dicho!... ¡eso ha dicho! y se levantó pálido, trémulo, y se alejó retrocediendo y como fuera de sí, oyéndose que repetía : « ¡Eso ha dicho!... ¡eso ha dicho! »...

Ni se despidió siquiera, y cuando ya estaba fuera, dijo el Barón :

— ¡Ese hombre va á perder el juicio ó el alma!...

— Va á consagrarla á Dios — dijo lenta y gravemente la Duquesa.

Un mes después se leía en un periódico elegante de la mañana :

« Una noticia que causará mucha impresión en el » *high-life*.

» Una de las personalidades más brillantes de la » sociedad, célebre por su arrogante figura y muy » apreciada por la distinción de sus maneras, su » caballerosidad, saber, erudición, escritor elegante, » *causeur* admirable, cuyo éxito era proverbial en

» los salones más selectos de la aristocracia, el
» conde de Gaubeil, ha entrado ayer en el convento
» de la Trapa, como hizo en 1626 Rancé, ahijado
» del cardenal Richelieu, célebre también por su
» saber y triunfos mundanos ».



Paris. — Tip. de Garnier Hermanos
